

PATRICK DEVILLE

Pura vida

Vida & muerte de William Walker



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Índice

Portada

I. El escándalo de la piñata en Managua

MANAGUA NICARAGUA IS A BEAUTIFUL TOWN

A ORILLAS DEL RÍO TINTO

EN EL MOROCCO

VÍCTOR

EN COCHE

ERNESTO CARDENAL

QUIEN SIRVE A UNA REVOLUCIÓN ARA EN EL MAR

VÍCTOR

¡HONORES –Y NO ATAQUES– PARA EL DOCTOR VANZETTI!

LOS 14 DE JULIO

ALINA, SONRIENTE

DE CAMINO AL LAGO XOLOTLÁN

VIDA & MUERTE DE NARCISO LÓPEZ

EN EL LAGO XOLOTLÁN

VIDA & MUERTE DE ANTONIO DE LA GUARDIA

CHE Y SARTRE BURGER

WW

LA BOMBA DEL HOTEL MORGUT ESTÁ AVERIADA

SERGIO RAMÍREZ

UN AVENTURERO DE OJOS GRISES

DESAPARICIONES

EL HOMBRE

LA MUJER

VIDA & MUERTE DE AUGUSTO CÉSAR SANDINO

FRAY BLAS, BAJO EL VOLCÁN

VÍCTOR

II. La guerra de la madera en Tegucigalpa

EN LA ARENA

ÍCARO Y PROMETEO

¡PAGARON!

LA POLÍTICA DEL BAMBÚ

EN LAS NUBES

ROBERTO CASTILLO

WW

ÁNGELES CIEGOS

PURA VIDA

VÍCTOR (SED VICTUS)

EL PARAÍSO DE LOS AVENTUREROS
LA DESAPARECIDA
LA GUERRA DEL FÚTBOL
CAMINO AL PARADISO
TE ESCRIBO ESTA TARDE
AUTOMÓVILES
LOS CABALLEROS DEL CÍRCULO DE ORO
CAMINO AL PARADISO (II)
VIDA & MUERTE DE FRANCISCO MORAZÁN
VÍCTOR
SOLO EL PARTIDO ES INMORTAL
VIDA & MUERTE DEL CHE .50
CAMINO AL PARADISO (III)
SIN SACUDIDA SÍSMICA EN TRUJILLO
EN EL PARADISO

Agradecimientos

Notas

Créditos

Es ese vacío inmenso que nos empuja al juego, a la guerra, a los viajes, a toda clase de acciones desordenadas, pero vividas con intensidad, y cuyo primer atractivo es la agitación necesaria para llevarlas a cabo.

LORD BYRON

Cuando me he puesto en alguna ocasión a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros y penas a que se exponen, en la Corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones y empresas audaces y con frecuencia funestas, me suelo decir que todas las desdichas del hombre provienen de una sola cosa, que es el no saber estarse quieto en un cuarto.

PASCAL

La excitación por los incendios aumentaba en la tropa la sed de alcohol.

WILLIAM WALKER

I. El escándalo de la piñata en Managua

Ávido lector de periódicos, le costó renunciar a esos museos de minucias
efímeras.

JORGE LUIS BORGES

MANAGUA NICARAGUA IS A BEAUTIFUL TOWN

Esta frase, un poco absurda y ajena a cualquier realidad, se puede escuchar en una canción de la gran orquesta de Guy Lombardo, si se es un verdadero especialista en la música boogie de entreguerras.

Nicaragua estaba entonces ocupada por el ejército norteamericano, y puede que el país estuviera en vías de integración musical. Managua Nicaragua, para dárseles de Nashville Tennessee. En 1933, hostigados por la guerrilla del glorioso general Sandino, los marines volvían a hacerse a la mar. Y los Estados Unidos dejaban la gestión de sus salas de baile y de sus intereses, así como las sucias tareas correspondientes, en las buenas manos del general Somoza.

Algunos meses más tarde, en febrero de 1934, Somoza mandaba asesinar a Sandino.

Managua Nicaragua is a beautiful town, y la cortina de terciopelo rojo del gran music-hall de la historia se alza sobre un maestro de ceremonias de astroso traje y chistera, que acaba de prometer al público, bastón con empuñadura en mano, la maravillosa y terrible y sin embargo verídica historia de Nicaragua, mientras que la gran orquesta de Guy Lombardo se reúne detrás de él y afina sus instrumentos... Todavía se pueden escuchar algunos acordes de esa canción en *El tercer hombre*, de Carol Reed, por más que el filme, basado en una novela de Graham Greene, no tenga relación alguna con Nicaragua. Es otra orquesta la que lo toca al fondo de uno de esos bares de la Viena de posguerra, en la zona americana, delante de una pandilla de espías fumadores y depresivos.

Sobre un ritmo endiablado, el texto es el propio de una pieza nostálgica que evoca la vida apacible del trópico, un pequeño rancho y los bueyes blancos bajo las palmeras. En la Viena Austria ocupada y dividida por los vencedores en cuatro zonas internacionales erizadas de alambradas, en el corazón de la devastada Europa de 1945, Managua Nicaragua parecía un lejano paraíso.

Tenía mi vaquita, mi ranchito y mi buey... y mi mujer también...

A fines del siglo XX, cuando un avión se dispone a aterrizar en el aeropuerto

Augusto César Sandino de Managua, sobrevuela el desgredado palmeral en que se ha convertido buena parte de Managua después del terremoto de 1972, y no es raro, según la dirección del viento, que se aproxime a muy baja altura sobre las aguas verdes y azules del lago Xolotlán, al pie de los volcanes.

Un viejo amante del boogie-woogie que viajara sentado junto a la ventanilla del avión, uno de esos jóvenes que estuvieron en las tropas de ocupación de la Europa Central y que hoy va, algo barrigón, tocado con un sombrero panamá, vestido de traje blanco hueso, con corbata roja y un *flask* de whisky en la mano, bien podría creer que va a volverse a encontrar con la pequeña capital de una república bananera, como lo fue Managua antes de la dictadura de los Somoza.

Managua Nicaragua is a beautiful town

You buy a hacienda for a few pesos down

A ORILLAS DEL RÍO TINTO

Mucho antes, a mitad del siglo XIX, los tiempos eran inciertos y feroces, según los historiadores, tiempos de lugares imprecisos en los mapas, de hombres embriagados por un sueño destruido, que corren al azar por una selva oscura. Las ramas azotan sus rostros y sus manos se crisan sobre las armas. Llevan seis semanas huyendo y el lodo retiene cada paso haciendo más pesadas las botas. Los tobillos se tuercen con las escurridizas raíces. A veces alguno cae y suplica que se den por vencidos. Con los ojos exorbitados y veteados de rojo, estos derrotados salen pitando, bajo los disparos del ejército que los persigue, rumbo a un lugar de la selva que desconocen, hasta que un atardecer esa tropa de mercenarios acorralados y hambrientos descubre que la han estado empujando hacia la orilla de un río infranqueable.

Al abandonar la floresta, jadeantes, cubiertos de lodo y de sangre, los más válidos todavía corren hacia lo que parece ser un antiguo fortín o un grupo de chozas ocultas bajo la vegetación oscura. Alrededor están las amarillas aguas cenagosas y la maraña del ramaje desde el que gritan asustados los loros, y por encima, las largas estelas anaranjadas que desgarran el cielo ceniciento. Y delante de ellos se alza un campamento abandonado.

Los supervivientes, al abrigo de una empalizada de madera podrida devorada por las lianas, pueden contar su número por primera vez en seis semanas: eran sesenta y cinco al salir de Trujillo, ahora no son más que treinta y uno los que restañan sus heridas con trapos sucios y alinean sobre sus capotes las armas y las municiones empapadas. Al frente de ellos, el jovencito de ojos grises, herido en una pierna, inspecciona a unos combatientes que en su mayoría no conoce. Solo cinco o seis de ellos son veteranos de sus campañas en Nicaragua. Deja en manos de su jefe de estado mayor la organización de una resistencia imposible. Los hombres vigilan en la noche los grandes ojos de oro de las fieras o de los soldados hondureños. Muy pronto, dentro de unas horas, bajo el alba en la que nacen los espejismos, el ejército lanzará su asalto.

El jovencito arrastra cojeando su gloria y su orgullo demolidos por el fondo de uno de los barracones, último palacio del que me gusta imaginar, en el

momento de abandonarlo a su suerte mil veces merecida, que ha expulsado a algún tapir o a algún oso hormiguero refugiado allí de la lluvia tropical. William Walker amartilla su pistola. Es el 2 de septiembre de 1860. Ahora, después de todos los fracasos, cuando de esos siete años de combate le queda sin duda la excusa heroica de haber intentado lo imposible, conoce el lugar de América Central donde culminará pronto su derrota. Son cinco los países, con una extensión no mayor que la de Francia, que ha barrido a sangre y fuego, pero ya sabe que su cadáver se pudrirá aquí, en alguna parte de la región de Gracias a Dios, en el nordeste de Honduras. Sin embargo, sus informaciones son incompletas. Él ignora el nombre de esas aguas oscuras y limosas que atraviesan la selva. Son las del río Tinto.

Le quedan todavía diez días de vida.

EN EL MOROCCO

Ciento treinta y siete años más tarde, en el interior de la sala blanca y alicatada de un snack bar, una mujer vestida de negro con caderas de carguero navega entre las mesas y sirve café bajo las miradas sombrías de los habituales, que naufragan delante de sus tazas.

Yo acababa de pasar el final de la noche en el primer piso del Hotel Morgut imaginando los últimos días de ese ridículo y sublime William Walker. Con la frente contra el cristal de la ventana y un cigarrillo en la mano, aguardaba la inevitable extinción de una farola naranja allá abajo, en la calle, cuyo modelo (de tipo globular, altamente ineficaz y que no da luz más que a sí mismo) me parecía haber visto ya, en una época lejana y en otra parte, pero no había conseguido establecer ninguna relación entre esos dos mobiliarios urbanos. Y bajé a comprar el periódico.

En cualquier ciudad del mundo, la lectura de los diarios de la mañana (digamos que desde hace un par de siglos constituye el ritual cotidiano de la humanidad ilustrada, más ávida del día después que de las antevísperas) parece depender de la conjunción, en una calle un poco apartada del centro y cuya localización queda al criterio absolutamente subjetivo de cada uno, de un número constante de parámetros, a la cabeza de los cuales están el gusto del primer café y la marca del primer cigarrillo.

Si cerraba los ojos, habría podido estar sentado delante de un ejemplar de *Le Matin du Sahara* abierto sobre la mesa de un café de Tánger, en la vertical sobre las grúas y las dársenas del puerto, a las que el almohadón reventado de las nubes, del que caían en picado gaviotas y golondrinas de mar, ahogaba sobre la sábana azul del Atlántico. Pero Managua no es un puerto. Es febrero y la ciudad está seca y polvorienta, barrida por el viento a orillas del lago Xolotlán, cuyo horizonte cierran unos volcanes color violeta.

A las siete de la mañana, la terraza del snack bar Morocco, todavía poco frecuentada, está ya en sombras y permanece apartada de la calle desierta que bordea una especie de solar, en el que se alzan una cabaña de madera y malas hierbas, del que se desprende un olor a menta y donde piafa un caballo negro con el ronzal atado a una estaca. Unos pájaros naranjas de nombre difícil de

memorizar pían en los árboles. Puede que sean «chichiltotes pechimanchados» (*Icterus pectoralis*), o bien «chichiltotes gorginegros». Una espiral de vapor se eleva en volutas sobre el café ardiente y sobre los tres cuadernos del ejemplar de *El Nuevo Diario* del viernes 21 de febrero de 1997: «Un periodismo para el hombre nuevo».

Dos fotografías en blanco y negro ilustran en diagonal esa mañana la portada del diario. La primera, arriba a la derecha, muestra la sonrisa de Arnoldo Alemán, el recién elegido presidente de la República de Nicaragua. Es un hombre mofletudo de cabello negro corto y finas gafas plateadas. El feliz presidente acaba de presentar a la prensa escrita las medidas liberales adoptadas en favor de las televisiones privadas que han apoyado su campaña. La segunda fotografía, abajo a la izquierda, anuncia una exposición de arte japonés en el Teatro Nacional Rubén Darío. Una estatuilla del dios chino Skoki (en la foto) corona el siguiente comentario: «Una representación artística del ser divino capaz de curar todas la enfermedades, incluido el sida».

Junto a la fotografía de Arnoldo Alemán, presidente de la República de Nicaragua y lejano sucesor de William Walker en ese puesto, el tercer gran titular del día, sin fotografía, habla del asesinato de un niño de ocho años a manos de un adolescente de dieciséis, en Matagalpa, al norte de Managua en dirección a la frontera con Honduras.

Después de haberlo matado de veinte puñaladas, y antes de comenzar a enterrarlo en el jardín, el joven todavía asestó dieciséis puñaladas a la hermana mayor de la víctima, de doce años. Los dos niños, que mendigaban comida y lo habían incomodado a media tarde mientras veía la televisión, habían robado algunos comestibles de un congelador.

Llegué a América Latina, hace algunos años, con el proyecto de escribir sobre la vida y la muerte de William Walker.

William Walker fue un niño mimado que nunca conoció el hambre. Su adolescencia en Nashville, Tennessee, en la primera mitad del siglo XIX, se vio conmocionada por el descubrimiento de los poetas románticos, y sobre todo por el de Lord Byron, su héroe.

La muerte de una muchacha de largos cabellos negros, el único amor de su vida, la bella Ellen Galt Martin, transformó al joven pálido y tenebroso en un temible soldado de fortuna cuya única obsesión, mientras duró su vida –que

fue breve—, habría de ser la de llegar a la presidencia de una República, allí donde fuera y cualquiera que fuese la capital en la que debiera ejercer su poder.

Tras haberse convertido efímeramente en presidente de la República de Sonora, un territorio pedregoso que había recortado en un mapa de México y del que en efecto se había apoderado durante algunos meses en el transcurso de una expedición catastrófica, logró ser elegido presidente de la República de Nicaragua, más al sur, con el doble propósito de restablecer allí la esclavitud y de excavar un canal interoceánico.

Expulsado casi de inmediato de América Central por los ejércitos coaligados de cinco países, atacó más tarde la zona fronteriza de Honduras y terminó fusilado, al alba, en una playa de Trujillo.

Ahora bien, mi proyecto se había visto obstaculizado, desde el inicio, por el encuentro en el puerto salvadoreño de La Libertad, una noche al fondo de un café de pescadores, con un anciano parlanchín y extremadamente alcohólico, que fingía ser amnésico.

Este era un larguirucho fantasma vestido con un mugriento impermeable y tocado con una rojísima gorra de béisbol de visera larga, que estaba sentado solo a una mesa, delante de unas hojas desparramadas y de la fotografía en blanco y negro de una mujer de largo cabello oscuro. Hablaba solo y cada vez más alto, a veces blandía una hoja, a veces la foto, con frecuencia el vaso. Y ese hombre de pelo gris y ojos tristes plantados en una cara de caballo, ese larguirucho espectro de aspecto céreo, ese *looser* de la historia que sin embargo afirmaba llamarse Víctor, parecía haber sido más bien un buen tipo, en apariencia un superviviente de algún grupo sandinista exterminado. Un hombre perdido, cuyo entero y oscuro pasado se había hundido en el fondo del Pacífico, que decía haberse despertado una mañana en una playa de Panamá junto a ese maletín de poliéster negro que reposaba sobre una silla a su lado, y en cuyo interior guardaba algunas pistas de sus días desaparecidos y la fotografía de aquella mujer desconocida.

VÍCTOR

Después de llevar varios meses en una u otra de las siete capitales de América Central, me sucede que cierro bruscamente el periódico, con un gesto que se vuelve teatral por las grandes dimensiones que tienen aquí los diarios, pago mi cuenta, llamo a un taxi y salgo hacia el aeropuerto, sea este el que sea. Si estoy en San Salvador, es *La Prensa Gráfica* el diario que cierro sobre la mesa, para irme al aeropuerto de Comalapa.

Cuando estoy en Tegucigalpa, lo más frecuente es que cierre *Tiempo*, para dirigirme al aeropuerto de Tocontín.

En estos fabulosos lugares, las compañías aéreas del Grupo Taca tienen un billete con recarga de tipo Pass, que permite, por un puñado de dólares, rebotar como una bola de flipper por el interior del istmo centroamericano. Aquí uno usa el avión como el autobús en otras partes. Raramente hay más de una hora de vuelo entre una capital y otra.

Desde el inicio de mi empresa, había resuelto limitar mis desplazamientos hasta Guatemala al norte y Venezuela al sur. He llegado a Managua Nicaragua de noche desde San José de Costa Rica. Managua es el corazón geográfico y estratégico de mi dispositivo. Estoy sentado en la terraza del snack bar Morocco. No pido la cuenta. Comienzo a pasar las páginas de *El Nuevo Diario* del viernes 21 de febrero de 1997.

En Rivas, las luces de las sirenas barren la noche y perfilan de azul las siluetas de los grandes árboles del parque municipal San Jorge. Suenan portazos. La policía detiene a una pandilla de seis adolescentes en ese pueblo soñoliento que está en el extremo sur de Nicaragua, y del que hoy resulta difícil imaginar que quisieran convertirlo en el centro del mundo en la época de las guerras de William Walker.

Entonces se preveía que el canal interoceánico atravesara Nicaragua en lugar de Panamá, y que la villa de Rivas sería la principal llave de paso. También fue en Rivas donde, un siglo y medio más tarde, pensaban instalar los sandinistas su gobierno provisional antes de terminar con el dictador Somoza. A esos seis adolescentes, que quizá ignoran el pasado prestigioso (pero nunca

cumplido) de su ciudad, los han atrapado a las tres de la madrugada en el parque municipal en posesión de diversas chucherías adquiridas ilegalmente, mientras que, en la región de Jinotega, la banda de El Gato sigue incordiando.

Ocho malhechores irrumpieron en medio de la noche en la granja de Ignacio Zamora Gómez, a veinte kilómetros de Wiwili. Amenazaron con sus armas de fuego a la familia y se llevaron al granjero a la montaña, y ahora exigen un rescate de quince mil córdobas. Una suma ridícula, visto el riesgo corrido, y visto que en ese mismo momento y en una carretera comarcal cercana a León, dos salteadores de caminos perdieron un buen negocio por un montante similar y mucho menos arriesgado. Después de haber atacado un camión de cerveza y de agua gaseosa con sus Kaláshnikov, y de haber atado al chófer y a sus dos acólitos y reventado la caja, se dieron a la fuga sin problemas, pero también sin los diecinueve mil córdobas que el prudente chófer, Javier Soza Hernández, había escondido entre las cajas de cerveza Victoria.

El corresponsal local de *El Nuevo Diario* señala que las acciones de los antisociales, que actúan enmascarados y armados con fusiles de guerra, se han incrementado considerablemente en esa zona rural. Durante la muy lenta disolución de los grupos armados revolucionarios y contrarrevolucionarios, Compas y Contras, los combatientes han conservado buena parte de su material militar a fin de establecer su propio comercio. Y cabe sospechar que al faro de la Paz, levantado aquí el año pasado, a un lado de la avenida Simón Bolívar, en medio de una vasta explanada sobre cuyo cemento fueron arrojadas las armas depuestas, entre las que se veía emerger aquí y allá el cañón de una metralleta, una culata o un cargador, no había ido a parar en realidad más que material inservible. Al pie del faro, en la torreta de un oxidado blindado, cuyas cadenas están definitivamente apresadas en el griseo cemento del pasado, crece un joven cocotero, supuesto símbolo del radiante porvenir de Nicaragua abierto como un fruto dehiscente.

La camarera se acerca para depositar una tortilla sobre la mesa del snack bar Morocco, y yo cierro el periódico como un nadador que toma aire. En la única fotografía en blanco y negro de la última página resplandece la sonrisa de la señorita Velqui María Quirós Velásquez, una linda morena consciente de sus encantos, puesto que compite por el título de Miss Nicaragua 1997: «¡Novia del Club Leo Managua Tiscapa, Candidata a Novia Nacional!»

Hasta el triunfo de la revolución sandinista, en 1979, la colina fortificada de

Tiscapa, en el extremo sur de la avenida Simón Bolívar (el extremo norte es la orilla del lago Xolotlán), estaba rodeada por los búnkeres y las tropas de élite del dictador Somoza. En sus entrañas era donde el Vampiro había hecho instalar un zoo privado, en el que se alternaban las jaulas de las fieras y las de los prisioneros políticos, así como un palacio en la cima para su amante Dinorah Sampson. Desde allí y en su compañía, el dictador neroniano, antes de emprender la fuga, vio arder Managua en el mes de julio de 1979, cuando sus fuerzas aéreas bombardearon algunos barrios que todavía estaban en pie después del terremoto de 1972 para no entregar a los sandinistas más que un campo de ruinas humeantes.

Al final de la noche, llegando del aeropuerto Augusto César Sandino, y después de que un recepcionista muy miope o muy ebrio lograra al fin introducir una llave en la cerradura de una habitación del Hotel Morgut (una de las dos habitaciones de su único piso, la de la izquierda), me eché en la cama y pensé de nuevo en aquel hombre amnésico, Víctor, que había aparecido abandonado en una playa de Panamá, víctima quizá de un naufragio o de un arreglo de cuentas.

Ese hombre regresaría hoy a Managua sin haber tenido noticias de la revolución sandinista desde la victoria de esta en 1979, con la multitud jubilosa en la avenida Simón Bolívar... Y cuando leyera *El Nuevo Diario* de esta mañana, él, a quien yo imaginaba con los rasgos de aquellos combatientes japoneses de la Segunda Guerra Mundial que fueron encontrados veinte años después en los islotes del Pacífico, robinsones de ojos espantados con sus uniformes hechos jirones, descubriría que el pasado se ha evaporado, convertido en humo de colores por una explosión de la que la manga de su impermeable conserva la huella de las quemaduras, y que él mismo podría ser uno de esos personajes de papel cuya existencia le acababan de revelar las frases impresas en *El Nuevo Diario*.

Esa especie de cadáver está ahora sentado cerca de mí, en la terraza del snack bar Morocco. Bebe un sorbo de café, mira cada artículo y cada espacio publicitario con la mayor concentración, como si estos fueran a permitirle restablecer la cronología de los años olvidados: NEUMÁTICOS KELLY, *100 % u.s.a., alta seguridad de velocidad hasta 188 Km.*

El concesionario local de los neumáticos Kelly debe haber hecho la conversión al sistema métrico apretando el botón de la calculadora, sin

asombrarse de la precisión del resultado. Y nosotros nunca sabremos, a falta de una infraestructura vial que haga posible la experiencia, lo que sucedería con esa alta seguridad en las carreteras de Nicaragua a 189 kilómetros por hora.

VENDO: **Revólver 38 u.s.a** tel. 24430... (REC-111.23-febrero)

GANGA: **Vendo Mazda 626**, año 84, US \$ 2.500. Tel 28004... (O.I 20 Feb.)

ALQUILO: **Casa cómoda \$ 100**, La Primavera abocarse Dir. Entrada Rafaela Herrera 1c. abajo, 1c. al lago, 1c. abajo, 40 vrs al lago Casa B-194

Así que es posible alquilar por cien dólares una *casa cómoda* en Managua. Esa sería una buena idea, hasta la estación de las lluvias.

De las dos páginas de los anuncios por palabras de *El Nuevo Diario* del viernes 21 de febrero de 1997, mi doble amnésico acaba de rodear con un bolígrafo esos tres. Más tarde, llamará al propietario del viejo Mazda 626, luego al del revólver .38 u.s.a.

Este hombre dispone de una modesta suma de dinero en efectivo, la encontró dentro del maletín lleno de arena, en una playa de Panamá, al despertarse. En cuanto termine su tortilla, se irá a alquilar una casa cómoda, en un barrio de Managua que puede resultar un escondite conveniente. Luego comprará un revólver y un viejo automóvil de ocasión, a la espera de recuperar la memoria. Leyendo el diario, recuerda ya, aunque muy vagamente, que estuvo mezclado en la historia política reciente de América Central. Las previsiones meteorológicas de la página 2 anuncian 34°. Es la estación seca y solo la dirección del viento varía un poco.

Víctor no tiene nada en lo que embarcarse en los días que vienen y dobla el periódico como quien arría las velas, para quedarse allí donde está, para no moverse. Sentado en la terraza del snack bar Morocco, enciende un nuevo cigarrillo y desliza el paquete en el bolsillo de su impermeable. Sus cabellos son grises y su rostro, arrugado y tumefacto.

Antes de abandonar la habitación del Morgut, una vez apagada la farola naranja, abajo en la calle, acumulé sobre la mesa, minuciosamente y bien encuadrado, como hago siempre en los múltiples hoteles por los que arrastro conmigo este proyecto, el material que me he ido agenciando y que esperaba

fuera suficiente para expulsar al fantasma de Víctor. Cartones de cigarrillos, agendas de direcciones, bolígrafos, el mapa de Managua y fotocopias de viejos diarios compradas en internet, edificando con todo ello una habitual –y muy permeable– muralla frente a la inactividad.

Echado sobre la sábana y con las manos unidas debajo de la nuca, en esa actitud que se supone precede o sucede a toda actividad intelectual y que la mayor parte de las veces, hay que reconocerlo, viene pura y simplemente a sustituir a esta, había vuelto a ver, mientras contemplaba el techo, a aquel hombre amnésico de rostro maltrecho, tocado con su rojísima gorra de jugador de béisbol de visera larga y vestido con su viejo impermeable mugriento, tumbado a mi lado y depositando sobre la cómoda que estaba junto a él la fotografía en blanco y negro de una mujer desconocida.

En la fotografía que yo vi aquella noche sobre una mesa de la Cantina de los Pescadores de La Libertad, apoyada contra la botella de alcohol de Víctor, la mujer de largos cabellos negros, del tipo Gran Infanta de Castilla, no sonreía: miraba fijamente al objetivo, desde la profundidad de un pasado destruido.

EN COCHE

Los coches Lada, supervivientes de la Revolución, se mezclan con los más coloridos coches japoneses y con los Mercedes Benz de cristales ahumados de la Restauración, que sin duda van equipados con neumáticos Kelly seguros hasta los 188 km/h. Los últimos camiones IFA germanoorientales o los KP3 soviéticos levantan nubes de polvo amarillo y chirrían en los surcos profundos por los que los vendedores, subidos a carretas con neumáticos o detrás de caballos completamente cosidos de cicatrices, empujan los puestos de cigarrillos, gomas de mascar, maquinillas de afeitar desechables o sándwiches, que instalarán durante la jornada a lo largo de la avenida Simón Bolívar.

Después de haberme preguntado si toda esa actividad vial no merecería finalmente que consagrara la jornada a su observación, he doblado el periódico y he bajado por la calle 27 de Mayo para encontrarme con el señor Manuel. Esa calle bordea un largo muro blanco, decorado a intervalos regulares por retratos del Che Guevara hechos con plantilla y con pintura roja.

El grandullón de Manuel, que me esperaba en la acera, levanta los brazos al cielo, con una sonrisa de vendedor de aspiradoras defectuosas, al ver que me aproximo. Y lanza un escupitajo entre sus zapatillas deportivas 0% u.s.a. Lleva un pantalón de tela marrón y una camisa de manga corta de nailon blanco, de cuyo bolsillo sobresale la antena de un teléfono. Dos horas antes, alertado quizá por la dirección del Hotel Morgut, del que hoy parezco ser el único cliente, Manuel me había echado el guante a la salida para ofrecerme sus servicios, juiciosamente complementarios, de taxista y proxeneta:

—¡Damas de quince años! ¡Muy cerca!

Yo había declinado la invitación a las damas de quince años, pero me quedé con el taxi por diez horas: tengo una cita con un cura.

—¡Madre de Dios!

Acordamos un precio en dólares para toda la jornada, sin contador. El acuerdo tiene además la ventaja, a ojos de Manuel, de librarle de la búsqueda de clientes y de las esperas al sol, y de poder instalarse, entre una carrera y otra, en la penumbra del minúsculo salón del Morgut, delante del inmenso

televisor Sony –pantalla de un metro y medio, cable vídeo con cincuenta cadenas– en compañía de todo el personal desocupado.

Manuel suelta un último gargajo por la portezuela y pone sobre el tablero de mandos del auto, junto a la efigie policromada de la madre de Dios, la dirección de la Casa de los Tres Mundos donde Ernesto Cardenal me ha propuesto que nos encontremos: *Del Restaurante La Marsellesa 2½ cuadras al lago*. Se trata pues de recorrer dos manzanas y media en dirección al lago Xolotlán, a partir del restaurante La Marsellesa, Manuel no lo duda ni un segundo y se dirige directo al sur.

El coche es un Daewoo azul, bastante nuevo y climatizado.

Anteayer por la noche, en una habitación del Gran Hotel, en el corazón del barrio Amón de San José de Costa Rica, y después de haber dudado mucho y de haberme puesto mi traje de luces, atrapé por los cuernos a ese toro con apariencia de teléfono. Marqué varios números con su rueda giratoria, de cifras rojas y negras, instalada en la carcasa de baquelita (un modelo tan viejo que a uno podía ocurrírsele la idea de llamar a alguien que llevara un buen tiempo muerto), para solicitar diversas entrevistas con algunas personas que habían sido o seguían siendo sandinistas, y a las cuales quería presentar mi proyecto.

Durante todos aquellos meses pasados en compañía de William Walker, recorriendo América Central tras las huellas de su ejército fantasma, había ido descubriendo poco a poco que algunas de aquellas vidas llenas de actos de bravura admirables, de traiciones inmensas y de felonías asesinas, no tenían nada que envidiar a las de los hombres ilustres que había reunido Plutarco. Y me quedó claro que, durante los dos últimos siglos, esta región del mundo no había sido más avara en héroes, traidores y cobardes de lo que lo fueron las provincias griegas y latinas en la Antigüedad: también aquí los hombres habían soñado con ser más grandes que ellos mismos y habían fracasado. Y me vino la idea de reunir algunas de esas vidas.

Volví a colgar el auricular, que parecía salido de un filme negro de los años cincuenta (*¿El tercer hombre?*), y apunté las citas, luego releí esta frase, copiada en un cuaderno con índice alfabético, en la letra C: *En Nicaragua, el cura, poeta y más tarde ministro sandinista de Gobernación Ernesto Cardenal es el abanderado internacionalmente reconocido de una práctica teológica progresista que bordea el límite de la ortodoxia.*

Al borde de la ruta hay una sucesión de comercios bastante difíciles de

identificar, y luego, una gran estación de servicio completamente nueva, con supermercado integrado y sus dos palmeras repostando ebrias de gasolina y de sol. Sobre el horizonte verduzco se alzan unos volcanes coloreados de ocre y siena. Sentado en la parte delantera del coche de Manuel, el cordial escupidor, voy dejando que Managua discurra por la ventanilla que está a mi derecha: eucaliptos polvorientos, postes eléctricos inclinados o con largas barbas de musgo español, otra vez retratos del Che Guevara con la boina negra y la estrella, el ceño fruncido y la mirada en el horizonte... Tomás Borge, antes de crear a principios de los años sesenta con Carlos Fonseca el FSLN, Frente Sandinista de Liberación Nacional, fue a encontrarse en La Habana con Ernesto Che Guevara, entonces presidente del Banco Nacional. El Che le ofreció veinte mil dólares para su proyecto antisomocista, también le dio formación guerrillera.

Y aquel encuentro, en una oscura sala de La Habana que había permanecido desde entonces en el mismo estado, como si aún se esperase el regreso del joven de la boina negra y la estrella, con su gran escritorio de madera pulida, los fajos de billetes verdes y un mapa de la isla con su forma de caimán colgando de la pared delante de la cual los dos hombres se habían dado un abrazo, podría constituir el primer capítulo de un relato heroico de la revolución sandinista. O una gran y colorida pintura mural a la mexicana.

De regreso a la clandestinidad en Nicaragua, Tomás Borge contactó con Ernesto Cardenal. El joven sacerdote rebelde acababa de fundar una comunidad campesina en las islas de Solentiname, en el extremo sur del lago Nicaragua, cerca de la frontera con Costa Rica. Allí predicaba una lectura subversiva de los Evangelios y comparaba la situación nicaragüense con la de Palestina en el siglo I: el dictador Somoza encarnaba a Herodes y el embajador de Estados Unidos, a Pilatos.

Los campesinos de Solentiname, impresionados, se unieron de inmediato a la lucha armada. Ernesto Cardenal, tocado con la boina negra de los comandantes, se convirtió más tarde en ministro del gobierno sandinista. El coche es confortable y Manuel, un escupidor concienzudo que cumple su tarea con bonhomía natural, una vez que las condiciones económicas han sido claramente negociadas. De vez en cuando baja la ventanilla y escupe al viento. Parece sentir una gran admiración por Ernesto Cardenal.

En 1983, después de la visita del Papa a Nicaragua, el sacerdote

revolucionario fue suspendido *a divinis*, sanción cuyo significado exacto se me escapa, pero que no debe de ser tan terrible como las que se podían sufrir en la época de Torquemada. Manuel se asombra de que yo no recuerde las imágenes del Santo Padre negándole la mano al ministro sandinista, que imploraba de rodillas sobre la pista del aeropuerto Sandino. Tengo que admitir que nunca he sido un asiduo espectador de las apariciones televisivas del viejo espectro blanco. Pero temo que si el piadoso Manuel se entera, me deje plantado de inmediato, en medio del campo y a pleno sol, delante de la nueva catedral futurista que se divisa al borde de la vía rápida.

En mi defensa, le explico que pasé todo aquel año de 1983 sin televisor en el estado de Kwara, al norte de Nigeria, donde los periodistas musulmanes, en su mayor parte secuaces del sultán Kano, mostraban un interés muy limitado por las desavenencias que tuvieran entre sí los rumís al otro lado del planeta. Manuel se contenta con encogerse de hombros y el Daewoo abandona la vía rápida y se introduce en un barrio residencial de chalets nuevos y césped impecable.

Del tendido eléctrico penden largas barbas verdigrises de musgo español, que parecen alimentarse de sus envolturas plásticas. En realidad se trata de nidos de chiltota (*Icterus gularis*).

ERNESTO CARDENAL

La Casa de los Tres Mundos es blanca y sobria y está rodeada de arbustos. En el interior, alrededor de un patio, están expuestas para su venta en dólares las pinturas naïfs y coloridas, simples y agrícolas, de los campesinos de Solentiname. Un pequeño poni que tira de un carro por un campo de amapolas. O bien, unas mujeres que venden frutos delante de una iglesia blanca bajo un cielo apacible y púrpura. Algunas esculturas de formas vivas, pájaros, cactus, reposan sobre cubos blancos. El nombre de Ernesto Cardenal figura en incrustación de cobre sobre las peanas de madera pulida. En la galería, al igual que en el Primer Mundo, está prohibido fumar.

Cuando el poeta y escultor sale de su despacho situado junto a la entrada, este viernes 21 de febrero de 1997, a las diez y media de la mañana, el joven sacerdote rebelde aparece convertido en un anciano pequeño y corpulento de barba y cabellos blancos. Viste vaqueros, una túnica sin cuello, y lleva una boina negra, abre una puerta que me invita a franquear, camina deprisa, da la vuelta a su escritorio, se sienta en el sillón y me ofrece el asiento de enfrente enarcando las cejas:

—¿Y qué?

Son las diez y media de la mañana, y aunque haya tomado varios cafés en la terraza del snack bar Morocco, realmente no es hora para conversar.

Miro la barba blanca y el bigote recortado muy por encima del labio superior, los cabellos blancos coronados por la boina negra de los comandantes, caída hacia un lado, las cejas blancas, fruncidas, pobladas. Su mirada está un poco velada, pero es severa, y ahora parece impaciente, detrás de sus gafas de montura metálica.

El hombre sentado del otro lado del escritorio nació en 1925 en Granada, al borde del lago Nicaragua. Estudió filosofía en México antes de entrar en el monasterio de Our Lady of Gethsemani, en Kentucky. En la época de Somoza, vivió de nuevo en México, en Cuernavaca, luego en Colombia, donde no se me escapó el hecho de que hubiera publicado «Oración por Marilyn Monroe» antes de concebir el vasto proyecto de conciliar la religión cristiana y la revolución marxista.

En 1856, uno de los ancestros de Ernesto Cardenal, el judío alemán Jacob Teufel, fue uno de los mercenarios de la última escuadra de William Walker en la Granada sitiada.

Salvó el pellejo convirtiéndose, como William Walker, al catolicismo, y terminó su vida en Nicaragua.

Cuando termino de dibujarle a grandes y muy vagas líneas mi proyecto, bastante menos ambicioso que el de una oración por Marilyn (un proyecto con el que, por su índole, tampoco espero levantar el entusiasmo de los demás, de tan demonizada como está la imagen de William Walker en América Central), se hace de nuevo el silencio en la pequeña y blanca habitación, recortada por el sol en una colección de polígonos, tono a tono, gris azulón, blanco nieve y oro pálido. Sobre el escritorio reposa un maletín de poliéster negro. Y el libro *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, la biografía escrita por Paco Ignacio Taibo II.

Es un libro grueso de tapa roja y de reciente aparición, con el retrato del Che Guevara realizado por Korda en la portada –el mismo que aparece por todas partes, pintado con plantilla sobre las paredes–, que el autor acababa de regalar a Ernesto Cardenal por haber usado algunas de las anécdotas que este le había confiado sobre su relación con el Che.

Sigo observando las dos boinas negras, una aplanada en la tapa del libro y la otra en tres dimensiones sobre los cabellos blancos de Ernesto Cardenal, cuyas cejas se fruncen de nuevo: quiere saber lo que Sergio Ramírez piensa de mi proyecto.

He quedado con Sergio Ramírez a última hora de la tarde.

Cogiendo mi respuesta al vuelo, a la manera que lo haría un profesor en un examen oral, y tanto da que esta le haya parecido satisfactoria o una salida por la tangente, empuja de inmediato su sillón y me estrecha la mano mientras consulta su reloj. Una suspicaz secretaria consiente en dejarme llamar por teléfono desde su despacho a Manuel, que en ese mismo instante debe de estar entrando en el vestíbulo del Hotel Morgut para instalarse delante del televisor.

Mientras atravieso el jardín para esperar la llegada del Daewoo, un vehículo todoterreno, del tipo coche de comando, se estaciona junto a la acera, lleva bandera sueca pero no tiene placa CD, sin duda se trata de una ONG. Dos escandinavos en manga corta bajan de él con maletines de poliéster negro en la mano y gafas Ray-Ban sobre las narices, me saludan llevando por una

fracción de segundo sus dedos índices a las monturas metálicas de sus gafas:
la cita es a las once.

Me imagino a Ernesto Cardenal, que ya debe de haber rodeado su escritorio, sentado de nuevo en su sillón y frunciendo las cejas:

—¿Y qué?

QUIEN SIRVE A UNA REVOLUCIÓN ARA EN EL MAR

Esta frase sin ilusión figura en una carta con fecha de 9 de noviembre de 1830. Se la envió Simón Bolívar al general Juan José Flores, al que había colocado al mando de Ecuador.

Aquel que todavía no había visto erigida su estatua ecuestre por todas partes de América Latina desciende por última vez del caballo en Santa Marta, en la costa caribeña de la actual Colombia. El Libertador es un anciano de cuarenta y siete años con los pulmones podridos, que está sentado delante del mar, provisto de un recado de escribir, en un sillón de mimbre que un atento secretario ha depositado sobre la arena, y se dedica a observar el movimiento incesante de las olas y su propio pasado tumultuoso.

Le queda un mes de vida.

¿En qué piensa entonces ese general exhausto, de frente bañada por la fiebre, ese general de patillas y rostro largo como un cuchillo que ve cómo su gran obra se desmorona delante de él, ese general Bolívar al que me gustaría imaginar finalmente sereno y en paz, en el momento en que se desenmarañan los hilos de su agitada existencia? ¿Vuelve a ver sonriente su infancia en Caracas, al hombrecito pálido que era entonces y que tuvo el coraje, o el insensato descaro, cuando fue presentado a los dieciséis años al virrey de España en México, en 1799, de expresar su admiración por la Revolución Francesa?

Él, que había arrancado del yugo español a la mitad de América Latina en incesantes combates victoriosos, para convertirse en el jefe de Estado de la actual República Bolivariana de Venezuela, de la actual Colombia, del Perú, de Bolivia, y que no ha cesado de dimitir, a causa de su mal humor, para tener que asumir de nuevo después sus funciones, acaba una vez más de abandonar la presidencia de la República impulsivamente.

Aquel al que resulta difícil imaginar hoy sin pensar en el personaje en que lo convirtió el novelista colombiano Gabriel García Márquez, al igual que es imposible imaginar los últimos días de Alcibíades, o de Alejandro, sin tropezarse con las frases de Plutarco, desciende ahora junto a su guardia de

confianza el río Magdalena, desde Bogotá hasta la costa. Es una lenta procesión de barcos que se deslizan en silencio bajo el largo túnel esmeralda de la jungla, apartando la alfombra de flores acuáticas. Acostado en su hamaca, que sus hombres protegen del sol con hojas secas de palma, perdido en su delirio febril, Simón Bolívar escucha los gritos de los monos invisibles en la floresta, vigila los grandes ojos dorados de los caimanes entre la proliferación de las lentejas de agua, respira el olor pegajoso del río. ¿Y si ella, esa joven de largos cabellos negros que había desposado en Madrid en 1802, la bella María Teresa Rodríguez del Toro, hubiera sobrevivido? Si ella no hubiera venido a morir a América un año más tarde, en Caracas, ¿dónde estarían hoy los dos?

Si él no se hubiera convertido en un viudo de veintiún años con el corazón roto, ¿habría partido tan pronto a Europa para asistir en 1804 a la coronación de Napoleón Bonaparte? ¿Habría regresado de inmediato a América y, deslumbrado por el brillo de la timocracia, habría a su vez tomado las armas? ¿Se habría arrojado al furor de las batallas, si los largos cabellos negros y perfumados de María Teresa hubieran caído cada noche como cortinas sobre su sueño?

Desde la muerte de esa mujer, Simón Bolívar está en fuga y no encuentra su lugar en la tierra. El glorioso Libertador, sable en alto, hace veinte años que no cesa de dejar atrás un reguero de amantes bajo la promesa de un más que improbable retorno. Y no ha cesado de confiar a sus amigos el cuidado de las múltiples bibliotecas abiertas en cada una de las ciudades en las que ha vivido: Madrid y Caracas, París, Bogotá y Lima.

Él sabe que en el fondo de alguno de los numerosos baúles y maletas que le acompañan durante su último viaje de faraón moribundo río abajo, en medio de preciosos tejidos y de cuberterías de plata que llevan grabado su monograma, reposan los dos únicos libros que ha llevado consigo a todas partes, tanto a los palacios como a los precarios vivacs de los campamentos: *El contrato social*, de JeanJacques Rousseau, y *Arte universal de la guerra*, de Raimondo Montecucoli. Esos dos libros en francés, que antes que a él pertenecieron a Bonaparte, se los había regalado su amigo inglés, el general Wilson, tras la muerte del emperador en Santa Elena.

Al final del río Magdalena, en Santa Marta, Simón Bolívar espera un hipotético barco que lo lleve por última vez a Europa, o bien que vengan a

postrarse una vez más ante él, a suplicarle que acepte de nuevo regresar al poder. Escribe mucho, libra su última batalla epistolar contra el desmembramiento de su gran República, pero sabe bien que está agonizando, que tras su muerte aquel hermoso edificio saltará en pedazos, que ya está agrietado y que los combates fratricidas enfrentan a sus hombres en Venezuela.

Después de catorce años guerreando sin cesar, tendría que subir de nuevo a su montura, pero a su mejor caballo, el mítico Palomo Blanco, lo abandonó en Bolivia. Tendría que recorrer una vez más el imperio desde la Costa Caribe hasta el desierto de Chile y sofocar las insubordinaciones, las secesiones, hacer fusilar a los facciosos, volver a empezar de nuevo, pero ya no tiene fuerzas, y escupe sangre sobre su hermoso uniforme azul cielo de botones de oro puro.

El tísico moribundo, el Libertador agnóstico que no cuenta con el auxilio de los dioses, está sentado en su sillón de mimbre, en la playa. Es la hora del balance y de los arrepentimientos. ¿Piensa en la disputa que enfrentó en el siglo XVI, en este lugar, a Bartolomé de Las Casas y a Gonzalo Fernández de Oviedo, por la administración de Santa Marta? Una disputa olvidada, como todas las otras, cubierta por la inmensidad del mar. Observa las conchas blancas sobre la arena, las aguas turquesas del mar Caribe y las olas en el rompiente de la barrera coralina. *Quien sirve a una revolución ara en el mar.* Más allá del horizonte imagina la gran isla de Cuba, que hubiera querido arrancar a España. Esa es su más terrible frustración militar.

También echa en falta a las jóvenes de piel de regaliz, vestidas de vivos colores a la moda criolla, que habían alegrado su viudez durante su exilio de joven revolucionario en Curaçao. Y todavía se lamentaba por su amigo Manuel Piar, el joven mulato de Curaçao que abandonó con él la isla, que se cubrió de gloria a lo largo de los combates que libró a su lado hasta convertirse en el demasiado ambicioso general Piar, al que Simón Bolívar hizo fusilar en Angostura, hacía trece años, con gran pesar. Recuerda que no quiso asistir a la ejecución y que al día siguiente le dijo a la tropa: *Ayer fue un día de dolor para mi corazón.*

En sus últimas cartas, quizá por coquetería, Simón Bolívar imagina que su nombre no quedará grabado en ninguna parte para la Historia. Y sin embargo, tendrá estatuas ecuestres en cada plaza mayor y dará nombre a avenidas y bulevares, a un aeropuerto en Caracas, a otro en Santa Marta, a una estación

de metro en París, a un cigarro en Cuba, a una moneda y a un país, donde morirá el Che Guevara.

Y todos aquellos cuyas vidas consigno en mis cuadernos, de Francisco Morazán a William Walker, tanto si lo admiten como si lo disimulan, tendrán en Simón Bolívar un indispensable modelo. El Libertador muere en San Pedro Alejandrino, el 17 de diciembre.

Estamos en 1830.

En América Central, el general Morazán está todavía al frente de la República Federal de Centro América, que reúne en un solo estado a Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Como Simón Bolívar, se agotará en incesantes combates victoriosos antes de ver hundirse su hermoso edificio, y de tener que huir al alba hacia Lima.

Lord Byron murió seis años antes, en Missolonghi, entre los insurgentes griegos.

En Nashville, Tennessee, William Walker es un niño de seis años, de constitución endeble. Todavía no ha leído a Lord Byron. Y desconoce el nombre de Simón Bolívar.

VÍCTOR

Delante del jardincito de la Casa de los Tres Mundos de Ernesto Cardenal, tuve tiempo de fumarme varios cigarrillos, sentado en el parachoques del todoterreno de los escandinavos, mientras esperaba el regreso de Manuel y me imaginaba al viejo espectro amnésico de mugriento impermeable, siempre tocado con su rojísima gorra de béisbol de visera larga, que es la misma que lleva ese otro hombre amnésico que camina por el desierto al inicio del filme *Paris, Texas*, de Wim Wenders.

El espectro se unta las mejillas con jabón de afeitar. Se afeita en la cocina, encima del fregadero. Observa su rostro desconocido y tumefacto en un espejo con marco de plástico verde, cuyo reverso es de cartón. Recuerda vagamente haber visto ya esa misma imagen de cansancio en los ojos de los viejos camellos reventados, a los que habían quitado las albardas delante de un caravasar de altura, en la cima de un paso del Atlas marroquí, y que miraban con resignación cómo la nieve asalmonada iba cubriendo su largo, indómito y enredado pelaje.

¿Y si ella, la Desaparecida de la fotografía en blanco y negro que reposa sobre la mesa de la cocina, cerca del grasiento revólver calibre 38 u.s.a. envuelto en papel de periódico, entrara en este mismo instante en esta casa cómoda, en los suburbios de Managua, que él acaba de alquilar gracias a un pequeño anuncio? ¿Y si su silueta, bañada por el sol y borrosa por el contraluz, apareciera en la puerta abierta del jardín? ¿Se arrojaría él en sus brazos? ¿O se quedaría impasible y mudo, como el héroe de un western o como un idiota, mientras continúa repasando su mejilla con la navaja sin que le tiemble el pulso? ¿Seguiría leyendo artículos de periódico entre los pegotes de jabón de afeitar?

El espectro no tarda en darse cuenta de que, para un amnésico, este ejercicio tiene un interés limitado.

¡HONORES –Y NO ATAQUES– PARA EL DOCTOR VANZETTI!

Esto sucedió otra noche de febrero de 1997, en otro barrio de Managua, en una gran mansión de madera y paredes decoradas con esas espeluznantes máscaras de dioses indígenas multicolores, de Tlamacazcatl o de Tlamacazqui, que llevaban en la noche los muchachos sandinistas en la época de la guerrilla urbana.

Sentados en la terraza, delante de la gran mesa de madera, Ernesto Cardenal reía hasta las lágrimas al escuchar las bromas del poeta Luis Rocha, con un brazo recogido contra el pecho agitado por los espasmos de la risa y la cabeza inclinada hacia el hombro, como un niño viejo de cabellos blancos y boina negra.

Los cinco o seis hombres sentados alrededor de la gran mesa de madera, en la terraza de una casa rodeada de árboles recién plantados, eran una parte de los que dirigieron la Nicaragua sandinista en la época en que parecía inevitable un ataque armado de Estados Unidos, cuando se pensaba que las incursiones de la Contra, en el norte, iban a preceder al asalto final. Esos hombres, reunidos años más tarde en la terraza de uno de ellos, cuando ya había transcurrido un buen tiempo desde que Nicaragua dejó de estar bajo los focos y regresó a los bastidores de la historia provinciana del mundo, estaban sentados delante de unos vasos de whisky, unos trozos de queso y un cuenco de relucientes frutos de marañón, amarillos y rojos, cada uno de ellos coronado por su nuez de color gris pálido.

Esos revolucionarios, a los que su propia honestidad había derrotado políticamente, esos poetas que alcanzaron el poder con la lucha armada y que más tarde respetaron el veredicto de las urnas, comentaban la prensa del día y miraban cómo se ponía el gran sol rojo tras el muro exterior. El Escándalo de la Piñata era en parte el responsable de la escisión del movimiento sandinista y de la creación del Movimiento Renovador Sandinista, del que todos ellos eran miembros y al frente del cual Sergio Ramírez, en cuya casa estábamos, acababa de perder las elecciones presidenciales.

Para persuadirse quizá de que de todos modos la lucha continuaba y su combate no era de retaguardia, muchos de ellos habían firmado un texto en la

tribuna libre de *El Nuevo Diario* para defender el honor de un médico sandinista que era objeto del incordio del nuevo régimen, el doctor Vanzetti:

HONORES —Y NO ATAQUES—
PARA EL DR. VANZETTI

Luis Rocha me había explicado que ese era el nombre de guerra que le habían dado a un médico internacionalista alemán, en la época de la guerrilla, porque formaba equipo con un comandante que se ponía muy nervioso cuando se acercaba el combate y al que sus hombres habían apodado al principio Saco de Nervios, más tarde Saco y finalmente Sacco. Y, evidentemente, el otro tenía que ser Vanzetti.

Una vez que cayó la noche, comentamos un suelto, aparecido esa misma mañana en el diario *La Tribuna*, en el que, visto el resultado de las últimas elecciones, se anunciaba el exilio voluntario en Madrid de los antiguos ministros sandinistas Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal. El primero acogió el rumor con una sonrisa y un encogimiento de hombros, y siguió picoteando los dados de queso. Ernesto Cardenal frunció las cejas, se puso de golpe serio y triste y afirmó, alzando el índice y con la cabeza inclinada sobre el pecho en un gesto de abatimiento, que no podía sobrevivir en ningún lugar que no fuera Nicaragua.

—Sobrevivir...

Luego, todos regresaron en silencio a sus coches aparcados en la calle, del otro lado del muro exterior, algunos dando amplios bandazos aproximativos a través del parque, con la puerta del jardín en el punto de mira y una linterna encendida cual fanal en el horizonte. Yo había llamado a un taxi, en cuyo asiento trasero me preguntaba hasta qué punto podía admirar a aquellos hombres, que seguían considerando que las frases impresas aún podían influir en la historia del mundo, y me fui a tomar un último trago al bar de los Antojitos, en honor a esos revolucionarios, una de cuyas primeras decisiones, inmediatamente después de la toma del poder, había sido la creación del diario *Barricada*.

Sentado en la barra del Antojitos, delante de una fotografía en blanco y negro de Managua antes del terremoto de 1972, abrí un cuaderno y comencé a tomar notas sobre dos siglos de revolución y de prensa escrita; ya sabemos

hasta qué punto ambas estuvieron relacionadas. También es sabido hasta qué punto el ron Flor de Caña puede, en un segundo, destilar dentro de uno majestuosos planes de obras gigantescas y de Jerusalenes celestiales, y levantar construcciones aéreas que se entrevén por un instante, en toda su gloriosa y dorada perfección al fondo del espejo de la barra, y se evaporan en cuanto la pluma rompe el sortilegio al tocar el papel. Yo imaginaba un libro que reconstituyera, del 14 de julio de 1789 al 14 de julio de 1989, esos sueños de justicia y razón que durante dos siglos –un chasquido de los dedos de la historia– fueron alimentados por los mejores de nosotros, un libro que se abriría con las victorias de los jóvenes generales de la República cuyo recuerdo debería encender nuestras frentes, un libro en el que aparecerían en algún momento los nombres de Simón Bolívar y de César Augusto Sandino, y que se cerraría con el fracaso de las revoluciones cubana y nicaragüense, y las ejecuciones de Arnoldo Ochoa y Antonio de la Guardia, fusilados en La Habana el 14 de julio de 1989, o quizá el 13, pero tan cerca de la medianoche que el símbolo permanece, puesto que cada día coinciden dos fechas en el planeta, y en París ya era 14 de Julio, el día del bicentenario, y faltaba muy poco para que el gobierno de los sandinistas perdiera el poder en Managua.

LOS 14 DE JULIO

Con el fin de dar forma a esa empresa, había ido recogiendo en los archivos de los periódicos, durante varias semanas, los 14 de julio susceptibles de constituir los capítulos de dos siglos de historia de América Central. La cosecha era modesta.

Y eso que es un 14 de julio, el de 1895, la fecha que aparece en el certificado de nacimiento de Sandino.

El 14 de julio de 1969, la Guerra del Fútbol enfrentó a los ejércitos salvadoreño y hondureño en la frontera entre ambos países.

Por fervor revolucionario quizá, o por gusto por las fechas simbólicas, Paco Ignacio Taibo II hace nacer al futuro Che Guevara el 14 de julio de 1928 en la biografía que he visto esta mañana sobre el escritorio de Ernesto Cardenal: *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*. Sin embargo, la mayor parte de los biógrafos mencionan el 14 de junio. Y uno, incluso el 14 de mayo.

Es evidente que yo optaría con mayor entusiasmo por el 14 de julio.

Hay por otra parte un hecho que me parece que viene a apoyar absolutamente esa hipótesis: la ejecución en Bolivia, el 14 de julio de 1969, del campesino Honorato Rojas. En 1967, fue él quien delató a la guerrilla del Che al ejército. Y el comando del ELN habría podido perfectamente acabar con él un mes antes o un mes más tarde.

ALINA, SONRIENTE

Sentado al volante, camino de vuelta, el viernes 21 de febrero de 1997 a las once de la mañana, mientras la Casa de los Tres Mundos de Ernesto Cardenal se aleja en el retrovisor, Manuel no cesa en lo suyo: el mes pasado, dice, trabajó como chófer para un suizo de una misión humanitaria, que solo quería coñitos lisos y perfectamente depilados.

Y él, el valeroso Manuel, resolvió el asunto en un país en el que, según dice, la depilación deja mucho que desear.

No añade nada más, se concentra en la carretera y me vigila con el rabillo del ojo, quizá piensa que no me atrevo a expresar alguna fantasía de precio exorbitante, cuando su comentario, unido a la palabra *Morocco* leída esa misma mañana en el toldo de plástico del snack bar, lo que ha provocado en mí es el minúsculo cortocircuito de una memoria mal aislada, como si la primera palabra leída al despertar, en un estado semicomatoso (para nosotros, que no somos amnésicos), impregnara el conjunto de los acontecimientos de la jornada. Durante una fracción de segundo estoy en Tánger, en 1990, y en compañía de una joven de largos cabellos negros. Hemos pasado la velada en uno de los music-halls del puerto, donde los gordos saudíes meten pringosos billetes de cien dirhams bajo los sujetadores de lentejuelas de las bailarinas del vientre. Hoy estamos invitados a festejar los ochenta años del escritor americano de Tánger y vamos sentados en un taxi, que sube por el bulevar Pasteur. Y la memoria, que es una titiritera, aprovecha esa posición para devolverme al taxi azul de Manuel, que aparca de inmediato, el viernes 21 de febrero de 1997, delante del Hotel Morgut, pintado de blanco hace mucho tiempo (quizá entonces, en 1990, los pintores estuvieran ahí mismo, de pie sobre los andamios), con su azotea de cemento desmoronado que deja ver en algunos lugares la armazón de hierro herrumbroso, cual pedazo de tarta de merengue desbaratada en la esquina de una calle del barrio de Martha Quezada, en Managua.

Ocupo desde anoche una habitación abarrotada de disparejos muebles de madera barnizada. Tiene un salón con un sofá y dos sillones polvorientos de

tela verde, en cuyo extremo una puerta da acceso a una azotea cruzada por los tendedores de ropa. Sobre las paredes blancas de las casas, allá abajo, se pueden leer todavía, resaltadas con pintura roja, las huellas de las recientes elecciones presidenciales: *FSLN* o *Sergio Ramírez*.

Ninguno de los dos cuartos de baño de un modelo muy antiguo, con grifos de manivela y capa de níquel que deja ver, en los puntos más usados, el latón amarillo, casi dorado (pulido por los miles de manos anónimas de clientes empapados en sudor ácido, cuyas vidas le gustaría a uno poder conocer y contar), se aviene a soltar el menor chorro de agua: quizá debería haber escogido en el mapa un barrio más de derechas, con eslóganes en favor del nuevo presidente Alemán.

En la planta baja, Manuel ha ocupado de nuevo su lugar delante del ininterrumpido río de imágenes satelitales, con el teléfono sobre el brazo izquierdo del sillón y una botella de cerveza Victoria sobre el derecho. En la penumbra, el dueño miope y adiposo del local, que examina facturas a dos centímetros de sus gruesas gafas, me observa con un ojo de carpa o de un pez todavía más abisal, un mero o un celacanto de las profundidades, y me asegura que todo es normal. La bomba de agua está apagada durante la jornada.

No siento instintivamente gran simpatía hacia ese hombre manifiestamente estúpido. Tampoco hacia la capitana que está de pie detrás de él y que me fusila con la mirada. Como si cuarenta y tres dólares al día, casi la mitad del alquiler de una casa cómoda, no bastaran para poder darse al menos una ducha antes de almorzar.

El gran pez abisal acepta conectar la bomba, pero según él, con el tiempo que necesita para reactivarse, no habrá agua antes de una o dos horas.

Ya son las once y media.

Sentado en un sillón verde delante de la puerta de la azotea y con los pies descalzos apoyados en las baldosas y, a veces, sobre la mesa baja, paso las páginas de *El Nuevo Diario* del viernes 21 de febrero de 1997: la pasada noche, en la carretera 109, el taxi 07-70 de la cooperativa Indios del Boer chocó contra el autobús de Los Parrales Vallejos número 489.

Los amantes de las cifras pueden sentir un consuelo pitagórico al ver clasificada así esa catástrofe, al penetrar gracias a cierta aritmética en los oscuros designios de la Fortuna y en el caos del mundo: 07×70 (el taxi) = 490, y $490 - 1$ (¿el muerto?) = 489 (el autobús). Ayer murió Enrique Peralta,

jefe de Estado guatemalteco entre 1963 y 1966, y aliado del clan Somoza. Tomó el poder derrocando a otro militar y no tiene derecho más que a una nota. Las banderas no ondearán a media asta en Ciudad Guatemala.

Un artículo de opinión vuelve sobre el Escándalo de la Piñata, principal tema de conversación estos días en los bares de Managua. En los cumpleaños de los niños, o en el Día del Niño, se esconden golosinas y regalos dentro de vasijas pintadas, las piñatas, que los niños tienen que romper a bastonazos para recibir sobre sus cabezas una lluvia de caramelos.

El nuevo presidente Alemán acusa a algunos sandinistas de haberse enriquecido antes de abandonar el poder, de haber roto las arcas del Estado como una piñata, para repartirse el botín.

Pero nosotros, que no somos amnésicos, que disponemos de los recuerdos del futuro así como de las noticias del pasado, que sobrevolamos la historia como un campo de ruinas humeantes y disponemos ya de los periódicos del siglo que viene, nosotros sabemos bien que ese presidente Alemán, investido hace unas semanas y aparentemente tan puntilloso, abandonará el poder en 2001, y que unos meses más tarde, en junio de 2002, se descubrirá que ese somocista había dilapidado subrepticamente la poca fortuna de Nicaragua utilizando una tarjeta de crédito fraudulenta, y en cuatro años había conseguido gastar varios millones de dólares en más de treinta países comprando apartamentos y propiedades, joyas y tapices, alojándose en palacios y frecuentando restaurantes de lujo y curas de adelgazamiento.

El 14 de julio de 2001, en su edición de fin de semana, *El Nuevo Diario* revelará que el presidente Alemán, con problemas de tesorería, sopesa ir a arrodillarse delante del sultán de Brunéi en su palacio de Seri Begawan, en la isla de Borneo, para pedirle los treinta millones de dólares anteriormente entregados por el sultán a la Contra antisandinista y que están bloqueados tras el Irangate en una cuenta numerada del Crédit Suisse de Ginebra.

En 1956, a la muerte de Tacho Somoza, el primer dictador del sangriento linaje, se estimaba su fortuna en sesenta millones de dólares de la época. Tras la fuga del último dictador, Tachito Somoza, en 1979, excedía los quinientos millones de dólares, y los Somoza, que ante el avance de los sandinistas abandonaban el país a toda prisa a bordo de un 727 cargado a rebosar de riquezas nacionales y con el féretro desenterrado del viejo Tacho, el Vampiro, poseían también la única compañía aérea de Nic... Una mano morena y menuda, de uñas cortas y en primerísimo plano, acaba de poner sobre mi

periódico una tarjeta impresa en la que hay algunas palabras ilegibles escritas a bolígrafo, así como una módica factura en córdobas.

Alina, sonriente, sujeta con la otra mano las camisas, que se balancean en su percha. Se sienta en el mueble bajo del salón, un aparador sobre el que brilla el polvo, y balancea los pies en el vacío. Lleva calzadas unas pantuflas de forro acrílico azul cielo, y su piel oscura se perla de rosa con el empeine que la rodea. Ha dejado las camisas sobre el respaldo del sofá y juega a hacer sonar la plantilla de una pantufla contra su talón encogiendo los dedos del pie. No ha sido siempre mujer de limpieza, dice. Es un gorrioncillo herido que habla deprisa, como si se le escapara el tiempo. Tuvo un esposo y también una hija pequeña. Hace mucho ya que no tiene marido. Ahora tiene una hija mayor. Ella viene de las bananeras de Chinandega. Fue la miseria, dice, lo que la expulsó de Chinandega. Señala el material ordenado meticulosamente sobre la mesa de mi habitación y quiere saber si ya está, si he terminado ese libro sobre William Walker en el tiempo transcurrido desde que le hablé del proyecto.

Le respondo que estoy en el año 1830, cuando muere Simón Bolívar. William Walker tiene seis años.

—¿A qué edad murió?

—A los treinta y seis.

Ella levanta los ojos hacia el techo, luego salta como un gato electrocutado cuando la voz de la capitana la llama desde la planta baja.

DE CAMINO AL LAGO XOLOTLÁN

De las vigas desnudas de la estructura de lo que podría ser un granero o un hangar, cuelgan tristemente adornos y serpentinas de tonos marchitos, que nadie ha subido a descolgar después de una velada de celebración que uno imagina bastante lejana y en el transcurso de la cual puede que una cantante, puesta en pie sobre una mesa, haya tarareado *Managua Nicaragua is a beautiful town*.

El único cliente de La Fragata es un tipo de unos cincuenta años con traje claro y largos cabellos grises recogidos en una coleta. Los dos miramos el patio aplastado por el calor, en el que maniobra un camión. Los portadores están descargando, en sus carretillas de gruesas ruedas de goma, bombonas transparentes de plástico flexible con agua potable a través de las que, antes de que desaparezcan en el interior de un cobertizo, el sol dibuja con sus resplandores medusas elásticas, a veces amebas, que se dilatan y se contraen sobre la arena amarilla.

A lo largo del muro, los tucanes y los papagayos de colores gastados esperan inmóviles dentro de jaulas sin sombra. Los papagayos son grandes araras (*Ara ararauna*) de un azul apagado, con la punta de las alas de un amarillo orín, y es fácil sentir por ellos una simpatía de solitario: ¿será su raquitismo o será su melancolía lo que los ha relegado a La Fragata, un local mucho menos solicitado que Los Antojitos, el restaurante flanqueado por una amplia pajarera tropical que está situado algunas calles más arriba?

¿Un escalón más abajo en la decadencia, una o dos plumas perdidas entre el estiércol, y esos psitácidos se convertirán en gallináceos para acabar como pollo a la mexicana, el plato más barato de la carta, el que un hombre de manos anchas y velludas acaba de depositar delante de mí sobre el mantel a cuadros?

En el techo de La Fragata hay suspendida una maqueta en madera de una fragata, es de un modelo más antiguo que los navíos que William Walker fletó a lo largo de toda su carrera de aventurero marítimo.

En la avenida Simón Bolívar, lado oeste, en dirección al lago Xolotlán, un

obrero, más probablemente que un capataz, ha grabado recientemente en el cemento todavía húmedo de la acera un eslogan contra el nuevo presidente Alemán.

Por todas partes se extiende una pradera de hierba corta y amarillenta, en la que los arbustos de raíces cubiertas de cantos rodados se retuercen sobre los escombros del terremoto que destruyó en 1972 una capital que nunca se ha vuelto a levantar. Managua se muestra como el libro abierto de un manual de bricolaje de supervivencia, y ofrece una impresión de provisionalidad ya antigua, llena de parches, también de vacíos, que no logra ser compensada por el modesto vivero en el que los cocoboldos, los guayacos y los malinches, alineados detrás de sus etiquetas, se demoran en constituir un Central Park. *¿Le gusta este jardín?*

El único edificio susceptible de resistir cualquier cataclismo es el del Bank of America.

¡Evite que sus hijos lo destruyan!

De la catedral de Santiago solo se han salvado la fachada y los muros ennegrecidos. En el interior, la hierba crece entre las columnas caídas y un perro amarillo con el rabo cortado olfatea los restos de una hoguera. Del otro lado de la avenida, se alzan al cielo los veinte metros de la estatua de un revolucionario que blande un pico y una metralleta, dos objetos cuya utilización simultánea puede parecer incómoda.

El hombre está en una posición que se supone enfrenta el porvenir y que, sin embargo, trae el recuerdo de aquella fotografía en blanco y negro de un soldado alcanzado por la espalda, con las piernas flexionadas y la pregunta *Why?* encima, que contribuyó a influenciar en la opinión pública norteamericana en la época de la Guerra del Vietnam.

En la placa no están grabadas las palabras de Country Joe McDonald en Woodstock (*One, two, three, four, what are we fighting for?*), sino las de César Augusto Sandino: *Solo los obreros y campesinos irán hasta el fin.*

La hierba alrededor está llena de bolsas de plástico, que vuelan en el aire abrasador, de detritus y de papeles, hasta los lienzos de pared en ruinas, hasta la acumulación de chabolas que rodean el lago, en dirección al aeropuerto Sandino.

Sacadas de contexto, las frases de Sandino en Managua, como las de Martí en las paredes de La Habana, parecen no haber pasado nunca por el papel, sino haber sido pensadas directamente para el mármol y el cincel:

LA POBREZA PASA, LO QUE NO PASA ES LA DESHONRA

Esa se podía leer en La Habana, al inicio del periodo especial en tiempos de paz que siguió a la caída del Muro de Berlín, en un Comité de Defensa de la Revolución de un barrio periférico.

El que va caminando a pleno sol por el bulevar Simón Bolívar (en dirección al lago Xolotlán, del que ya se distingue, allá abajo, su superficie de estaño mate detrás del césped del malecón), ese de ahí, puede fácilmente estar de acuerdo en que la historia de la guerra de William Walker en Nicaragua debería comenzar en La Habana, con el relato de una tentativa de desembarco.

Una larga ociosidad cubana, así como el gusto puramente abstracto por la estrategia, me llevó hace algunos años a interesarme por las antiguas tentativas de desembarco en la isla, en las que soy por lo demás un especialista indiscutible, dado que los alumnos del Pritaneo Nacional Militar desdeñan absolutamente el tema, sin duda porque pocas epopeyas ofrecen una acumulación de fracasos tan inadecuada para la forja de jóvenes oficiales.

De entre todas estas patéticas aventuras, finiquitadas una tras otra como inofensivas olitas sobre las orillas cubanas, confieso que siento un particular cariño por las abortadas tentativas de Narciso López, un crápula integral al que su singular incompetencia vuelve casi simpático. Su expedición, a mediados del siglo XIX, se inscribió en lo que entonces se llamaba el Destino Manifiesto de los Estados Unidos, el de la civilización blanca y anglosajona, convencida de que su vocación era extenderse hacia el sur.

General de origen venezolano, compatriota del Libertador de América Latina, combatiente en Europa, retirado en Cuba, donde se había arruinado con el juego, y refugiado en los Estados de la Unión, Narciso López, condecorado con la gran cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y con la de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, también fue un traidor a la corona, y quizá por un instante se tomó por el Simón Bolívar de Cuba. Atacó la isla colonial española por cuenta propia, con el objetivo de hacer de ella una república independiente. Y también, sin duda, de recuperar lo invertido, nacionalizando los garitos.

VIDA & MUERTE DE NARCISO LÓPEZ

El general Narciso era un combatiente con físico de toro y talento para convencer a los hombres: el vapor *Creole* abandonó la costa mexicana del Yucatán con más de quinientos libertadores a bordo, y llegó a la bahía de Cárdenas el 19 de mayo de 1850. El general había elegido esa villa cubana anglófona, cuyo apoyo esperaba conseguir, sin tener en cuenta las cartas náuticas, y el *Creole* encalló en los arrecifes.

El desembarco se efectuó de todos modos, en él se distinguió el joven Callender Irvine Fayssoux, que combatiría cinco años más tarde bajo los órdenes de William Walker e incluso se convertiría en el capitán del único buque de guerra de Nicaragua.

Durante algunas horas, los habitantes de Cárdenas apoyaron la invasión, como se había previsto, pegaron tiros al aire y agitaron camisas rojas como las que llevaban los asaltantes lopistas, hasta que la llegada de setecientos hombres del ejército español les incitó a cambiar de chaqueta y de camisa para la cena.

Veinte años después de la muerte de Simón Bolívar, España defendía con coraje sus últimas colonias americanas, y los invasores, en su precipitada huida, tiraron por la borda armas y equipaje para poner de nuevo a flote el barco y navegar hacia Key West. Narciso López, apostador infatigable, adepto sin duda a alguna martingala secreta, cometió el mismo error al año siguiente.

Un poco escarmentado de todos modos en lo que se refería a su propio talento táctico, se trajo en esa ocasión a un prestigioso estratega, el joven coronel William Logan Crittenden, diplomado por West Point y héroe de la guerra contra México. El 3 de agosto de 1851, el vapor *Pampero* se hizo a la mar en Nueva Orleans con cuatrocientos hombres. En esta ocasión atracó en Playa Honda, el día 12, al oeste de La Habana. Pero en vez de una población entusiasta e impaciente por sacudirse el yugo español lanzando al cielo azul sus sombreros de paja, les acogió un fuego nutrido.

El coronel Crittenden, encargado por Narciso López de mantener la posición de desembarco para proteger armas y municiones (a la espera de los

vagones que este le enviaría sin falta en cuanto tomara el poder en La Habana), tuvo que ceder, se replegó a la buena de Dios y bajo las balas hacia el puerto de Morillo, donde había requisado cuatro barcos de pesca, y se largó con los supervivientes. El vapor *Habanero* les dio alcance y les propuso una rendición formal: Crittenden y sus hombres salvarían la vida y serían tratados como prisioneros de guerra.

Aquella promesa del comandante del *Habanero* no comprometía, sin embargo, al capitán general de Cuba, José Gutiérrez de la Concha Irigoyen, también él condecorado con la Real y Americana Orden de Isabel la Católica y gran oficial además de la Legión de Honor francesa, quien decidió condenar a muerte de inmediato a los cincuenta y un mercenarios amontonados a bordo de un buque de guerra —el *Esperanza*, para más ironía— que estaba anclado en el puerto de La Habana.

Crittenden, de veintiocho años de edad, el único al que se le reconoció la condición de soldado, fue el primero en ser fusilado en el fortín de Atares, y de pie. Rechazó la venda y sacó pecho delante de la descarga, tal y como le habían enseñado en West Point. A los demás, soldados de fortuna, se les ejecutó de rodillas y por grupos, y sus cuerpos fueron abandonados a la voracidad de los carroñeros y a la reprobación de la historia.

Por su parte, después de haber librado sin esperanza una primera batalla en Las Pozas, el general López se había dirigido a las montañas y se había replegado con su tropa en la hacienda Cafetal de Frías, que algunos años atrás, antes de arruinarse, había sido suya.

¿Con qué sueña entonces ese general al mando de un ejército perdido, que regresa después de unos años a esa casa perdida y que se quita las botas y prende un cigarro, como si entrara a un casino? ¿Quién es toda esa gente que está en mi salón? La noche en que perdió la hacienda jugando al póquer, ¿se habría prometido, como mal jugador, que la recuperaría por cualquier medio? ¿Quería volver a leer por última vez un nombre grabado en la corteza de un tronco? ¿Sabía que la partida estaba perdida de antemano y que la hacienda Cafetal de Frías era un buen lugar para morir? El general consiguió resistir el asedio varios días, antes de romper el cerco y de huir en la noche hacia las montañas a la cabeza de los supervivientes.

¿Esperaba reunirse con Crittenden y sus hombres alrededor de una barbacoa en la playa, sentados sobre barriles de ron, al son de la música cubana y con

muchachas venidas para desearles un buen viaje de regreso? A las siete de la mañana del 2 de septiembre de 1851, Narciso López fue agarrado en una pequeña plaza delante de la prisión de La Habana. Los ciento setenta y tres supervivientes de la expedición fueron deportados a Ceuta, cerca de Tánger, en el Marruecos español, e indultados más tarde por la reina Isabel.

Esos hombres dispersados, que habían conocido por primera vez la derrota en las montañas cubanas, iban a integrar a su regreso la primera tropa de William Walker en Nicaragua.

De toda esa galería de iluminados de primera y buenos para nada, Louis Schlessinger es aquel cuyo recuerdo a uno le gustaría conservar y al que querría erigir un Monumento al Perdedor eterno y magnífico. Erudito, políglota, este hombre, al que quizá le esperase una apacible vida de abogado o de tendero en Budapest, se fue a buscar la muerte a un país lejano, después de haber escogido cada vez, y con una constancia que raya en la lucidez, el lado malo de la historia.

Él, que había combatido en 1848 junto a Lajos Kossuth durante la aplastada insurrección de Hungría y que se había refugiado en América para enrolarse de inmediato en la expedición de Narciso López a Cuba, se alistará a su regreso de Marruecos en el ejército de William Walker, en Nicaragua.

Le será confiado el mando de la única operación militar en territorio costarricense, un fracaso total, será condenado a muerte por traición y desaparecerá en la espesura antes de que sea ejecutada la sentencia. El rastro del traidor reaparecerá en el ejército de los legitimistas, dos años más tarde, cuando reta a duelo a Zelaya, futuro presidente de la república de Nicaragua. El duelo nunca tendrá lugar. Y su pista se pierde cerca de León, sobre las arenas del Pacífico: resulta imposible escribir una vida y muerte de Louis Schlessinger.

Sin embargo, un siglo y medio más tarde sucede que me cruzo con su fantasma en la Cantina de los Pescadores, en el puerto salvadoreño de La Libertad. Está sentado a la mesa de otro fantasma, ese que lleva una rojísima gorra de béisbol de visera larga. Los dos levantan sus vasos de caña con efusión de hermanos de armas, ambos con esa fraternidad de segundones que son escupidos un día sobre una playa, cubiertos de moratones, con un impermeable lleno de arena y un maletín de poliéster negro en el que llevan

algunos libros mojados, un poco de dinero y la fotografía de una mujer desconocida, y que continúan enumerando sus fraudulentos consejos estratégicos para uso de pescadores y pelícanos.

Fijan sus ojos grandes como platos en el neón que está sobre la barra y se persuaden de que también ellos, en el pasado, han debido de creer en alguna cosa, o quizá les convencieron de creer en ella, en algo que han olvidado, puede que fuera en una cantina de este tipo, de pescadores a orillas del Pacífico, donde no es difícil reclutar hombres, levantar una tropa, y los hombres amontonados al fondo de la bodega comienzan enseguida a contar sus vidas, porque es más fácil contar la vida cuando se está a punto de perderla. Ser un perdedor de las guerras de William Walker en el siglo XIX o un perdedor de la revolución sandinista en el XX no cambia mucho la cosa. Miran a la barra, hacia los platos de loza blanca llenos de limones cortados y el tubo de neón, con los ojos muy abiertos, como si recuperaran imágenes que no quieren describir, o como si vieran por primera vez en su vida un tubo de neón.

EN EL LAGO XOLOTLÁN

Sentado en una silla metálica roja, a las dos y cinco p.m., *local time*, en *Managua Nicaragua beautiful town*, el viernes 21 de febrero de 1997, el escrupuloso investigador puede anotar que sobre los chiringuitos de latón a orillas del lago se alzan unas fumarolas grises y azules, y que estas se deslizan delante del volcán Momotombo, dormido sobre el horizonte como un viejo elefante.

Las mesas rojas y negras no están pintadas así porque sean los colores del FSLN (rojo por la esperanza, según Sandino, y negro por el duelo), tampoco los quitasoles rojinegros que prometen *Coca-Cola Siempre*. Pero felizmente aquí tienen en las heladeras, bien frías, cervezas Victoria. *En Nosotros está la V*. Una tropa de niños descalzos rodea a los clientes, mendigando un córdoba o un cigarrillo, y la mofletuda dueña los dispersa a golpe de paño de cocina. Los chavales se alejan unos metros y se reagrupan alrededor de otra mesa en la que dos hombres toman café.

El más joven, vestido con una camisa blanca, lee en voz alta un artículo de *El Nuevo Diario*, que recuerdo haber ojeado esa mañana en la terraza del snack bar Morocco, «Vienen a remacharnos el clavo». Una delegación del Congreso norteamericano vendrá dentro de poco a Managua para negociar las indemnizaciones por los bienes nacionalizados por la Revolución. Después del periodo de transición de Violeta Chamorro, la elección de Arnoldo Alemán significa el fracaso definitivo del sandinismo, el retorno del somocismo... El joven sigue con el dedo las líneas impresas:

–Recordemos las palabras de Franklin Roosevelt a propósito del viejo Somoza: Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta.

El hombre de más edad sonrío.

Lleva gafas negras y su mano gruesa tantea sobre la mesa hasta encontrar el azucarero, cuya tapa levanta torpemente. Un viento ligero agita las palmeras, que pasean las flechas de sus sombras sobre los quitasoles, trazando figuras fugaces que se superponen, se apartan y se mezclan. El ciego corpulento deposita su taza y se pasa un pañuelo blanco por la frente. Su voz es cavernosa. De sus palabras confusas, refunfuñadas, se desprende que el

Escándalo de la Piñata pretende desacreditar a hombres como él que han combatido a la más podrida de las dictaduras. Llama a Somoza el Vampiro, tal y como lo apodaron después del terremoto de 1972, cuando revendió para beneficio propio los lotes de plasma sanguíneo de la ayuda internacional. Se enjuaga la frente de nuevo, imaginando quizá aquello que vio y ya no puede ver.

A orillas del lago, las barquillas niqueladas de color rosa fresa y verde pistacho de una noria inmóvil relucen bajo el cielo azul. Aquí el césped está limpio y recortado. Unos pájaros, que quizá sean guardabarrancos, planean a ras de un agua muy verde y muy calma, tras los fustes largos, grises y lisos, como si fueran de cemento, de esas palmeras que los cubanos llaman barrigonas y que están rematadas en lo alto por el tupé danzarín de unas hojas aceradas.

La humedad del aire a orillas del lago Xolotlán, el olor del agua viscosa y el del cerdo que se dora en las braseros de los chiringuitos: nada de esto resultaba extraño para los miles de cubanos que se pasearon por aquí como vencedores, durante los diez años de la revolución sandinista, con sus uniformes verde oliva –incluso si a los verdaderos habaneros Managua debía de parecerles un poco paleta y provinciana, sin las torres flamígeras de los hoteles art déco de colores pastel del Vedado, ni los esplendores pasados de las blancas villas de Miramar, con sus columnas rodeadas de filodendros desmoronándose al fondo de los parques, ni los pavimentos de madera de la plaza de Armas, ni las grúas y cargueros del puerto de La Habana.

La solidaridad entre Cuba y Nicaragua no data de la Guerra Fría. Es anterior a la existencia misma del marxismo. A mitad del siglo XIX, fue William Walker, un norteamericano, quien acogió oficialmente a los exiliados cubanos independentistas. En el siglo XX, fue Ernesto Guevara, un argentino, el primero en apoyar a los revolucionarios nicaragüenses.

En Managua, los internacionalistas enviados en apoyo de los sandinistas, los vencedores que marchaban a orillas del lago Xolotlán con la cabeza alta, encantados de haber sido designados voluntarios en Nicaragua mejor que en Angola, estaban comandados por el triunvirato cubano formado por el general Arnaldo Ochoa, el héroe de África, enviado al frente de la misión militar, Antonio de la Guardia, al mando de las llamadas Tropas, las unidades especiales del Minint, el Ministerio del Interior, y Andrés Barahona López, alias Renón Montero, el tercer hombre, a quien se le había pedido que optara

por la nacionalidad nicaragüense a fin de convertirse en jefe de los servicios secretos sandinistas.

El 14 de julio de 1989, diez años después de la victoria de los sandinistas en Managua, Arnaldo Ochoa y Antonio de la Guardia volvieron a encontrarse por última vez en La Habana, delante de un pelotón de ejecución; desdichados fusibles en un cortocircuito del narcotráfico internacional. Y el régimen castrista, caído en la trampa, tuvo el vigor y la furia de un coyote, capaz de roer su propia pata apresada y ensangrentada para escapar cojeando.

Aquella noche, el equipo de televisión que filmaba las ejecuciones había instalado sus proyectores sobre un terreno militar en el límite del aeropuerto de Playa Baracoa, varios kilómetros al sur de la Marina Hemingway, un páramo desolado en el arrabal de La Habana, invadido de espinos y rodeado de vallas y alambradas. La aplicación de sentencias respeta la jerarquía militar en todos los ejércitos del mundo. El general Ochoa fue el primero en ser fusilado, Tony de la Guardia, coronel, acuarelista y regatista, lo fue algunos minutos más tarde. Luego se fusiló a los subordinados, Jorge Martínez y Amando Padrón.

A los dieciocho años, Arnaldo Ochoa estaba junto al Che Guevara y a Fidel Castro en la Sierra Maestra. Más tarde fue enviado a Nicaragua, antes de marcharse a ganar la Guerra de Angola. Y aquella noche, a los cuarenta y ocho años de edad, después de haber saludado a cada uno de los soldados del pelotón y de haber rechazado la venda, sacó pecho delante de la salva, en una actitud como la que, no lejos de allí, ciento treinta y ocho años antes, en la época de Narciso López, había tenido el coronel de veintiocho años Crittenden.

Ya se están cavando sus tumbas anónimas en el Cementerio de Colón y el convoy de Mercedes negros atraviesa Miramar. Sentado de regreso en el asiento de atrás de uno de ellos, el viejo Caballo, el Cronos ahíto de larga barba gris, señor de la isla desde 1959, consulta su agenda: esa misma noche asistirá, en la Residencia de Francia, al bicentenario de la toma de la Bastilla.

Para quien no sea por completo indiferente a las fechas simbólicas, ese 14 de julio de 1989, que es el día del aniversario del nacimiento del Che Guevara, según Paco Ignacio Taibo II, constituye la escena final de las revoluciones cubana y nicaragüense unidas, y quizá incluso, ese mismo día, la de dos siglos de revoluciones. No porque el futuro vaya a ser avaro en múltiples levantamientos, insurrecciones y tomas de armas, sino porque en un

contexto en el que guerrillas y mafias, sectas de iluminados y carteles de estupefacientes se venden y se intercambian en mercados subterráneos, no es desconsiderado pensar que las revoluciones latinoamericanas, desde la de Simón Bolívar, lector de *El contrato social*, han sido en realidad las últimas vicisitudes de la Revolución Francesa.

Hoy, viernes 21 de febrero de 1997, hace mucho que todos los cubanos salieron de Managua. Y Andrés Barahona López, el tercer hombre, alias Renón Montero, también ha abandonado Nicaragua.

Él, que había estado a cargo, en 1967, de las relaciones entre La Habana y la guerrilla del Che en Bolivia, él, que recibió la rendición, en 1979, de la Guardia Nacional de Somoza, vive ahora en la villa protocolaria que las autoridades cubanas han puesto a su disposición en el barrio de Siboney, donde se dice que se ha montado un pequeño zoo privado. Y tiene que ser un particular placer, para un agente de ese nivel, que siempre supo evitar caer en la trampa, comer con los pies desnudos sobre la hierba, a la sombra de los jagüeyes y en medio de fieras enjauladas.

Durante los meses en que fuimos vecinos (eso me parece) en La Habana, en 1993 y 1994 (pero siempre resulta presuntuoso identificar a ese tipo de personaje, que puede que todavía se llame Moleón y Corales), yo escuchaba cada tarde, cuando iba a desconectar el motor diésel del grupo electrógeno durante el tiempo de la siesta, los bufidos de un jaguar o de un tigre borgeano. Y le prohibía al gatito enfermo que había adoptado que se alejara de la casa.

Cerca del lago Xolotlán, los neumáticos de los camiones pesados, en los que los obreros, algunos tocados con anaranjados cascos de obra, son transportados de pie y apretados como bestias hacia el matadero del asalariado, levantan una polvareda gris y espolvorean de azul las palmas inmóviles y secas. El ciego atraviesa el bulevar Joaquín Chamorro en dirección a la avenida Simón Bolívar, lleva el bastón bajo el brazo y una mano apoyada en el hombro de su amigo y lector. El sol lanza picaduras de avispa contra las suaves olas del lago. Una línea eléctrica de alta tensión traza una tangente con la orilla del agua y sobrevuela, más lejos, la Casa de Julio Cortázar.

Sobre cada poste de la línea se eleva su negra estructura de crucetas, y reproduce esquemáticamente el ímpetu del monumento a los trabajadores que

desde aquí se distingue, blandiendo al cielo sus miles de voltios, pero sin el pico ni la metralleta.

Según sea el humor del observador, que ahora abandona su silla metálica roja a las dos y treinta p.m. *local time*, se aparta del lago Xolotlán y reemprende su camino hacia la avenida Simón Bolívar en dirección al Hotel Morgut, la hilera de postes eléctricos, que se encogen a medida que se alejan hacia el horizonte, puede también hacer pensar en una cordada de cazadores alpinos atrapados como ratas, con las manos en alto.

VIDA & MUERTE DE ANTONIO DE LA GUARDIA

Es la escena a puerta cerrada de una tragedia y obedece a las tres unidades sempiternas, la de tiempo –unas cuantas horas de la noche del 2 de julio de 1989–, la de espacio –el despacho del Cronos de barba gris, en la tercera planta del palacio de la Revolución, en el corazón de La Habana– y la de acción –el Líder máximo recibe secretamente a un simple mortal al que él mismo ha metido en prisión tres semanas antes y cuyo juicio ha comenzado la antevíspera–. Antonio de la Guardia es un oficial irreprochable, a quien el Líder máximo ha agradecido públicamente muchas veces la pequeña parte visible de sus múltiples actividades clandestinas, y al que quiere convencer esa noche para que acepte la última y sublime misión: que él mismo ensucie su memoria, se acuse de todos los crímenes del régimen y acepte sin protestar su condena.

Es la primera vez desde el arresto de Antonio de la Guardia que esos dos están cara a cara. Sin embargo, para aquel a quien todo el mundo en La Habana llama Tony, el planeta hace meses que no marcha bien. Por primera vez desde hace treinta años, Cuba está en paz y el coronel de las Tropas, de cincuenta y un años de edad, buzo militar y paracaidista, que no ha cesado de luchar en los escenarios bélicos exteriores, ha visto cómo le confiaban un cargo civil, la dirección del departamento MC: misiones comerciales fraudulentas de todo tipo y en todo el mundo, sociedades off-shore en Panamá, tráfico de armas y cocaína, de informática y de cigarros, supuestamente para alimentar la Revolución con monedas convertibles.

Tony de la Guardia es un diletante desordenado, tan desinteresado como pueda serlo un privilegiado colmado de honores y prebendas, que desde hace unos meses ya no sabe dónde está. Su uniforme está colgado de la percha en un armario. En pantalón corto y camiseta, con las gafas de sol sobre la frente, el rostro bronceado por las salidas a pescar langosta y una ancha sonrisa, pasa una parte de su tiempo, en medio de una administración tan tentacular que se torna inexistente, llevando maletas llenas de polvo blanco y billetes verdes. La otra parte de sus jornadas la consagra a la navegación de placer y a la pintura

figurativa, y sus noches a los desfiles de moda alrededor de la piscina en La Maison, en compañía de sus próximos. Tony de la Guardia es un sibarita rodeado de fuertes amistades: el 3 de junio de 1989, hace un mes, cenó con Gabriel García Márquez en la villa del escritor, la villa protocolaria número 36 de Siboney.

En las paredes del salón están colgadas varias de sus pinturas. Son dos artistas que intercambian sus obras: el colombiano le dedicó esa noche un ejemplar de su última novela, *El general en su laberinto*, donde imagina los últimos días de Simón Bolívar, el Libertador de largas patillas y rostro como hoja de cuchillo que, en una de sus últimas cartas, había escrito: *Quien sirve a una revolución ara en el mar*.

La dedicatoria autografiada por Gabriel García Márquez, como un eco, fue la siguiente: *A Tony, el que siembra el bien*.

El dinero entra efectivamente por contenedores en las sociedades comerciales que tiene a su cargo. Pero Tony de la Guardia está inquieto. Ya tuvo aquella historia del Hércules C-130 comprado bajo cuerda en Panamá para Angola. El montaje se vino abajo. Y el presidente Dos Santos reclamó sus cinco millones de dólares. Pero sobre todo está el proceso a narcotraficantes detenidos en Florida y el cerco que va cerrándose alrededor del gobierno cubano. Sabe que le vigilan en sus desplazamientos por La Habana y que le es imposible escapar. No vuelve a pisar su despacho y se consagra a la pintura y al submarinismo. Y puede que reciba como un alivio su arresto, el 13 de junio, y la eventual posibilidad de poder por fin dar explicaciones.

Sin embargo, el trato que se le reserva en la villa de los padres maristas le sorprende. Él, el coronel de las Tropas, esos hombres de máxima confianza encargados de la seguridad del régimen, equipados de pies a cabeza con material del US *army* y a los que se supone capaces de abortar una sublevación del ejército regular equipado con material soviético, él, el hombre de todas las misiones peligrosas desde hace treinta años, está encerrado en una celda alicatada cuya luz eléctrica no se apaga nunca, y lo despiertan cada veinte minutos para romper su resistencia psicológica e impedirle organizar su pensamiento.

¿Vuelve a ver, como en flashes, durante sus sueños interrumpidos, en medio de su inmensa fatiga y de su aturdimiento, las imágenes de su juventud dorada

en La Habana en compañía de su hermano Patricio, que ha sido arrestado a la vez que él, las imágenes de su vida de estudiantes en Florida?

Los gemelos De la Guardia eran al inicio de la Revolución hijos de buena familia habituales del Vedado Tennis Club y del Miramar Yacht Club. Antonio de la Guardia y el que todavía no era el Líder máximo ni el Cronos de barba gris se encontraron allí, junto a las piscinas, por primera vez en 1960, durante la entrega de premios de una regata. Tony de la Guardia tenía veintitrés años. Era la época en que el joven jefe de los barbudos y el viejo Ernest Hemingway, como un par de buenos compinches, festejaban la Revolución bajo las palmeras del trópico de Cáncer, un periodo de exaltación y de gran ánimo revolucionario...

¿Vuelve a verse unos meses más tarde, como combatiente victorioso, en la bahía de Cochinos? ¿También se ve en Siria o en Yemen, en Suiza o en Nueva York? Durante treinta años, ha visto cómo le confiaban las misiones más secretas y siempre al borde del bandidismo, una treintena de operaciones cargadas de polvo blanco y de billetes verdes, del Líbano a Guatemala, a Venezuela... Él fue quien organizó el frente sur de la guerrilla sandinista desde Costa Rica, donde impuso el himno oficial, y muy poco marcial, de «Chiquitita». Llevando siempre consigo sus casetes de Simon & Garfunkel, entró vencedor en Managua... Cuando en la noche del 2 de julio de 1989 lo sacan bruscamente de su celda y atraviesa La Habana dentro de un furgón carcelario, ¿piensa que el talismán en blanco y negro de una fotografía bastará para salvarlo: aquella en la que se le ve, orgulloso y sonriente, en el momento de recibir el abrazo del Cronos de barba gris, a su regreso de Chile? ¿Piensa, como pintor, en cierto cuadro de Goya? ¿Concibe que la Revolución, como el Tiempo, deba alimentarse de sus propios hijos para salvarse?

En Chile, Tony se incorporó a la guardia personal de Salvador Allende. Combatió el 11 de septiembre en el interior del asediado palacio de la Moneda y logró regresar clandestinamente a La Habana. En la fotografía en blanco y negro, los dos hombres sonríen. Pero hace dieciséis años de eso. Una eternidad. Esta noche, sentados de uno y otro lado del escritorio en el tercer piso del palacio de la Revolución, esos dos están pálidos y agotados.

Desde hace varias semanas, el Líder máximo no trabaja más que en el gran montaje de su proceso. Él es quien ha elaborado la lista de los jurados militares, quien ha redactado anónimamente los editoriales del diario *Granma*, quien ha elegido a los inculcados, todos oficiales, y quien ha decidido

echarlos a las fauces de los Estados Unidos y de la opinión pública internacional. También ha sido él quien ha conseguido meter en esas acusaciones de narcotráfico el nombre del general Ochoa para someter su insubordinación y, quizá, sus proyectos de rebelión. ¿El Líder máximo piensa entonces en el Libertador que le persigue en sueños, en el Simón Bolívar que no dudó en enviar al general Piar, en nombre de la razón de Estado, ante un pelotón de ejecución?

Si la existencia de esa conversación entre Tony de la Guardia y el Líder máximo está confirmada, la fecha sigue siendo incierta. Según la propia hija de Tony, Ileana, que lo visita en la Villa Marista el jueves 6 de julio, aquella habría tenido lugar antes de la apertura del proceso, en la noche del jueves 29 o el viernes 30 de junio. Pero son más los que optan por esta noche del domingo 2 de julio, porque hoy están suspendidas las audiencias en el tribunal.

Ayer sábado –los archivos de vídeo lo muestran–, uno de los acusados se dejó llevar por la desesperación y dijo lo que todo el mundo sabe o debería saber, que en el banquillo no hay más que hombres en misión que ejecutaban órdenes. El poder vacila. El Líder máximo, sentado detrás de un espejo sin azogue, acaricia su larga barba gris. Hace falta un fusible fiable. Ese es el papel que asigna a Tony de la Guardia: que todas las denuncias suban hasta él, pero que ninguna vaya más arriba. Luego, concluye barriendo el aire con un amplio gesto de su brazo, ya se arreglarán entre revolucionarios. Algunas toneladas de polvo blanco y unos cuantos millones de billetes verdes no lograrán impedir la marcha hacia el paraíso de los revolucionarios.

Luego, el Líder máximo abandona el tema y sigue hablando, recupera el torrente de palabras que cada noche, desde hace treinta años y sea quien sea su interlocutor, vierte en lo más profundo de La Habana. Se trata una vez más del porvenir glorioso de la Revolución, de la necesidad de cerrar filas en ese momento en que la Unión Soviética se desintegra. Y ellos dos son, de nuevo, dos conspiradores en la noche que sienten una fascinación recíproca, como si retomaran una conversación intermitente desde hace treinta años, delante del gran sol poniente del Yacht Club, mucho antes de los muelles de cemento de la Marina Hemingway.

Durante el final del proceso, Tony de la Guardia asumirá su misión. Cuando se anuncia el veredicto y su condena a la pena capital, no dirá ni una palabra y regresará a su celda, para pasar allí largos meses, piensa él.

Por su lado, el Líder máximo va a una clínica a reponerse de la fatiga. En los días siguientes convoca a sus más antiguos compañeros de armas, los supervivientes de la Sierra Maestra, o bien se presenta en sus casas en medio de la noche, como tiene por costumbre. La calle está cortada por los jeeps, hay un camión con hombres armados, y él se sienta en la mesa de la cocina, con su enorme cuerpo rígido por el caparazón del chaleco antibalas. Finge pedir consejo a ancianos en pijama o vestidos a toda prisa, de cabellos alborotados, vagamente inquietos por ser sacados así del lecho y que escuchan, asintiendo, su interminable monólogo.

¿Sonríe ante el recuerdo del aviso que hubo que darle a Tony hace unos años, para recordarle que, incluso en pantalón corto y camisa de flores, no era deseable que un oficial de los servicios especiales vendiese cuadros en el mercado de la catedral, en medio de pintores domingueros?

Tony de la Guardia podrá haber tenido el mundo entero como terreno de actuación, y jugado al golf en Estados Unidos con ocasión de sus misiones secretas para Inmigración. Él ha tenido mujeres, amistades indefectibles y su eterna seducción, pero se ha convertido en un monstruo de poder y de inevitable soledad, un personaje apropiado para las novelas de Gabriel García Márquez, el escritor colombiano al que ha elegido como confidente desde que Papá Hemingway se pegó un tiro, hace ya tanto tiempo.

Está absolutamente solo, quizá por cien años, es un viejo general exhausto, perdido en su laberinto de múltiples residencias secretas y Mercedes negros, un hombre privado de los gestos más simples desde hace treinta años. Un hombre que en todo ese tiempo no ha podido sentarse una sola vez, sin la compañía de los guardaespaldas, ni en su país ni en ningún otro, a tomarse una copa en una terraza para ver pasar las largas tijeras de las piernas de las mujeres y ser un lector anónimo de un periódico del que no haya escrito él mismo los artículos en secreto, de noche y a solas.

Según varios testigos, el Líder máximo evocará durante esas noches, delante de sus compañeros abotargados por el sueño, la eventual posibilidad de recurrir a la cirugía plástica: hacer irreconocible a Tony de la Guardia, como se había hecho irreconocible al Che Guevara para su entrada en Bolivia. Pero ¿cómo se puede estar seguro de ese simple mortal desconocido, que sin embargo lo sabe todo?

El 14 de julio de 1989, diez días después del fin del proceso, una lacónica y

una vez más anónima nota en el periódico *Granma* anunciará que las sentencias dictadas en el juicio 1/1989 han sido aplicadas.

Ese artículo no hace ninguna referencia al bicentenario de la Revolución Francesa.

Tampoco al aniversario del Che Guevara, quien, según Paco Ignacio Taibo II, habría cumplido sesenta y un años ese día. Pero los héroes raramente llegan a ancianos.

CHE Y SARTRE BURGER

La plaza de la Revolución, en Managua, en la que ondearon en julio de 1979 las banderas rojas y negras de la victoria sandinista, donde cantaron los muchachos de pie sobre los tanques e incluso sobre el tejado de la catedral reventada, está hoy desierta del otro lado de la avenida Simón Bolívar. Hay pocos peatones en la tarde de plomo, este viernes 21 de febrero de 1997. Algunos mantienen un periódico por encima de sus cabezas a modo de sombrilla, en él se leen los titulares del día. *Asesina a niño de 20 puñaladas... Exposición de muñecas y muñecos japoneses...* Sobre algunos sombreros sigue partiéndose de risa desde esta mañana el neosomocista presidente Alemán.

Delante del partenón ocre y blanco del Palacio Nacional, de un neoclasicismo colonial, y a la sombra de las palmeras cubiertas de minúsculos pájaros negros, un vendedor de helados se fuma un pitillo sentado sobre un murete, junto a su carrito de tres ruedas. Las cajas de botellas se apilan a lo largo de la fachada del restaurante fast-food bajo el letrero «Che Burger», vestigio de la Revolución, adornado una vez más con la torpe reproducción del retrato de Korda. Esta vez directamente ejecutada con pintura roja sobre la blanca pared encalada: el Che con la gorra de la estrella y con el ceño fruncido, tal como se le ve en esa fotografía de marzo de 1960.

Korda tomó ese icono, que el Che Guevara nunca vio y cuyo negativo durmió en el fondo de los archivos del diario *Revolución* hasta su muerte, el día en que el carguero francés *La Coubre*, cargado con las primeras armas que el régimen cubano acababa de comprar en Europa, explotó en el puerto de La Habana despedazando a decenas de personas. Durante la concentración popular que se produjo a continuación, Jean-Paul Sartre también subió a la tribuna, pero situándose un poco demasiado a la derecha, y no salió en esa fotografía. He ahí el porqué de que no haya en ninguna parte del mundo un «Che y Sartre Burger».

En la avenida Simón Bolívar hay niños, equipados con cubos de plástico y esponjas, que invaden el cruce delante de la gran iglesia de los Testigos de Jehová, mientras el semáforo está en rojo, para intentar limpiar los parabrisas

o para venderte fruta a través de la ventanilla del auto. Otros chavales intentan venderte gomas de mascar o cigarrillos por unidades, luego descansan mientras dura el semáforo en verde, apoyándose en el monumento al oscurantismo. Una mujer de cabello greñado, vestida como una gitana, con un chaquetón de cuadros de hombre demasiado grande para ella, y cuyos dedos asoman cual minúsculas estrellas de mar al final de unas mangas demasiado largas, ofrece a los automovilistas una bolsa de plástico transparente llena de algo verdoso y cortado en láminas. A la sombra del modesto jardín que, sin embargo, se llama Parque Central, no lejos del mausoleo de Carlos Fonseca, ha sido grabada en mármol otra frase de Augusto César Sandino, que fustiga al aventurero William Walker:

Vuestras manos deben ser ciclón sobre los descendientes de William Walker.

Y uno puede pensar entonces que la historia también podría perfectamente comenzar con el relato de la infancia deliciosa de William Walker en Nashville Tennessee, y con los estudios de medicina de un jovencito de cabello castaño claro, manos finas y ojos grises, y silueta casi femenina.

Ese tipo de hombres, presintiendo oscuramente que la vida los habrá de colocar en situaciones peligrosas, suelen empezar por estudiar medicina. Y ese no es el único punto en común entre el Che Guevara y William Walker, entre el ángel y el demonio, entre la encarnación del Bien y la del Mal en la mitología revolucionaria de América Central.

WW

Como en una novela de formación del siglo XIX, el jovencísimo doctor Walker, recién diplomado, abandona América rumbo a París. Uno puede asombrarse de que a los veinte años sea ya médico, también él parece estarlo por otra parte, puesto que consagra sus jornadas a la lectura de obras médicas, y sus noches al descubrimiento de Victor Hugo.

Tras partir más tarde a Heidelberg (¿leyó los textos que Victor Hugo dedicó a la ciudad de los filósofos?) y luego a Italia, siguiendo los pasos de Lord Byron, abandona el camino de la medicina por el derecho, regresa en 1845 a Nueva Orleans e ingresa en el colegio de abogados de Luisiana, antes de optar por el periodismo. Sus editoriales en el *Daily Crescent* permiten intuir a un hombre joven, culto, moderado y cosmopolita, que debía irritar mucho a los expansionistas sudistas del Destino Manifiesto.

Sin embargo, el fuego está ya latente y otras palabras suyas dejan presagiar un porvenir más violento: las del largo discurso que pronuncia en 1848 en la Universidad de Nashville sobre la Unidad de las Artes. Hace un elogio de Lord Byron, el inmenso poeta muerto veinte años antes, en medio de los insurgentes de Missolonghi, durante su tentativa de liberar Grecia, después de haber dilapidado su fortuna en la compra de armas y en fletar un navío:

–¡El heroísmo –concluye William Walker– es la forma superior del arte!

El brillante orador tiene veinticuatro años. Está enamorado. Ella tiene veintitrés. Es sordomuda.

Si Ellen Galt Martin hubiera sido la heroína de una novela sudista, habría tenido la tez de melocotón de las muchachas delicadas y educadas en el recato. Sus largos cabellos lisos son verdaderamente de un negro azulón. Lanzan reflejos de ala de cuervo cuando ella se balancea en su mecedora, bajo la veranda de la gran villa blanca de la calle Julia, en el hermoso barrio de Trois-Maisons, en cuyo jardín ella no oye cantar a los pájaros.

En 1849, el único amor en la vida de William Walker muere de cólera.

El orador se calla. Atraviesa el parque con su ajustada levita, bajo las hojas barnizadas de las magnolias, que parecen de plástico. Embarca de inmediato

rumbo a California, donde convergen ya, en plena fiebre del oro, todos los buscadores de fortuna, los amantes inconsolables y los muertos de hambre. Se convierte en periodista del *San Francisco Daily Herald* y entra en un gabinete de abogados de Marysville, sin que todo ello, tampoco la asidua lectura de los románticos, consiga colmar el pozo sin fondo de su neurastenia.

William Walker, que habría podido, como cualquiera, optar por el alcoholismo o por los opiáceos, busca otra salida a su melancolía, más adaptada a su educación. El Destino Manifiesto está de nuevo en la atmósfera una vez que se ha llegado al Far West. Los apaches atacan de ambos lados de la frontera, pero sobre todo del lado sur, en la provincia mexicana de Sonora. Los periódicos lo atestiguan: una decena de granjeros son masacrados en una sola semana, en septiembre de 1853. ¿Acaso Lord Byron no habría montado una expedición para proteger a los sonorenses?

William Walker se presenta solo en Guaymas, en el lado mexicano de Sonora, y regresa a California convencido de que un grupo de soldados de fortuna puede, de un solo golpe, sacar al ejército mexicano de la provincia y al aburrimiento de su vida: el joven periodista de corazón roto efectúa su propia revolución ideológica y se convierte en campeón del Destino Manifiesto.

William Walker no dispone, sin embargo, de una fortuna de lord inglés que dilapidar. Para reclutar a los hombres y comprar las armas, las municiones y las provisiones de alimentos, vende por suscripción tierras cultivables de Sonora, que serán entregadas una vez que se expulse a los mexicanos. En octubre de 1853, el *Carolina* abandona a toda vela el puerto de San Francisco. Lleva cuarenta y cinco hombres a bordo. Una parte importante del flete es abandonada en el muelle para burlar la vigilancia de las autoridades. Y William Walker, que no es marino ni militar, sino un jovencito insignificante de levita negra en medio de unos bocazas barbudos y musculosos, una vez en alta mar se da cuenta de que su tropa, reducida y mal equipada, no está en condiciones de inquietar a la guarnición de Guaymas, y de que antes necesita empedernir a sus hombres con una victoria fácil.

El barco pone proa hacia el pequeño puerto pesquero de La Paz, en la casi deshabitada punta de la península mexicana de Baja California. La tierra es árida y agrietada. Hay lagartos y cactus como candelabros delante de las montañas rojas, que se hunden en las aguas verdes del Pacífico. El desembarco coge por sorpresa al gobernador de La Paz, puede que durante su

siesta, y tras una breve escaramuza, la bandera mexicana es sustituida por una enseña con dos bandas horizontales separadas por una blanca, sobre la que brillan dos estrellas: el emblema de dos nuevos Estados.

El 3 de noviembre de 1853, William Walker proclama ante un mundo poco atento la independencia de su República de Baja California y Sonora.

En busca de una región menos desértica en la que ejercer su magisterio, remonta hacia el norte e instala su puesto de mando en el puerto de Ensenada, a un centenar de kilómetros al sur de la frontera californiana. Allí los contratiempos no tardan en acumularse.

La tropa es hostigada por una banda de guerrilleros locales a las órdenes de un tal Guadalupe Melendres, que vuelan el *Carolina*. Las provisiones se agotan enseguida. Y los aventureros se dedican al pillaje en algunos caseríos para apoderarse no de las montañas de oro y de frutos maravillosos, como quizá se les había prometido una noche en alguna cantina, sino de un poco de carne, algo de maíz y un alcohol adulterado que, vista la situación, se sienten incitados a consumir sin moderación. El ejército mexicano los espera al este. Los apaches podrían penetrar desde el norte. Dos buques de guerra, uno norteamericano y otro mexicano, fondean al oeste y cierran el puerto. El árido sur y sus cactus están en manos de Guadalupe Melendres.

William Walker, que se ha autoproclamado presidente de la República en enero de 1854, escoge sin embargo la huida hacia delante.

Se apodera de aldeas fantasmas ya destruidas por los apaches, consigue reunir algunas decenas de paletos rancheros a los que enrola a la fuerza en su ejército, en medio de ceremonias con grupos de mariachis y saludos a la bandera, golpes de tequila e inflamados discursos del presidente, que espera la llegada de refuerzos. En San Francisco acaba de abrirse una oficina de reclutamiento en la que ondea la enseña de las dos estrellas, y de lo que se trata es de ir a conquistar precisamente esa segunda estrella, la mismísima Sonora, del otro lado del estuario del Colorado.

Ese grupo, formado por algunas decenas de hombres, va a recorrer durante meses centenares de kilómetros de arena y pedregales en plena canícula, entre matojos de hierbas secas, que los desesperados de Melendres aprovechan para montar sus emboscadas. Atraviesan el río Colorado para encontrar del otro lado el mismo paisaje quemado, el mismo sol blanco, las mismas marchas

forzadas sobre la arena y los cantos rodados, y al ejército mexicano, que les insta a deponer las armas.

La mitad de la tropa ya ha desertado, a la otra mitad no le queda fuerza para hacerlo. Pero William Walker está ahí, firme sobre sus botas, con los dos pies bien asentados sobre su tierra de Sonora, y sin duda esa hazaña le basta, puesto que desanda de inmediato el camino hacia el Pacífico, para entregarse a las autoridades norteamericanas cerca de San Diego, el 8 de mayo de 1854.

Él y sus treinta y cuatro matones supervivientes son acusados de haber violado la Ley de Neutralidad acordada con México. Él redacta el acta de rendición y la firma: William Walker, presidente de la República de Sonora.

En menos de un año, el hombrecito de levita negra se ha desgarrado por dentro: sigue siendo aquel niño tranquilo y tímido de Nashville y se ha convertido en el temible aventurero William Walker. Tiene la mirada alucinada de los locos y de los conquistadores. Ahora considera en secreto la posibilidad de atacar Sonora de nuevo, pero es Nicaragua la que lo espera más al sur, y en ella entrará a sangre y fuego antes de ir a morir en Trujillo, Honduras.

Varias decenas de años después de su muerte, Augusto César Sandino, el general de los hombres libres, escribirá esa frase en su día grabada con buril en el mármol del Parque Central de Managua: *Vuestras manos deben ser ciclón sobre los descendientes de William Walker.*

Hoy, viernes 21 de febrero de 1997, un gran cartel de madera anuncia, no lejos del Parque Central, la próxima construcción de un complejo comercial de varias plantas, uno de esos *malls* de cristal y acero con galerías comerciales y escaleras mecánicas, cuyo proyecto arquitectónico muestra. Levantando la vista hacia el este, se distingue detrás del cartel la inmensa silueta negra de Sandino con su sombrero Stetson, que se alza sobre la colina de Tiscapa, como la sombra del Zorro presto a surgir de la noche al galope. La gran figura metálica del Comandante fue instalada allí por los sandinistas, antes de entregar el poder a los vencedores en las elecciones. Como una advertencia, siempre visible sobre el horizonte.

Al pie de esa silueta majestuosa, que uno distingue desde cualquier lugar en Managua, se depositaron como homenaje los restos de la estatua ecuestre de Somoza, destruida durante la Revolución (una pata del caballo, un fragmento de la grupa, nada del dictador). Y a cada lado de esos pedazos dinamitados se

oxidan dos blindados. Uno de ellos es el que se ve sobre la plaza de la Revolución en los filmes de archivo, en julio de 1979. Los muchachos sandinistas se lo habían arrebatado a la dictadura. El otro le fue ofrecido, mucho antes, a Benito Mussolini por Tacho Somoza.

Augusto César Sandino fue asesinado aquí, en Managua, por la Guardia Nacional de aquel primer Somoza, Tacho, en 1934, a traición, cuando salía de una sesión de negociaciones con el presidente a la que había seguido una cena para festejar el acontecimiento.

Y me asombra estar hoy solo, en este viernes 21 de febrero de 1997, sesenta y tres años exactos después del asesinato de Augusto César Sandino, el 21 de febrero de 1934, un aniversario con motivo del cual esperaba encontrarme aquí al menos con una modesta fanfarria, un ramillete de flores rojas y negras, y quizá algunas ráfagas de Kaláshnikov, disparadas contra el cielo y contra la inclemencia de los dioses.

Antes de convertirse en asesino y torturador, Tacho Somoza había comenzado su carrera como contable en Filadelfia, Estados Unidos. Luego vendió coches de ocasión. Y veinte años más tarde el dictador, en plena cumbre de su terrible poder, todavía poseía bajo cuerda algunas concesiones de automóviles en Managua. Uno nunca sabe qué es lo que hace actuar a los hombres. A veces son suficientes los sueños de un mecánico de coches. Él fue asesinado en 1956, durante una fiesta en el Club Obrero de León, por un poeta libertario, Rigoberto López, que fue abatido unos minutos más tarde por la Guardia Nacional.

Todavía sentado en un banco del Parque Central, el viernes 21 de febrero de 1997, cuando pronto serán las tres y media de la tarde, imagino un material cinematográfico extremadamente complejo, capaz de filmar la avenida Simón Bolívar a cámara lenta a lo largo de toda su historia. Una cámara emplazada aquí, cerca de este banco, que habría registrado en sobreimpresión las guerras de William Walker en el siglo XIX y las banderas rojas y negras de la victoria sandinista en el XX.

Las banderas ondean muy lentamente por encima de los guerrilleros y de Antonio de la Guardia, de Ernesto Cardenal y de Sergio Ramírez. Los muchachos dinamitan la estatua ecuestre de Somoza, cuyos restos se dispersan lentamente. Los inmuebles se hundén a cámara lenta en 1972, a ambos lados de la avenida Simón Bolívar que ondula como una alfombra. Las nubes de polvo

envían suavemente sus volutas hacia el cielo gris. Y mucho antes todavía, el 25 de julio de 1529, Gonzalo Fernández de Oviedo abandona a caballo el poblado indígena de Managua en dirección al volcán Masaya, por lo que debía ser entonces un camino de tierra empapada. Y casi cuatro siglos más tarde, en 1953, un automóvil en el que van sentados cinco muchachos se desliza sobre el asfalto de la avenida Simón Bolívar. Llegan de San José de Costa Rica y atraviesan Managua. Van en ruta hacia Guatemala.

Uno de ellos, el joven Ernesto Guevara, no sabe todavía que allí encontrará a la peruana Hilda y que se ganará durante un tiempo la vida como vendedor ambulante de estatuillas del Cristo Negro de Esquipulas. Ignora que un año más tarde será expulsado de Guatemala, como todos esos jóvenes de izquierdas, cuando los Estados Unidos envíen desde Honduras a su mercenario Castillo Armas para derrocar el gobierno de Jacobo Arbenz y poner así fin a la reforma agraria.

Antes de tener que huir hacia el norte, hasta México, ese hombre, que luego se convertirá en el Che Guevara, se planteará combatir y escribirá con entusiasmo: *Es hora de que el garrote conteste al garrote, y si hay que morir, que sea como Sandino y no como Azaña...*

Y uno bien que piensa en la referencia a la nariz de Cleopatra en *Pensamientos sobre la religión*, de Pascal, y en la *Teodicea* de Leibniz, con esa locura de las infinitas posibilidades de la historia. Piensa que si la CIA, que sin embargo se llama Agencia Central de Inteligencia, no hubiera derrocado a Arbenz, jamás el guapo joven argentino se habría refugiado en México. Nunca se habría encontrado con los exiliados cubanos del 26 de julio. No se habría embarcado en el *Granma* y jamás habría desembarcado en Cuba. No habría existido el Che. Ni Santa Clara. Ni el Congo. Ni Bolivia. Y uno se dice que esto debe de ser por el calor. Que tal vez sería mejor que se comprara una gorra, para caminar bajo el sol por la avenida Simón Bolívar en pleno mediodía. Sí. Comprar quizá una de esas rojísimas gorras de béisbol de visera larga, que también te protegen el rostro. Y regresar luego al hotel para darse una ducha fría.

LA BOMBA DEL HOTEL MORGUT ESTÁ AVERIADA

–Se rompió.

Estoy apoyado en el gran mostrador de madera, con el rostro sudoroso y la camisa pegada a la espalda por la caminata a pleno sol, y sin duda con un aire de idiota porque la capitana me transmite riéndose las excusas del dueño del hotel, quien no va a regresar hasta mañana, y yo me lo imagino con su sonrisa de mero o de celacanto de las profundidades diciéndole:

–Solo tienes que explicarle que la bomba se jodió.

Después de sacar una Victoria helada del frigorífico del vestíbulo y de haber subido para liberarme del abrazo de pulpo de la camisa, me he sentado en el borde de un sillón, con los brazos separados, en una posición de brahmán en trance o de enfermo mental a punto de echarse a volar.

Todavía espero a terminar de secarme para ponerme otra camisa cuando oigo el chancleteo de unas pantuflas en las escaleras. Alina, sonriente, trae una palangana de plástico azul. Me propone atravesar la azotea hasta la cisterna.

Es un cobertizo fresco y cubierto que no está sobre el tejado principal, sino sobre el siguiente, al cual se accede por unos escalones de cemento, después de haber zigzagueado entre hileras de cegadoras sábanas blancas colgadas de los tendedores. Aquí es donde ella trabaja, me explica cuando saco la cabeza del depósito. Ella está sentada sobre el brocal húmedo del lavadero y juega con un cepillo de grama. En lugar de escribir un libro sobre William Walker, me dice, haría mejor en escribir un libro sobre su vida. La miseria fue la que la expulsó de las plantaciones bananeras de Chinandega. Pero ella no irá más lejos. No se irá a hacer de puta para los gringos en Costa Rica, como muchas otras. Alrededor de nosotros se alzan las escobas, duermen los cubos, se amontonan las reservas de lejía, de detergente en polvo y de jabón, un trastero freudiano e incluso junguiano, por arquetípico, y Manuel grita desde la planta baja que pronto serán las cuatro y media.

Sentado en el asiento delantero del Daewoo, con el pelo mojado, he colocado sobre el tablero de mandos una de esas direcciones que siempre parecen constituir enigmas de un juego de pistas para niños, y que Sergio Ramírez me ha dictado por teléfono: *Telcor Monseñor Lescano 2 1/2 c. frente*

a las conchas del templo mormón. Se trata de una calle calma, sin aceras ni peatones, de bordes arenosos en los que crecen hierbas salvajes y mea un gato famélico. Pero ni rastro de conchas, ni un templo mormón, en el horizonte.

SERGIO RAMÍREZ

Contrariamente a lo que puedan pensar todos los que, como yo, compraron la traducción de *Apocalipsis en Solentiname* a principios de los años ochenta, por unos cuantos dinares, en la Sned¹ de Argel, Sergio Ramírez no es un personaje de ficción.

El narrador de ese relato, escrito en La Habana en 1976 –sin que nada autorice al lector ni a la policía, en virtud de una convención literaria inviolable, a pensar que podría tratarse del autor del texto, Julio Cortázar–, se encuentra con un personaje llamado Sergio Ramírez en el Hotel Europa de San José de Costa Rica. Relata un viaje aéreo clandestino a bordo de un Piper azteca que sobrevuela la cordillera, luego la frontera sur de Nicaragua y se posa por fin en el archipiélago de Solentiname. El narrador fotografía las pinturas naïfs y coloridas de los campesinos que le presenta otro personaje, Ernesto Cardenal, y se lleva la película a Francia para hacerla revelar.

De regreso en su apartamento parisino, entre las diapositivas que desfilan automáticamente por la pantalla, en medio de vacas enanas sobre campos de amapolas, de chozas de azúcar de las que salen hombres-hormiga, aparecen inexplicablemente imágenes de cuerpos martirizados, la ejecución del poeta Roque Dalton en un descampado salvadoreño, un caballo de ojos verdes delante de una cerca de bambú, la explosión de una bomba en Buenos Aires..., como fotografías de prensa colocadas en desorden sobre la mesa de mármol de una redacción, a la espera de ser maquetadas.

En un salón, en una de cuyas paredes, que es de piedra desnuda, corre agua fresca y florecen orquídeas violetas, veo este viernes 21 de febrero de 1997 al personaje de ficción abrir una puerta y pasar bajo un retrato de Daniel Ortega, hoy líder político competidor, después de que ambos hombres hubieran sido juntos –años después de que Julio Cortázar escribiera su relato– presidente y vicepresidente de la República sandinista de Nicaragua.

Pero el retrato de Ortega es antiguo. Se nota por las gafas oscuras jeruzelskiescas tras las cuales el joven presidente de la República vestido de uniforme disimulaba entonces la fragilidad de su mirada y de su entereza.

Sergio Ramírez es un hombre alto y fuerte, casi pasado de peso, de cabellos negros, que me recibe en su despacho como un sabio indio sentado en su tipi. Hay estanterías llenas de libros. Y periódicos apilados sobre un escritorio de madera encerada. Entre ellos, *El Nuevo Diario* de esta mañana, viernes 21 de febrero de 1997: un gran día para la señorita Velqui María Quirós Velásquez.

El lindo rostro de esta sigue sonriendo en blanco y negro en la última página de *El Nuevo Diario* mientras Sergio Ramírez dispone las tazas sobre la mesa baja y sirve el café. El despacho, que él abandona poco después con una lista de nombres en la mano, está orientado al oeste, hacia el sol ya rojo. Son las cinco y la marquesita o señorita Velqui, eventual futura Miss Nicaragua 1997, seguro que ya ha recortado la fotografía y la ha guardado en un álbum que abrirá dentro de veinte años, para soltar una lágrima por su juventud perdida.

Ella podría ser la Desaparecida de cabellos negros que hostiga la memoria devastada del viejo espectro de mugriento impermeable, Víctor, pero él la habría reconocido ya esta mañana, en la terraza del snack bar Morocco.

La diferencia de edad, por otra parte, juega a favor de la señorita Bermúdez.

En su novela *¿Te dio miedo la sangre?*, Sergio Ramírez recuerda la elección en 1953 de Miss Nicaragua. La señorita Bermúdez, hija de un oficial de la Guardia Nacional, era entonces la candidata. Para votar bastaba recortar un cupón en el periódico y enviarlo por correo de manera anónima. En un país privado de cualquier otra forma de auténtico escrutinio, batir a la señorita Bermúdez se convirtió enseguida en la ocasión de mostrar lo que se ha convenido en llamar un repudio popular al régimen.

Somoza lo impidió haciendo imprimir miles de falsos cupones de voto. Y sus oficiales, cubiertos de quincallería honorífica y de baratijas doradas, sus esbirros de gafas negras y anchas manos peludas de torturadores, se pasaron horas con la lengua entre los dientes y el bolígrafo en los dedos, trazando con aplicación cruces junto al nombre de la señorita Bermúdez.

Sentado a solas en el despacho, observo la sonrisa de la señorita Velqui María Quirós Velásquez. E imagino la lagrimita de humillación que debió de verter la señorita Bermúdez (electa, por supuesto, en 1953) en su habitación de muchachita sabia (y quizá la más bella de las mujeres, después de todo), antes de descender al salón de los Bermúdez entre aplausos a lo largo de toda la escalera monumental, con el vestido blanco y escotado atravesado por la efímera banda real, delante de los oficiales en uniforme de opereta amigos de

papá, con sus sonrisas vagamente lascivas y sus guantes blancos, satisfechos de haber glorificado una vez más los eternos valores del orden y de la distinción social. Sergio Ramírez acaba de regresar al despacho. Vuelve a ocupar su lugar delante de la mesa baja, sobre la que deposita de nuevo la lista de nombres. Junto a varios de ellos figuran ahora cruces marcadas a bolígrafo. Los que ha podido localizar por teléfono estarán mañana en nuestra cita, a primera hora de la noche, para un aperitivo en la terraza.

Al fondo de un garaje de cemento, donde está estacionado un todoterreno azul y cromado, el chófer pulsa el cierre de las puertas y la persiana metálica se mueve delante del parachoques. Atravesamos la villa bajo el soplo del aire acondicionado que tapa la voz del antiguo personaje de ficción. Él, que hasta hace poco todavía deseaba convertirse en presidente de la República de Nicaragua, le da vueltas ahora al proyecto de poner fin a su vida política y de reunir sus recuerdos de la revolución sandinista en un libro que titula, sonriente, *¡Adiós muchachos! (compañeros de mi vida...)*.

Mientras que por aquí desfilan árboles secos, en su mayoría palmeras y madroños, en otro barrio de Managua un periodista de *La Tribuna* se hace eco de un rumor o lo inventa, y redacta un artículo sobre el próximo exilio voluntario en Madrid de los antiguos ministros sandinistas Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal. El coche ha regresado al Hotel Morgut y entramos en el hall, que está muy oscuro, donde todo el personal, a excepción de Alina, está congregado ante el resplandor ecuménico del gran Sony.

Manuel, que parece haberse autodesignado desde esta mañana responsable del mando a distancia, corta de inmediato el sonido de un filme de terror. Monstruos que son muñecos de maíz se descuartizan a golpes de hoz en la pantalla salpicada de sangre verduzca. La capitana se ha levantado de un salto para ir tras el mostrador de la recepción, que rodea con una hábil rotación de la pelvis con el fin de llegar antes que nosotros y de sentarse como si nunca hubiera abandonado ese lugar. En su manera de mirarme fijamente se percibe poca cordialidad, quizá piensa que he ido en busca del líder de la oposición para que venga en persona a constatar el estado de la bomba de agua y a verificar si en efecto está averiada. Sergio Ramírez pide la tarjeta del hotel. La capitana parece a punto de telefonar al celacanto de las profundidades. Me lanza una mirada negra. Único proyectil de que dispone.

UN AVENTURERO DE OJOS GRISES

Uno puede imaginar que a partir de ese momento la vida ya no es nada, ya no basta. Estamos en 1854 y el jovencito de negro tiene la mirada alucinada de los conquistadores y de los locos, los ojos asombrados de Álvar Núñez Cabeza de Vaca vadeando tres siglos y medio atrás las marismas americanas, remontando las aguas amarillas y cenagosas del Río de la Plata hasta el Paraguay, bajo la jungla verde donde silban las flechas de los guaraníes, y hasta la ebullición de las cataratas de Iguazú. Solo en el estrado, el brillante orador, y presidente depuesto de una república evaporada, obtiene la absolución de un jurado popular en California.

William Walker regresa al periodismo. Publica en el *Commercial Advertiser* de San Francisco, cuyo propietario, Byron Cole, llega de Nueva Inglaterra vía Nicaragua.

Desde el descubrimiento del oro en California, todos los barriles sin fondo de las tabernas del Este, los dentistas que tienen prohibido ejercer y los granjeros arruinados miran hacia el Oeste. Ven, tras las largas estelas de un rojo cereza cómo el sol en fusión vierte su flamígero mineral en las oquedades de las minas. Pero ningún caballo de acero lanza todavía su humareda gris sobre la pradera, ni discurre como una cremallera por el desierto, ni serpentea entre las nieves rosadas y los pinos ponderosa de las Rocosas.

En el extremo sur, la vuelta por el estrecho de Magallanes es interminable y el filón bien que podría agotarse mientras tanto. ¡En América Central, afirma Byron Cole con voz de tribuno o de vendedor ambulante de productos milagrosos, en pie sobre la trasera de una carreta entoldada, con el índice alzado, el camino a través de Nicaragua es más corto, menos caro y más sano que la vía de Panamá, donde las fiebres tropicales abrasan y consumen a los viajeros!

Hay algo de farmacéutico normando, algo de Monsieur Homais, en ese Byron Cole que recorre el parqué y las alfombras de la sala de redacción del *Commercial Advertiser* pontificando con el cigarro en la mano y la camisa blanca abultada bajo los tirantes cruzados a la espalda:

—¡La vía de Nicaragua —dice— es aquella en la que el recorrido terrestre, una veintena de kilómetros en total entre la orilla oeste del lago Nicaragua y la costa pacífica, también resulta más rápido!

William Walker, inclinado sobre la mesa de mármol, verifica por última vez la maquetación de su editorial en el *Commercial Advertiser*, mientras que Byron Cole describe ahora, detrás de él, los grandes barcos a vapor de la compañía de Cornelius Vanderbilt, que transportan a los pasajeros desde Nueva York hasta el puerto nicaragüense de San Juan del Norte, en la costa caribeña, en la región de la Mosquitia, en manos de los ingleses (que han nombrado allí a un rey de los Misquitos o de los mosquitos, dice él, un pobre diablo negro y alcohólico tocado con una peluca blanca empolvada, al que atiborran de ron de la mañana a la noche a cambio de mantener su presencia militar y aduanera). En San Juan del Norte, los viajeros toman embarcaciones ligeras para remontar el río San Juan unos doscientos kilómetros. Y Byron Cole, ese simpático parlanchín, no hablaría tanto de Nicaragua si supiera que allí le aguarda la muerte. (Adorna su relato con las aguas verdes y doradas del río bajo el hipnótico y sonoro túnel de la floresta virgen, lo puntúa con las comas de los pájaros multicolores que huyen entre los árboles, con los puntos suspensivos de las flores gigantes que flotan sobre la onda que se expande..., con los largos guiones blancos de los bancos de arena, y los paréntesis de rápidos que deben salvar por los márgenes.)

Luego, unos vapores de ruedas transportan a los viajeros a través del lago Nicaragua, en toda su longitud, hasta la Bahía de la Virgen, y los últimos veinte kilómetros de tierra, el Camino de Tránsito hasta San Juan del Sur y la costa pacífica, son recorridos a lomo de mula o en diligencia. ¡Y ese Cornelius Vanderbilt acaba de firmar un contrato de exclusividad con el gobierno de Nicaragua para abrir un canal!

—¡Sí, un canal!

La dificultad técnica de hacer una obra semejante en Panamá, profetiza Byron Cole, no tiene solución. ¡Ningún sistema de esclusas permitirá jamás hacer pasar a los navíos por encima de la cordillera central!

—¿Un canal en Panamá? —ironiza Byron Cole—. ¡Y por qué no un túnel bajo la Mancha!

Nicaragua ofrece la menor elevación del terreno americano, entre el Ártico

y el cabo de Hornos: cuarenta y cinco metros por encima del nivel del mar, precisa él, con el cigarro sujeto entre los dientes, mientras descuelga finalmente su abrigo de la percha del vestíbulo y se cala su sombrero de fieltro:

–¡Muy pronto, Nicaragua será la encrucijada entre el Este y el Oeste americanos! –concluye con una voz que la posición de su cigarro torna nasal, mientras su mano se apoya en el picaporte de la puerta acristalada sobre la que se han escrito con arenado las palabras Commercial Advertiser–. ¡El punto de encuentro entre la América del Norte y la del Sur! ¡El paso obligado entre China, Japón y la vieja Europa! ¡El próximo centro del mundo!

Sale. La puerta se cierra.

El joven periodista y antiguo presidente de la República se ha sentado en su sillón. Enciende la lámpara del escritorio. Frunce el ceño, mira sus manos inmóviles en medio del círculo dorado: quien se apodere de Nicaragua se convertirá en el amo del mundo.

Independiente de España desde 1821, con la desaparición de la Capitanía General de Guatemala, soberana tras el fracaso de la efímera República Federal de Centro América de Francisco Morazán, Nicaragua oscila entonces entre dos presidentes y dos capitales, ninguna de las cuales es Managua.

En el sur, en Granada, a orillas del lago Nicaragua, el presidente don Fruto Chamorro está al frente del partido legitimista o conservador; al norte de Managua, en León, el presidente Castellón, que vela por el destino amenazado del partido democrático, se halla en peor situación y seguramente mejor dispuesto a aceptar compromisos que le resulten ventajosos, y William Walker decide de inmediato apoyarlo.

Algunos meses más tarde, Byron Cole se pone de nuevo su abrigo marrón, o bien escoge un atuendo más tropical, un traje blanco quizá, y un sombrero panamá, y se presenta por segunda vez ante el presidente Castellón, cada vez más acorralado, quien termina por conceder autorización para llevar armas a cualquier gringo que venga a instalarse en la Nicaragua que está bajo su jurisdicción.

Cincuenta y ocho hombres esperan ya en el puerto de San Francisco a bordo del *Vesta*, que está listo para hacerse a la mar. Es una tropa reducida pero aguerrida, en la que coinciden veteranos de la Guerra de México y aventureros que acompañaron a Narciso López en Cuba y a William Walker en Sonora. No

se han podido pagar las provisiones y las armas y el barco es inmovilizado por deudas en un muelle, bajo la vigilancia del alguacil Purdy, a quien William Walker, cojeando, invita una noche a su camarote.

El jovencito de levita negra, que dos días antes se ha batido en duelo y acaba de hacerse extraer una bala del pie, atraviesa no obstante el cuarto hasta el armario de los alcoholes. Y le ofrece a Purdy un licor o champán antes de anunciarle que le hace prisionero. El barco ha abandonado ya el puerto y se aleja de la ribera iluminada cuando echan al agua un bote y lo ponen a la entera disposición del alguacil Purdy.

El 16 de junio de 1855, el *Vesta* entra en la bahía de El Realejo y los antiguos compañeros de Narciso López ven por fin que una población los recibe alborozada. Las hijas de los campesinos les sonrían, los soldados de Castellón con sus andrajosos uniformes los acompañan al día siguiente hasta León. Es el inicio de la estación de las lluvias. Los ramos de plantas epífitas violetas cuelgan de los troncos de los mangos. Los grandes cactus de color verde manzana repletos de savia se alzan delante del volcán Momotombo, que se recorta en el horizonte. Se ven las bolitas de un rojo vivo de los cafetales. Hay bambús gigantes y bananos, entre los que se adivinan casas de adobe en su mayor parte en ruinas, con un pequeño patio y tres gallinas y un cerdo negro, que los campesinos se apresuran a retirar, así como a sus hijas, ante la llegada de la tropa.

En León, el presidente Castellón aguarda impaciente, su situación es crítica: un millar de hombres del partido legitimista se han reagrupado en Managua, cerca del lago Xolotlán, para el asalto final. Ofrece magnánimo la nacionalidad nicaragüense a los cincuenta y nueve Inmortales y les indica la dirección del campo del honor. Pero William Walker ignora Managua y sus mil hombres. Pretende atacar por sorpresa la guarnición de Rivas, mucho más al sur, una ciudad estratégica en el Camino de Tránsito intercontinental.

En inferioridad numérica absoluta, él es el único con capacidad de utilizar la navegación marítima. Los mercenarios y ciento diez hombres de Castellón se hacen a la mar a bordo del *Vesta*, siguen la costa del Pacífico hacia el sur, desembarcan de noche, atraviesan la jungla bajo la lluvia cálida y se apoderan al día siguiente del pueblo de Tola.

Para consternación del general Trinidad Muñoz, que se aprestaba a rematar a los heridos legitimistas a bayonetazos, el joven médico de levita negra

ordena a su cirujano de campaña que los atienda. Luego la tropa reemprende el camino hacia el este y el general Walker, que se permite paréntesis geográficos en sus memorias, al estilo de Alexander von Humboldt, consigna en su cuaderno la vegetación salvaje, se toma el tiempo de describir las plantaciones de cacao con sus hojas peludas. Trepa a la cima de una colina y ve por primera vez, al nacer el día, el lago Nicaragua soleado, más allá del puerto de La Virgen, en el que parecen flotar, simétricos, los dos volcanes de la isla Ometepe. En el aire claro y transparente relucen los resplandores del metal. Las armas son nuevas y están aprovisionadas. Los hombres, bien alimentados, sacan pecho. Es el inicio de la guerra. Las pérdidas son todavía insignificantes y la moral es de acero. William Walker se lanza a la batalla de Rivas.

Desde los primeros disparos, los hombres del general Muñoz se dispersan y retroceden. Los mercenarios, demasiado escasos, combaten casa a casa, pero pronto tienen que soltar la presa. La primera batalla de William Walker en Nicaragua es una derrota. De regreso en el norte, los mercenarios supervivientes se enteran de que los prisioneros y los heridos que han dejado atrás han sido fusilados.

El ejército legitimista se acerca a León, donde cunde el cólera. William Walker se retira con su tropa a Chinandega, más al norte, cerca de la frontera con Honduras.

Decide atacar el Camino de Tránsito desde el lado del lago, en la Bahía de la Virgen, donde está la sede de la compañía de vapores de Cornelius Vanderbilt. Los cincuenta gringos supervivientes, apoyados por ciento veinte nicaragüenses, lanzan un asalto relámpago contra el puerto que mal defiende el mercenario y general hondureño Santos Guardiola, futuro presidente de la República de Honduras (este hombre, mal perdedor que pasará a la historia como el Carnicero de Honduras, firmará de su puño y letra, dentro de cinco años, la condena a muerte de William Walker). Pero de momento el jovencito de negro acaba de obtener su primera victoria, mientras que en León el presidente Castellón fallece de cólera.

William Walker ordena una vez más atender a los heridos enemigos, y esa costumbre, exótica en la América Central, termina por rendir sus frutos: un soldado legitimista, el músico Acebedo, le cuenta que Granada, la capital del presidente Chamorro, está casi sin defensas y que sus miles de soldados van a

marchas forzadas hacia el sur, hacia Rivas, que les parece la ciudad más amenazada.

El 11 de octubre de 1855, William Walker requisita los vapores de ruedas de la compañía y ordena el cierre de La Virgen, para que ningún traidor se escape. El barco recorre la orilla del lago hacia el norte, con las luces apagadas, y se cruza con el ejército legitimista que, más al oeste y por tierra firme, va a defender Rivas. Granada está a unos sesenta kilómetros de agua dulce hacia el norte. Los hombres desembarcan silenciosamente durante la noche, atraviesan el bosque en fila india detrás de sus guías, atacan al alba y se precipitan hacia el centro de la ciudad, que cae casi sin resistencia. William Walker tiene el control de León y de Granada. Y se proclama general y jefe del estado mayor del ejército de Nicaragua.

El presidente Chamorro también ha muerto y William Walker propone negociaciones al general Corral, que está al mando de los mil hombres atrincherados en Rivas, pero este se niega. William Walker toma algunos rehenes entre la buena sociedad de Granada, donde viven todas las familias de los oficiales legitimistas, hace fusilar al antiguo ministro Mateo Mayorga, y Corral acepta regresar a Granada. Se firma un acuerdo: don Patricio Rivas se convierte en presidente fantoche de Nicaragua, el general Ponciano Corral es promovido a ministro de la Guerra de un país ya pacificado, y el general Walker conserva el mando de un ejército ya sin enemigos.

Cuatro meses después de haber desembarcado, el jovencito de levita negra dispone de poder efectivo y el país está en paz. Enseguida crea un periódico, *El Nicaragüense*, cuya edición bilingüe será vendida en los Estados Confederados del Sur para atraer colonos.

Byron Cole, nombrado redactor jefe, ¿sigue perorando, en medio de las prensas de su antiguo empleado, en un asfixiante hangar de Granada, con la camisa blanca arremangada, mientras verifica por última vez la maquetación de su editorial sobre la mesa de mármol?

William Walker quiere convencer a los grandes propietarios del sur de los Estados Unidos de que vengan a cultivar tabaco y algodón en Nicaragua. Que se traigan a sus esclavos negros o que esclavicen a los misquitos y a los garífunas de la costa caribeña, para explotar las tierras vírgenes y excavar el canal. Su prestigio es inmenso entre los sudistas, que ven realizarse el Destino

Manifiesto gracias a él. El *New York Tribune* dedica su portada al *Don Quijote de América Central*.

Arrastrado por esa ola, y confundiendo molinos y ruedas de paletas, William Walker comete su primer error político y cancela el contrato del gobierno de Nicaragua con la compañía de vapores de Cornelius Vanderbilt, quien era demasiado allegado, según él, a los legitimistas y a los ingleses.

Ese Cornelius Vanderbilt, multimillonario inculto, oscurantista y apasionado del espiritismo, pero sagaz en los negocios y propietario de las mayores compañías de ferrocarril norteamericanas, abandona de inmediato su proyecto de abrir el canal en Nicaragua y decide desarrollar, más al sur, la vía de Panamá. Los franceses de Ferdinand de Lesseps reaccionarán enseguida abriendo un canal de casi doscientos kilómetros en Egipto.

Con la desaparición de los vapores de Vanderbilt, William Walker ve amenazado su aprovisionamiento de hombres y armas justo en el momento en que el presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, le declara la guerra y encamina sus tropas hacia la frontera sur del país. Para impedir el encuentro del ejército costarricense con los legitimistas, William Walker lleva la guerra de inmediato a Costa Rica. Confía el ataque a un veterano de las tropas de Narciso López en Cuba, Louis Schlessinger, que penetra en la región de Guanacaste a la cabeza de un cuerpo expedicionario formado por franceses y alemanes. En la tarde del 20 de marzo, la tropa establece su cuartel en la hacienda Santa Rosa, donde es asediada por el ejército costarricense. Los mercenarios son dispersados y Louis Schlessinger desaparece.

Dos semanas más tarde está de regreso en Granada, donde William Walker le forma un consejo de guerra. Y Louis Schlessinger se evapora de nuevo antes de ser condenado a muerte en ausencia.

Los costarricenses penetran por su parte en Nicaragua y ocupan el Camino de Tránsito, toman la Bahía de la Virgen e incendian allí el embarcadero de los vapores. El general Walker se pone al frente del ejército y marcha de nuevo sobre Rivas. Sabe que la guarnición costarricense, alejada de sus bases, no puede ser avituallada, que sus municiones no tardarán en agotarse, y organiza el asedio de la ciudad, que está defendida por el coronel mercenario Pierre Barillier.

La pálida divinidad del cólera, que por juego o por capricho ya había decidido sobre su vida una primera vez arrancándole a la bella Ellen Galt

Martin de largos cabellos negros (o puede que por cálculo, como si existiera una inteligencia oscura de las epidemias, capaz de determinar qué acontecimiento le es más propicio para asegurar su proliferación), se pone esta vez de su lado: en las calles de Rivas, invadidas de cadáveres sin sepultura y en las que falta el agua al cabo de unos días, los costarricenses vomitan sus propias tripas y terminan por deponer las armas. El cólera lo había visto claro: los supervivientes infectados se llevarán con ellos la plaga y, pese a las plegarias *pro tempore pestilentia* cantadas en todas las iglesias del país, la epidemia aniquilará al diez por ciento de la población de Costa Rica en pocos meses.

En Rivas, el general Walker ordena de nuevo atender a los heridos abandonados, gesto que siembra las dudas hasta entre sus enemigos, y perturba a toda América Central, donde resulta difícil presentar como un diablo con pezuñas al único combatiente que respeta las reglas de la guerra.

Según uno de sus biógrafos, Walker sabe aprovecharse enseguida de una de las leyendas de los garífunas, los negros de la costa caribeña, según la cual llegará un día *Un hombre de ojos grises venido del otro lado del mundo*.

Él es el Predestinado de ojos grises, rompe toda relación con don Patricio Rivas, el presidente de paja que a su vez se ha refugiado en Chinandega, y organiza elecciones presidenciales para el 29 de junio de 1856. El general obtiene dieciséis mil de los veintitrés mil votos. Lo que está lejos de ser una elección ganada de antemano. Y Byron Cole tiene fácil anotar, en su editorial de *El Nicaragüense*, que nunca en la historia de Nicaragua había participado semejante número de votantes en un escrutinio.

William Walker organiza una ceremonia de investidura el sábado 12 de julio en Granada, a la que ha escogido como capital. Las tropas desfilan por la Plaza Mayor y el padre Vijil hace sonar las campanas de la catedral. El general Walker monta un caballo escogido por su pelaje blanco como homenaje al mítico Palomo Blanco de Simón Bolívar. La fanfarria interpreta «Yankee Doodle» y «Oh Susanna». Poco más de un año después de haber desembarcado del *Vesta*, el jovencito de levita negra, sentado muy tieso sobre su caballo blanco, mira los metales pulidos de los músicos alemanes y las cuatro banderas con las que, muy diplomáticamente, ha decidido engalanar el estrado (las de los Estados Confederados, la de Francia, la de Nicaragua y la estrella solitaria de Cuba). En todos los balcones alrededor de la plaza estallan los ¡*Viva el presidente!* Walker tiene las riendas de Nicaragua. El

caballo piafa y él lo controla. También él está impaciente. Un día su estatua ecuestre adornará las plazas de todas las capitales de América Central. Ya ha firmado un pacto secreto con los independentistas cubanos, a los que acaba de ofrecer asilo político. Mira al jefe de estos, al capitán Francisco Lainé, que lee sobre el estrado con voz potente la versión española de su propio discurso. Como Simón Bolívar antes que él, y como Narciso López, William Walker se compromete a expulsar a España de Cuba.

Ahora quiere convertirse en presidente de toda América Central y del Caribe.

Le quedan cuatro años de vida.

DESAPARICIONES

El Escándalo de la Piñata no es sin duda ajeno a la dimisión hoy, viernes 21 de febrero de 1997, de un juez de la Corte civil de Managua. El administrador del «Registro público de la propiedad inmobiliaria y comercial de Managua» también ha dimitido: tres páginas del registro han desaparecido. Él califica sobriamente la situación de *papa caliente*, que se apresura a pasar a su sucesor antes de quemarse los dedos.

Se desaparece con facilidad en Nicaragua, como en el resto del tercer mundo. El joven Fabio José Bermúdez, de once años de edad y del que no se precisa si tiene algún vínculo de parentesco con Miss Nicaragua 1953, quien podría ser su abuela, también ha desaparecido. Salió a primera hora de la mañana para dirigirse a la pulpería de su barrio, adonde nunca llegó. Va vestido con un pantalón corto rojo y negro, sin camisa, y lleva sandalias. Un adolescente acusa al gobernador de la ciudad de Bluefields, capital de la región sur de la Mosquitia, de haberle obligado a esnifar cocaína en un hotel de Managua antes de sodomizarlo. Marlón Antonio Rodríguez Chavarría, treinta y cuatro años, camisa a cuadros, pantalón azul, gorra blanca y sandalias negras, no ha vuelto a aparecer desde que abandonó Camoapa rumbo a Managua, con una gran suma de dinero destinada a comprar material de herrería. Pero nadie, ni siquiera la mujer morena cuya fotografía reposa en la cocina de una casa cómoda de Managua, ha señalado la desaparición de un viejo espectro de mugriento impermeable, tocado con una rojísima gorra de béisbol de visera larga.

En Jinotepe, lo que ha desaparecido son cuarenta y dos lámparas de despacho. El joven estudiante de derecho Hugo Silva R. es acusado del hurto por el profesor Víctor H., expresidente del consejo electoral de Carazo. El estudiante alega buena fe y le suelta al periodista que el citado profesor H., pese a no ser ya presidente del consejo electoral, circula siempre en el coche oficial de presidente del consejo electoral. Cabe imaginar que al leer *El Nuevo Diario* esta mañana, el expresidente del consejo electoral se habrá dicho que verdaderamente ha ido a dar con un litigante que es un idiota. El ambiente debe de ser un poco tenso en la casa. Este no es el mejor momento

para que su mujer tome prestado el coche oficial de presidente del consejo electoral y vaya a encontrarse con su amante en un hotel de Carazo. Por otra parte, puede que ella esté en guardia. Quizá leyó en la página 4 la noticia del asesinato de una mujer de caprichos: *La golpeaba porque era muy caprichosa.*

Puede también que ella piense, aunque esta vez con nostalgia, en esta frase de la columna de noticias varias, en la sección Departamentales: LOS PRINCIPALES MOTIVOS

DE LOS ÚLTIMOS SUICIDIOS EN CHINANDEGA HAN SIDO LA MISERIA EXTREMA Y LAS PASIONES.

Ella concluye la lectura de una nota sobre la muerte de la señorita María de la Fe Rodríguez Mendoza. Tenía diecisiete años y su familia rechazaba a su amante. Y la mujer madura recuerda entonces esos amores adolescentes místicos y absolutos, totalmente desmesurados, al leer sobre esa María de la Fe, que no puede sino despertar los celos y la humillación en cualquier adulto. Y los adultos, cuando se les hiere, son animales más peligrosos que los búfalos.

¿Te tomaste el veneno en tu habitación de bachiller mientras escuchabas un disco, María de la Fe llena de gracia? ¿Bailaste hasta aturdirte una canción tonta y sentimental a la espera de los efectos del tóxico? ¿O fue en el patio embaldosado de una pretenciosa estancia colonial? Las buganvillas cuelgan en racimos rojos hasta la fuente desde los balcones de madera. Las intersecciones de las balastradas proyectan sobre el pavimento espigas de sol. Tú estás sentada, muy calmada, como una bella y joven infanta vestida de blanco con encajes. Y relees los ripios del último poema de tu Romeo. ¿O quizá fue entre los tugurios de una población vocinglera, en el fondo de una barraca hecha con pedazos de chapa y de cartón? Una explosión de cólera y gritos, tu padre te abofetea, huyes de los aullidos de tu madre y de los pequeños que están colgados de su falda, y te tragas a puñados, con gesto desafiante, con los ojos oscuros y el mentón alzado, el polvo azul reservado a las cucarachas. O bien te han asesinado, María. El doctor Roger Pereira Umaña te declara muerta por ingestión de productos tóxicos indeterminados, sin ordenar una autopsia. Ya estabas muerta antes de llegar al hospital de Chinandega. ¿Habrás seguido los consejos de algún oscuro charlatán ambulante, uno de esos místicos isabelinos convencidos de que el amor te puede resucitar de entre los muertos?

Nunca sabremos más de tu vida que lo que dice esa nota, María llena de gracia. Creciste en el pueblecito de Somotillo, al norte, en la frontera con Honduras. Y quizá sabías que fue atravesando tu pueblo como las tropas guatemaltecas entraron conquistadoras en Nicaragua, el 4 de julio de 1856 – era un viernes–, para enfrentarse a los mercenarios de William Walker, una semana antes de la ceremonia de investidura de este en Granada (una placa conmemorativa lo recuerda en el centro de un jardín público, a la sombra de una palmera polvorienta, cerca de un banco, ¿aquel en el que te veías a escondidas con tu Romeo?).

¿Reposas hoy en un ataúd zeppelin lacado de blanco, de los que antaño se reservaban a las jóvenes vírgenes, con los cabellos negros y el rostro diáfano en medio de manojos de rosas cuya humedad empaña los paneles de vidrio rodeados de zinc? Vuelve dentro de diez años, ángel mío, y roza con tu ala el pueblo de Somotillo. El amor habrá pasado a la velocidad de una mariposa, María de la Fe. Tú reposas hoy en la morgue de Chinandega y el tribunal de la ciudad, unas calles más allá, juzga a un suegro violador. Se interroga a las dos chiquillas, de siete y diez años. El periódico reproduce las palabras de la más joven, frases que serán olvidadas de inmediato, recubiertas a partir de mañana por la nueva pasada del rodillo de tinta. En San Marcos, a quien han detenido hoy es a un tío violador, Marcos Antonio Espinoza S. El periódico da su estado civil completo por insistencia del señor Marcos Antonio Espinoza G., parcialmente homónimo y habitante del mismo pueblo, licenciado en ciencias económicas y empleado de diversas ONG muy puntillosas en lo que se refiere a la moralidad de su personal indígena.

Sobre la sábana gris y arrugada de una habitación del Hotel Morgut, a última hora de la tarde del viernes 21 de febrero de 1997, reposa un libro de Pero de Magalhães Gândavo, uno de los primeros europeos que, con esta *História da província Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*, impresa en el siglo XVI en Lisboa, se dedicó a la descripción científica de la banana –la cual, por otra parte, recomienda muy juiciosamente pelar antes de comer.

Sentado en el borde de la cama, mi actividad consiste por ahora en vigilar las cortinas agrisadas, a juego con las sábanas, que se hinchan delante de la ventana abierta, en dejar que se vuelen las páginas de *El Nuevo Diario* cuya lectura acabo de terminar, en intentar imaginar la muerte bastante patética de

William Walker en Trujillo, y en buscar, accesoriamente, la razón de que solo los fracasos logren fascinarme hasta este punto.

Porque es al fracaso, inminente, al que vemos que William Walker se abraza ya en su interior, montado sobre su caballo blanco en el centro de la Plaza Mayor de Granada, y ello le da una aureola de gloria agustiniana. Podría quedarse inmobilizado en ese mismo instante como estatua ecuestre, cuyas réplicas de bronce adornarían todas las plazas de América Central, epifanía que él no sabe aprovechar, perdido como todos nosotros en la absurda esperanza de un porvenir mejor. Cuando hay ya millares de hombres armados que invaden Nicaragua a su espalda. Pero él todavía lo ignora. No vamos a compadecerle. Es un cabrón como tantos otros, un aventurero, un agitado por la historia capaz de sembrar la muerte tanto entre su propia tropa como entre aquella contra la que combate, e igualmente, por supuesto, y sobre todo, entre los pobres paletos campesinos reclutados a la fuerza tanto de un lado como del otro... Son las siete de la tarde, y esa suele ser la hora en que la vida verdaderamente comienza. Con las ganas de una copa de vino blanco fresco, mejor que de una banana, para festejar su advenimiento.

Hace una hora, Alina me ha propuesto que la acompañe de nuevo hasta el lavadero a fin de sacar la cantidad suficiente de agua para una ducha. Con un tazón hemos llenado un tonel de plástico transparente que arrastramos entre las sábanas colgadas de los tendederos. Lo más peligroso era cargarlo, peldaño tras peldaño, por la pequeña escalera de cemento que une los dos tejados. A la señal convenida, los dos lo subíamos un escalón, pero nunca con el mismo movimiento. Y en cada ocasión salía disparada al cielo una ola que nos caía sobre la cabeza, y Alina, doblada en dos, soltaba una risa cristalina, con una mano delante de la boca y la otra entre las piernas apretadas, encantada de verme chorreando, o de malgastar de una forma tan divertida el agua del gran pez de las profundidades.

Deslizamos el tonel sobre las baldosas hasta el cuarto de baño. Miramos el tazón azul, como un junco que bailaba sobre la superficie. Una larga mecha de cabellos negros, laqueada por el agua, subrayaba como un trazo de pincel japonés su cuello frágil. Sus brazos mojados relucían en la oscuridad como anguilas. Pero habría hecho falta asegurarse una mayor discreción, acallar la voz de la capitana que ya tronaba en la planta baja. Y tuve que lavarme solo, pensando que podría amar a Alina perdidamente.

Uno pasaría entonces el resto de su vida en Nicaragua con un empleo en una

empresa de importación de bidones de pintura, por ejemplo, o bien en un casino clandestino corso, o incluso en una agencia bancaria. Se compraría el viejo Mazda 626 que quizá sigue a la venta desde esta mañana, para ir de vez en cuando a pasar el fin de semana en Chinandega con la familia de ella y beber unos tragos con el suegro, y para escaparse a veces e ir a depositar una rosa sobre la tumba de María de la Fe. Y luego, un día, dejaría el coche en el aparcamiento del aeropuerto Sandino, con la llave en el contacto. Y desaparecería. Así que más vale ignorar todo ese funesto proyecto.

Sentado al volante, en la penumbra, con los faros encendidos, Manuel puntúa su conversación con algún escupitajo al desgaire y el Daewoo se dirige hacia los últimos resplandores del día. Acabo de preguntarle cuánto me costaría salir mañana por la mañana, temprano, para ir a Masaya y luego a Granada. Él se lo piensa.

Quiero recorrer esta ruta que tomaron, hace un siglo y medio, en el otoño de 1856, los tres mil soldados aliados, guatemaltecos, hondureños, salvadoreños y nicaragüenses, que vinieron a enfrentarse a los mercenarios de William Walker.

Tras partir de León, del lado del Pacífico, acaban de atravesar Managua y asientan su cuartel en Masaya –donde yo quiero ir a ver los pequeños loros de plumaje verde resplandeciente que viven en la chimenea del volcán Santiago.

Esos chocoyos del cráter, que no son loros maracanás (*Propyrrhura maracana*, ni *Psittacara leucophthalma*), vienen a perturbar en la noche el sueño de los ornitólogos, que saben que el volcán expulsa suficiente azufre para asfixiar a cualquier organismo. En lugar de eso, forman parejas que ponen un huevo al año en las cavidades de la chimenea, y viajan de ida y vuelta lejos en la jungla para alimentar a su progenie, indiferentes a las sangrientas batallas que sobrevuelan. Le confío a Manuel mi proyecto de alquilar un barco en Granada para hacer un viaje de localización. Al igual que el derrotado William Walker, huiremos de una Granada incendiada y destruida para no entregar a los aliados más que un campo de ruinas humeantes –sobre el que el jovencito de negro hace plantar una pancarta que dice *Aquí estuvo Granada*.

Navegaremos por el lago Nicaragua hasta las primeras isletas, y puede que hasta Solentiname, en el extremo sur. Para convencerle, describo los manojos de vegetación a la deriva sobre las aguas amarillentas. Unas aguas que al atardecer toman el aspecto de las del Mississippi, bajo un cielo color coñac.

Manuel habla en voz baja en la oscuridad. Me recuerda que trabaja en una cooperativa de taxistas, no de gondoleros, y que debe ponerse de acuerdo previamente con sus colegas para poder liberarse durante la jornada. Me responderá cuando venga a buscarme, al final de la velada.

El Daewoo está ahora inmóvil bajo el cono de luz de una farola, en medio de una placita arbolada, en la periferia de Managua. Su motor funciona al ralentí con un golpeteo de varillas fatigadas. Y los dos perros viejos que se conocen desde esta madrugada, sienten, como suele ocurrir a la caída del día, esa extraña fraternidad de futuros cadáveres (compasión muda que pronto será desmentida, con vehemencia, por una indignación fingida, si es que se ha hecho alusión a ella de manera más explícita), se estrechan la mano deprisa por encima de la palanca de cambios, poniendo atención en hacerlo maquinalmente, como sin prestarle atención, pero llevándose no obstante cada uno por su lado, en la noche y en el cuenco de su mano, la pequeña brasa de la hermandad de los hombres.

EL HOMBRE

Solo hay una habitación iluminada, cuya veranda da en plena noche a un jardín quizá lujurioso. Es una casa baja, emplazada tras una verja. Las sombras de las grandes hojas de los bananos se balancean por encima de una mesa sobre la que reposan vasos de ron Flor de Caña, en cuyo fondo crujen cubitos de hielo. El hombre está sentado en un sillón de mimbre, con el cabello negro y muy rizado, el rostro de madera dura y quemada por el sol, la sonrisa ancha que muestra un diente roto justo en medio y vestido con una camiseta azul. Yo he colocado entre nosotros, cerca de los vasos, un comunicado de prensa del 18 de julio de 1979, un papel amarillento conservado en una funda de plástico transparente:

Con Somoza viajaban su hijo, el comandante Somoza Portocarrero, y el jefe interino de la Guardia Nacional, su hermano José Somoza. El aeropuerto estaba lleno de oficiales, a las cuatro y media, cuando ha despegado el aparato de la compañía Lanica, un 727 ocupado por ministros, funcionarios y hombres de confianza del régimen. El avión transportaba también dos ataúdes forrados en plomo, que contenían los cuerpos de Anastasio Somoza García y de Luis Somoza Debayle, el padre y el hermano del presidente depuesto.

Los insectos chirrían en la oscuridad y el hombre habla muy lentamente. De los inicios de la revolución sandinista. Del periodo de exaltación. Del gran entusiasmo, cuando el milagro parece todavía posible. Cuando las noches se hacen cortas trazando planes bajo las estrellas. Se expresa con precisión y medida, intenta apartar toda nostalgia, con el mismo tono que había adoptado Wanda conmigo para hablarme de los primeros días de la revolución cubana.

Wanda vivía entonces en Nueva York y compartía intimidad con un pintor cubano. Los dos habían ido a pasar la Nochevieja de 1958 a La Habana y asistieron, con la efusión de su propia juventud, al regocijo que rodeó la llegada de la columna de Camilo Cienfuegos. Los cantos de miles de personas en la calle tras la huida de Fulgencio Batista. Ella ya no volvió a abandonar La Habana. Y treinta años más tarde, estábamos sentados una tarde en la penumbra de un minúsculo apartamento del Vedado. Entre nosotros se alzaba

la botella de ron mensual a que daba derecho la libreta. Ella describía con deliciosos gestos de vieja dama elegante la borrachera de los alzados, las discusiones sin fin, el tuteo universal. Y yo me pregunté, al dejarla, si todavía me sería dado el sentirme inflamado antes de volverme por completo ignífugo.

El hombre llena los vasos metódicamente. Se asombra de que yo no hubiera venido corriendo a Nicaragua tras el triunfo de la Revolución. Pero los estallidos sandinistas me llegaron extremadamente apagados, en Arabia y en la confusión geográfica más total, en forma de largas serpientes de papel perforado de los télex de la época, sobre las que se escribían los despachos de la Agencia France Presse con crepitaciones de cortas ráfagas de metrallera. El azar en la asignación de oscuros destinos, quizá por orden alfabético, en cuyo caso fue por poco, hizo que en vez de a Managua se me enviara a Mascate, al sopor medieval del reino de Qabus bin Said, sultán de Omán, y a la vida somnolienta de un puñado de embajadas al borde del desierto, sobresaltadas de golpe por el estruendo a sus puertas de la guerra entre Irán e Irak. Y le confieso, quizá lamentándolo, que después de haber soñado durante años con una revolución mundial cuyos indicios creíamos detectar por todos lados, me había convertido ya, en 1979, en una especie de renegado. En cuanto al hombre, los dos teníamos en aquella época la misma edad, veintidós o veintitrés años, y él había abandonado Europa para irse a Nicaragua: se integró en el equipo de Tomás Borge, nombrado ministro del Interior, y luego en los servicios especiales sandinistas.

Se había apartado unos años después, cuando Renón, el tercer hombre, que se convertiría en mi vecino en La Habana, quiso enviarlo a una muerte heroica en las bases de la retaguardia de la Contra, del otro lado de la frontera de Honduras.

En el bar de los Antojitos, sentados uno al lado del otro en la barra de madera barnizada, en medio de viejas fotografías en blanco y negro de Managua antes del terremoto, retomamos nuestra conversación como si la mantuviéramos desde hace diez años. Comparamos Managua y La Habana, donde los sandinistas habían hecho curar las heridas del hombre, en los años ochenta, en la época en que los dos países formaban el curioso conglomerado geográfico de la Isla y los Lagos. La Habana siempre había servido de base y de santuario a los combatientes del Frente. Carlos Fonseca pasó allí diez años. Luego los cubanos forzaron a las tres tendencias sandinistas a reagruparse, en

beneficio de los miembros del FSLN llamados terceristas. Cuando él fue hospitalizado, el calco de las instituciones era completo. Los aeropuertos Sandino y Martí parecían recibirte en el mismo lugar después de un vuelo simulado.

Encima, recuerda sonriendo y apoyando su vaso en la barra del Antojitos, ambos países, amantes del béisbol, estaban aislados en medio de la zona fútbol.

Delante del Hotel Morgut, algunos días más tarde, a mi regreso del lago Nicaragua y antes de mi partida hacia San Salvador, adonde había decidido ir para informarme sobre la vida y muerte de Roque Dalton, el hombre confía a Manuel la vigilancia de su gran moto negra. Nos dirigimos a pie a un restaurante al aire libre, algunas calles más al oeste, donde nos reunimos con el poeta Carlos Martínez Rivas, un anciano enfermo al que dos amigos ayudan a caminar y a sentarse a la mesa. Las paredes del patio interior están recubiertas de loza azul y de mosaicos, y dan la impresión de estar comiendo en el fondo de una piscina vacía.

El hombre se pregunta qué es lo que quedará en la historia de la revolución sandinista, de sus esperanzas, si no será tan solo unas pocas líneas en las enciclopedias históricas. Evoca el recuerdo de su amistad con Tony de la Guardia, le gustaría escribir un libro, contar la vida de los antiguos comandantes que venden hoy cigarrillos ilegalmente por las aceras de la avenida Simón Bolívar, contar la historia del Zorro, el mítico comandante Francisco Rivera, hoy hundido en el alcohol, pero que en tres ocasiones arrancó la ciudad de Estelí de las manos de la dictadura.

—¿Qué más podemos contar —pregunta—, sino anécdotas?

Durante todos esos años de servicio a la sombra de Tomás Borge, el hombre lo acompañó a presentar el sandinismo a los países hermanos, de Hanói a Trípoli. A su llegada a Libia, el coronel Gadafi ofreció un helicóptero de combate a Tomás Borge como regalo de bienvenida. Un helicóptero de combate es un gran estorbo cuando se tiene que regresar al otro lado del planeta. Y Tomás Borge se lo regaló de inmediato a Thomas Sankara, el joven presidente de la república de Burkina Faso, con quien se cruzó ese mismo mediodía en el hotel.

Por la noche, de regreso de su paseo diplomático por el desierto, habían vuelto a encontrarse de nuevo con Thomas Sankara, que estaba muy inquieto

en el bar del vestíbulo y consultaba febrilmente su reloj. Su avión estaba listo para despegar, pero no se atrevía a abandonar Libia sin despedirse del coronel Gadafi, con quien debía encontrarse allí para tomar un último té. Por otro lado, les confió, si no regresaba lo más deprisa posible a Uagadugú, no estaba seguro de seguir siendo presidente de la República a la mañana siguiente. En cuyo caso, un helicóptero de combate...

Algunos años más tarde, Blaise Compaoré se apoderó del poder en Burkina Faso, «el país de los hombres íntegros», derrocando a Thomas Sankara, quien había protagonizado por su parte un golpe de Estado unos años antes. El hombre no sabe qué fue finalmente del helicóptero de combate.

LA MUJER

La mujer alta de largos y rizados cabellos morenos había mencionado, después de varias copas, su misión en Argel en los años ochenta, por cuenta del Frente Polisario.

Así que habíamos vivido en Argelia en la misma época, pero nuestro punto de vista sobre el FLN en los tiempos del presidente Chadli diverge a tal punto que termino mi copa y pido un teléfono para llamar a Manuel. La mujer morena, que se había mostrado reservada, incluso un poco tensa, me propone ahora irnos a cenar. Ella tiene coche. Me invita. Es un Toyota nuevo que lanza de inmediato a gran velocidad por el barrio poco iluminado, con Chaikovski a todo volumen. Yo me he puesto el cinturón y ella me lo reprocha poniéndome la mano en el hombro:

—¡No vas a morir mañana! —grita pisando a fondo el acelerador.

Hay una fuga de avenidas arboladas en la noche de Managua, la lluvia de confetis de oro de las farolas naranjas a través del follaje de temblorosos eucaliptos, grupos de hombres reunidos alrededor de una hoguera de leña, cerca de la caseta de un reparador de neumáticos. Delante del restaurante al aire libre que ella ha escogido, Las Conchas Negras, varios Mercedes con matrículas CD, y seguramente también con neumáticos Kelly, están implicados en un conflicto cuya solución cuesta imaginar y en el que deben intervenir, además de las consideraciones puramente técnicas, complejas reivindicaciones de presencia protocolaria y geopolítica.

Un poli nervioso se acerca para golpear el cristal del Toyota con la antena de su radio, conminándonos a circular, pero la mujer morena lo insulta con una violencia totalmente inesperada, y una arrogancia y autoridad que quizá tienen el propósito también de impresionarme. Los anuncios de neón parpadean, mezclados con las luces de las sirenas de la policía, los intermitentes de los diplomáticos y las hileras de bombillas multicolores colgadas de las palmeras. El pobre poli, atrapado entre su machismo y el peligroso ejercicio de su misión (¿o es que ya la ha reconocido? Esta mujer, que desempeñó un papel durante la Revolución, ¿lo trata así una vez por semana?, ¿estará ella buscando pasar una noche en la trena para conseguir el rango de mártir bajo el

nuevo régimen de Arnoldo Alemán?), prefiere no echar más leña al fuego y nos busca inmediatamente un espacio, justo a la entrada de este restaurante aparentemente tan conocido.

Sentados a la mesa, en el patio oscuro salpicado de lamparitas rojas y amarillas extremadamente avaras con su luz, la mujer morena pide una botella de vodka y me habla de sus viajes a Moscú. Da la vuelta a mi mano izquierda para leerme las líneas de la palma. La conclusión es la misma y ella la espeta con la misma convicción, como si fuera un descubrimiento absolutamente increíble:

—¡No vas a morir mañana!

¿Y pasado mañana?

En medio de la comida, después de habernos acabado la botella de vodka y pedido no sé qué, reuniendo las últimas fuerzas de una determinación vacilante, el que no va a morir mañana aparta su vaso y recorre el patio hasta el bar, que parece inmenso, donde la música resulta todavía más ensordecedora y los colores aún más violentos después de las penumbras. Grito para conseguir un teléfono, penetro en un reducto de paredes tapizadas de caña en el que unas mujeres de la limpieza, sentadas en sillas alineadas y con unos cubos de hierro entre las piernas, en los que mojan sus bayetas, miran fijamente un televisor encajado en todo lo alto, en un ángulo del cuarto. *¡Alicia Machado, Miss Universo, olvida su peso y piensa en el futuro!*

Después de haber logrado localizar a Manuel, para organizar nuestra partida, mañana muy temprano, hacia Masaya y Granada (ir a ver loros diferentes es un propósito adecuado en la vida cuando no se va a morir al día siguiente), busco la salida, entro en otro jardín, la calle, regreso al bar, Salida. *¡Miss Universo deja de comerse el coco por el peso de su culo y piensa en el futuro!* Encuentro por fin la mesa donde la mujer morena me propone ahora ir a tomar un último trago a otra parte. *No vas a morir mañana.* Sentado en el asiento delantero del Toyota, toqueteo los botones de la radio hasta encontrar una emisora mexicana que nos informa de que hoy, viernes 21 de febrero de 1997, el general Jesús Gutiérrez, jefe del departamento antidroga de Guadalajara, acaba de ser detenido por complicidad con el narcotráfico.

Entramos en el jardín de La Fragata, atravesamos el patio en el que unos loros cutres y unos tucanes raquíuticos duermen ahora en sus jaulas cubiertas por toldos plásticos. La mujer morena desciende los escalones hacia la puerta iluminada de lo que parece ser la vivienda del personal. La muchacha medio

dormida a la que pregunto muy educadamente si todavía es posible beber alguna cosa –mejor si tiene algo de alcohol–, nos observa a los dos un momento sin decir nada, estamos apretados en la estrecha entrada, antes de proponernos una habitación por horas, puesto que el bar está cerrado. Pero esta mujer morena es, para mí y desde el inicio de la velada, Calavera & Tibias cruzadas, Peligro, No ingerir, y además tendría la impresión de engañar a Alina, con la que llevo graciosamente flirteando toda la jornada.

Más tarde, estamos sentados en el patio del bar Antica Roma. La mujer morena ha sacado unas cartas de tarot de su bolso y comienza a leerme el porvenir, depositándolas una tras otra sobre la mesa. *No vas a morir mañana.* Me he levantado para sentarme aparte y tengo los ojos cerrados. *Muere máximo líder chino.* Ayer falleció Deng Xiaoping, el Pequeño Timonel, al que el dios chino Shoki (*en la foto*), cuya estatua reposa esta noche en el Teatro Nacional Rubén Darío de Managua, tampoco ha protegido mucho.

Realmente me gusta que no tengamos que conmemorar conjuntamente, de ahora en adelante, las muertes de Deng Xiaoping y de Sandino.

VIDA & MUERTE DE AUGUSTO CÉSAR SANDINO

El 14 de julio de 1895, cabe imaginar que después de haber vacilado durante dos meses por miedo al escándalo, o porque la mortalidad infantil en Nicaragua era entonces tan elevada que no había lugar para precipitarse, Gregorio Sandino, el más rico agricultor del pueblo de Niquinohomo, cercano a Granada, hombre respetable y casado, padre ya de tres niños, inscribe el nacimiento de su hijo ilegítimo Augusto Calderón Sandino, cuya madre es una de las empleadas de la casa.

¿Fue para enmascarar ese origen de hijo del servicio por lo que, años más tarde, sus admiradores redoblaron el glorioso nombre romano y lo llamaron Augusto César Sandino? En Niquinohomo, la infancia del bastardo está marcada durante mucho tiempo por los incesantes cafetales y su recolección bajo un sol terrible, por las fugas, por una primera partida que él cree definitiva: el joven, de cuerpo frágil y corta estatura, camina hasta Rivas, toma el Camino de Tránsito hasta San Juan del Sur, en el Pacífico, y allí se embarca como mecánico ayudante.

Viajé por mucho tiempo, cambiando de barcos y aprendí a maquinista. Economicé dinero y regresé a Niquinohomo a fines de 1919.

La historia podría detenerse ahí. Parece claro, en efecto, que los proyectos del hijo pródigo eran entonces sedentarios, y es una historia de honor (el perdido, según parece, por una joven viuda de nariz de Cleopatra, un altercado, un tiro disparado en la iglesia del pueblo por Sandino contra el hermano de la demasiado joven y bonita viuda) la que lo empuja de nuevo a la fuga. El emigrante atraviesa la frontera de Honduras, trabaja algún tiempo en el puerto de La Ceiba, llega a Guatemala, luego a México. Se instala en Tampico, donde entra como mecánico en la compañía petrolera norteamericana Huasteca Petroleum Co. Descubre el anarcosindicalismo.

De regreso a Nicaragua, en junio de 1926, se plantea de nuevo poner fin a su deambular y abrir un comercio en Managua. Va a León para trabajar en las minas de oro de San Albino, en Nueva Segovia, el tiempo necesario para reunir el dinero. El país está ocupado en ese momento por los marines. Quizá porque él es uno de los pocos que tiene experiencia en la acción política y

porque conserva los contactos con sus amigos mexicanos, quien iba a convertirse en comerciante se vuelve líder sindical y no tarda en ser clandestino. Entre huelgas y alzamientos populares, el mecánico marinerio Sandino se convierte poco a poco en el general Sandino, el jefe mítico e indiscutido de los combatientes de rojo y negro, el glorioso general Sandino siempre tocado con su sombrero Stetson, estratega de un ejército de harapientos que nunca será vencido y que, al cabo de dos años, ocupará dos tercios del territorio nacional y echará al mar a los yanquis.

Este Sandino es un visionario autodidacta que da continuidad por su cuenta a los grandes proyectos del pasado siglo XIX. Quiere excavar el canal de Nicaragua para competir con el de los Estados Unidos en Panamá. Quiere recrear la República Federal de Centro América del general Francisco Morazán. En 1929 va todavía más lejos y convoca una conferencia de jefes de Estado en Buenos Aires para unir a toda América Latina. Redacta los cuarenta y cuatro artículos de una constitución ideal, que titula *Plan de realización del sueño supremo de Bolívar*.

Pero a los ojos de los comunistas mexicanos que han apoyado y financiado su lucha guerrillera en Nicaragua y que, a principios de los años treinta, han vuelto a caer bajo el control de la Komintern, Sandino se convierte en una mala influencia. El cubano disidente Julio Antonio Mella es asesinado en México delante de Tina Modotti. En la Nueva Segovia escasean las armas. Los hombres están cansados. El partido comunista mexicano clava un puñal en la espalda de los combatientes sandinistas y publica el 30 de junio de 1930 *La traición de Sandino*:

La conducta de Sandino prueba que no es en realidad sino un caudillo liberal pequeñoburgués, para quien lo importante no es la lucha antiimperialista a fondo sino la conquista del poder en Nicaragua...

Y, sin embargo, uno de los pocos reproches que la historia podría hacerle al general Sandino es precisamente el haber descuidado la toma del poder: a principios de 1933, cuando sus tropas están todavía en una posición de fuerza sobre el terreno y después de haber llamado al boicot a las elecciones, acepta negociar con el nuevo presidente Sacasa. Los marines han abandonado el país. Han sido reemplazados por la Guardia Nacional del general Somoza.

Y esa es la razón de que en los archivos del Centro de Historia Militar del Ejército de Nicaragua exista esta fotografía en blanco y negro: Somoza y

Sandino abrazados por los hombros, el futuro asesino y el futuro asesinado, el primero tieso y embutido dentro de su uniforme demasiado pequeño para su cuerpo demasiado gordo y fofo, tocado con una gorra blanca, Sandino delgado y fibroso, demasiado bajito, elegante como suelen serlo los hombres demasiado bajitos, con botas de cuero y pantalón de montar, una cartuchera en el cinto y su sombrero Stetson.

Después de haber obtenido la garantía de disponer de una región autónoma, el ejército sandinista depone las armas y se reconvierte a la agricultura.

Acompañado de trescientos soldados con sus familias, este último Sandino, el más admirable, se va a desbrozar las tierras vírgenes de la costa caribeña de la Nueva Segovia y crea la Cooperativa del Río Coco.

Él es el utópico que sueña con la ciudad ideal de Wiwili, dibuja el trazado de sus calles, hace construir un hospital y una cantina popular. La comunidad autogestionada cultiva maíz, frijoles y legumbres, practica la ganadería, pronto consigue ser autosuficiente y desarrolla la producción de tabaco y cacao para el comercio exterior. Los obreros gestionan sus horarios de trabajo, reparten las cosechas y abolen la propiedad privada. Hace prospecciones en yacimientos de oro, abren un puerto fluvial, construyen una pista de aterrizaje, una radio, un telégrafo..., es la Comuna, establecida en el río Coco.

Sandino quiere convencer al presidente Sacasa, con el solo ejemplo de la virtud, de la justicia de su punto de vista. Alimenta la esperanza de extender pacíficamente su Comuna al conjunto de Nicaragua, al conjunto de América Central, al conjunto de América Latina..., puede que al conjunto del planeta... ¿Tan mal conoce a los hombres? El 13 de febrero de 1934, envía una carta al presidente Sacasa y la acompaña con los primeros cigarros de la Cooperativa del Río Coco, garantizándole que son mejores que los de Masaya.

Una semana más tarde, el 21 de febrero, se presenta en Managua y lleva en una bolsa las primeras pepitas de oro de la cooperativa. Cena con dos de sus hombres en compañía del presidente Sacasa y del ministro Salvatierra. El ambiente es amistoso y distendido. Fuman los cigarros de la Nueva Segovia. Pero el presidente Sacasa ya no controla más que su sala de fumar, su cocina y sus salones con artesonados. Y por la noche vuelan los vampiros.

A las diez de la noche, de regreso, el coche de los invitados del presidente es detenido en la carretera por diez hombres de la Guardia Nacional. Es uno de esos automóviles de la década de 1930, con ruedas altas y estrechas. Sandino baja de él con ayuda de un estribo, el sombrero en la mano y la

cabeza cargada por el humo de los cigarros y los proyectos del porvenir. Busca en su bolsillo el salvoconducto del presidente. Él y sus dos hombres son detenidos y abatidos en un lugar secreto.

El 25 de febrero, el presidente Sacasa y el general Somoza publican un comunicado conjunto para denunciar ese crimen injustificable y prometen que los culpables serán castigados. Sin embargo, el 30 de mayo el congreso vota un decreto de amnistía para los asesinos, todavía desconocidos, de Sandino. El 20 de junio, Tacho Somoza declara que él fue quien encargó la operación y la reivindicó. La Guardia Nacional lanza una operación militar para destruir la Cooperativa del Río Coco. Dos años más tarde, el dictador está instalado en Managua. Conservará el poder durante veinte años, hasta ser asesinado por un joven poeta anarquista en 1956.

Pequeños grupos de sandinistas resistieron, anónimos, en las montañas de la Nueva Segovia hasta los años cincuenta.

A principio de los sesenta, una nueva generación creará el Frente Sandinista de Liberación Nacional, apoyado y financiado por el Che Guevara, discípulo y admirador de Sandino. El FSLN necesitará cerca de veinte años de guerrilla y luego de guerra abierta para derrocar al último dictador del sangriento linaje, Tachito Somoza, y obligarle a huir a Miami.

Después de meses de fuga paranoica —y ese miedo fue su justo castigo—, el último Somoza será ejecutado en su refugio de Paraguay, en 1980, en el transcurso de una operación cuyos detalles los sandinistas prefieren ocultar, por respeto al comando que se encargó de llevar a cabo la infame tarea.

FRAY BLAS, BAJO EL VOLCÁN

«Es de las más hermosas y apacibles tierras los llanos de Nicaragua que se pueden hallar en estas Indias, porque es fertilísima de maizales y legumbres, de frijoles de diversas maneras, de muchas y diversas frutas; de mucho cacao, que es aquella fruta que parece almendra y corre entre aquella gente por moneda.»

Estas palabras fueron escritas en 1528 por Gonzalo Fernández de Oviedo. Aparecen en el tomo cuarenta y dos de su *Historia general y natural de las Indias*, que está compuesto de cincuenta.

Este Oviedo y Valdés es el descendiente de una familia de hidalgos del principado de Asturias, nacido en 1478 en Madrid, en una España que va derrotando los últimos bastiones árabes, competidora de Portugal en el mar y todavía imbuida de espíritu caballeresco. En 1493, cuando es un muchacho de quince años, se entera de que las carabelas de Cristóbal Colón con sus velas cuadradas y marcadas con la gran cruz sangrienta, han llegado a costas desconocidas. El 25 de septiembre, en Cádiz, el almirante don Cristóbal parte en su segundo viaje. Y esta vez son diecisiete los navíos que descienden majestuosamente por el Uad el-Kebir de los árabes, recién bautizado Guadalquivir por los cristianos.

Con veinte años, el joven cultivado pero de nacimiento demasiado modesto parte a Italia en busca de suerte. Aprende el toscano y lee a Dante en su lengua. No es así como se hace fortuna.

En 1502, está de regreso en España y se aburre, garabatea sus primeras tentativas literarias, se casa en primeras nupcias con la bella Margarita de Vergara, quien le deja pronto viudo, y en segundas con la no menos bella Isabel de Aguilar. El matrimonio es con frecuencia más eficaz que la erudición, cuando se trata de subir los peldaños del poder. Pero todavía es muy poco. A un hidalgo, como a un campesino, le hace falta partir a las Indias, uno en el entrepuente y el otro en la bodega, uno afilando su espada y el otro su faca, uno soñando con un caballo y el otro con una mula.

El 11 de abril de 1514, es un hombre justo e íntegro el que obtiene el puesto

de veedor real de las fundiciones de oro del Darién, en la actual Colombia. La villa de Santa María del Darién figura desde hace cuatro años en los portulanos. Uno puede imaginarse una iglesia y un montón de chozas de madera a lo largo de calles empapadas, por las que los indios escondidos ven desde lejos desfilar a los orgullosos barbudos con sus herrumbrosos cascos de hierro, montados sobre los primeros caballos del Nuevo Mundo. Sus jefes, entre los que está Oviedo, llevan cuellos blancos y calzones bombachos acuchillados que les hacen parecer gordos pavos sobre sus piernas delgaduchas. Dos meses después de su llegada, la bella Isabel y su hijo han sucumbido ya a las fiebres tropicales.

El distinguido italianizante descubre la guerra y el pillaje, los esclavos marcados a fuego y los caciques indios que son arrojados a los perros para que los devoren. Pero, a diferencia de Bartolomé de Las Casas, Oviedo denuncia estas prácticas bárbaras en nombre de los valores de la caballería. En 1516, está de vuelta en Europa y pide audiencia al muy joven Carlos V, se dirige a Bruselas, donde aboga por una conquista que respete el código del honor. Eso es un error político. Los reyes de Europa prefieren confiar sus respectivas Indias a brutos sin fe ni ley, pero capaces de extraer el oro más deprisa, mejor que a espíritus ilustrados que muy pronto se emanciparían de la tutela del Viejo Mundo. Por lo demás, y para las inquietudes de vuestra alma, acudid a la santa madre Iglesia. Ella sabrá absolver vuestros pecados.

Abatido, Oviedo regresa a España y se hace escribano para describir el mundo tal y como debería ser. Publica una novela de caballería, el *Claribalte*, que Miguel de Cervantes leerá varias décadas más tarde. Pero tampoco la literatura, como es notorio, sirve para amasar fortunas. Oviedo es un hombre activo y curioso que pretende dejar huella en la historia de su siglo. Disputa con Las Casas el cargo de gobernador de Santa Marta, esa villa en la que encontraremos, tres siglos y medio más tarde, a Simón Bolívar al límite de sus fuerzas, sentado en la playa en un sillón de mimbre.

Las Casas pide cincuenta campesinos para hacer una colonización agrícola de Santa Marta; Oviedo, cien caballeros para una colonización virtuosa. Solo obtiene su promoción al grado de teniente de gobernación de Santa María del Darién.

En el transcurso de esta segunda estancia en las Indias, pasará cinco meses en Panamá, de nuevo como veedor de la fundición de oro, y verá regresar del

norte a la expedición de Gaspar de Espinosa, que acaba de descubrir la actual Costa Rica y el golfo de Oroitiña. En nombre del rey, Oviedo acuñó cincuenta mil pesos de oro puro.

De regreso a Santa María, el impopular teniente de gobernación, que impide masacrar en paz y malversar el oro del rey, es enseguida víctima de un atentado y debe escapar apenas repuesto de sus heridas. Llega a la isla de La Española y se dirige a la ciudad de Santo Domingo, donde contrae un tercer matrimonio, con Catalina de Ribafrecha, lo que le convierte en pariente de Diego López de Salcedo, gobernador de Honduras. Oviedo es ahora un hombre de cuarenta y cinco años. Y su situación está asentada. Sueña con una obra gigantesca, cuyo sumario comienza a escribir.

De vuelta en España, le proponen el puesto de gobernador de Cartagena de Indias, que él finge aceptar para poder embarcarse de nuevo. Pero solo un nombre le empuja ya a navegar los océanos, el de una tierra virgen donde aún todo es posible, donde podría evitarse repetir los errores del Darién, un paraíso al otro lado del golfo de Oroitiña en el que se podría llevar a cabo, tan bien como en las páginas de una novela, la gesta caballeresca. Pero un lugar sobre el que se arrojan ya, como halcones, todos esos trotamundos y capitanes, movidos, como escribirá cuatro siglos y medio más tarde el cubano José María de Heredia, por un sueño heroico y brutal.

Oviedo se dirige a Panamá para llegar a Nicaragua.

En 1513, un año antes del primer viaje de Oviedo, Vasco Núñez de Balboa había descubierto el mar del Sur, después de haber atravesado el istmo panameño, y había sido el primer europeo en dejar la huella de sus botas sobre una playa de un océano Pacífico todavía innostrado. Una proeza que le dará menos gloria que la que le trajo a Neil Armstrong su primer paso en la Luna.

Este Balboa, que no dejará en la historia más que el nombre de la moneda de Panamá, una vez que se prescindió de las bayas de cacao, es una especie de Kurtz que está perdido en el corazón de las tinieblas y que no paga ya tributos a la corona. El gobernador del Darién, Pedrarias Dávila, lanza contra él una expedición de dos mil hombres. Núñez de Balboa y sus soldados sediciosos son decapitados con hachas, tras un proceso sumario, y Pedrarias funda sobre el lugar de la ejecución la ciudad de Panamá, en 1519 –el mismo año en que

Magallanes y El Cano abandonan las costas de España y atraviesan el Atlántico hacia el sur, en busca del paso marítimo.

Desde Panamá, Pedrarias envía misiones de reconocimiento hacia el norte, a lo largo de la costa del Pacífico, en busca de un paso interoceánico que permita competir con los portugueses, que ya están implantados en las Filipinas, y abrirle así a España la ruta hacia Asia y sus especies. La progresión marítima es más rápida que la terrestre. En mayo de 1520, cuando Espinosa llega al golfo de Oroitiña y a la actual Costa Rica, a unos cientos de kilómetros de Panamá, Magallanes y El Cano hacen escala ya en el Río de la Plata. Al año siguiente, en 1521, después de haber descubierto el estrecho al que da su nombre, en la punta de Chile, Magallanes llega a las Filipinas, donde el portugués traidor a su rey muere durante una escaramuza contra los indígenas.

El Cano se hace a la mar y rodea África. Toca la costa española en 1522, y Carlos V le cubre de honores y gloria.

Con el objetivo de evitar esos quince mil kilómetros de navegación peligrosa, a Gil González Dávila le llega pronto la orden real de abandonar Panamá para subir siempre hacia el norte y penetrar en la región del cacique Nicarao, en busca de un pasaje entre los dos océanos. El primer contacto, en 1523, es pacífico, y los cristianos intercambian sus crucifijos de madera y la vaga promesa de un paraíso eterno por quintales de oro. Los miembros de la misión, muy poco armados, son sin embargo asediados por los arqueros, pintados de rojo y negro, de otro jefe, el dubitativo cacique Diriajen, muy descuidado en la salvación de su alma, y tienen que retirarse pronto hacia Panamá con su tesoro.

Este éxito alimenta de inmediato la codicia de todos los conquistadores españoles, que cuestionan el derecho de Gil González Dávila a apropiarse en solitario de ese último territorio inexplorado de la América Central, última posibilidad de descubrir el paso interoceánico. En 1524, las rapaces se lanzan sobre el conejo nicaragüense desde los cuatro puntos cardinales. Al norte, desde el México que ha conquistado tres años atrás, Hernán Cortés envía dos expediciones de conquista, una por tierra y otra por mar, confiadas a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid. En 1526, Diego López de Salcedo, el pariente de Oviedo, ocupa su puesto de gobernador de Honduras y se instala en la fortaleza de Trujillo, la misma de la que se apoderará William Walker en

1860. Su propósito era idéntico. Partir de Trujillo para atacar Nicaragua más al sur. William Walker será fusilado en la playa que Diego López de Salcedo abandona una mañana, tres siglos y medio antes, al frente de sus tropas para atravesar los bosques de pinos y las sierras de Honduras. Salcedo entra victorioso en Nicaragua, se hace con el poder en León, el 7 de mayo de 1527, y distribuye los esclavos y las minas de oro entre sus hombres.

En los meses que siguen, Nicaragua parece uno de esos cuadros de batallas pintados por Meissonier o por Balbus, en los cuales, en medio de la inextricable confusión, se ve surgir una espada ensangrentada, la boca de un caballo con los belfos deformados y los ojos dilatados por el terror, un casco que pisotea una armadura sobre el suelo, un casco de hierro que rueda entre la polvareda... Cristóbal de Olid, el lugarteniente de Hernán Cortés, es asesinado. Francisco Riquelme es ahorcado. Gil González Dávila huye. Francisco Hernández de Córdoba es decapitado. Diego López de Salcedo es destituido y encarcelado. El vencedor de la contienda es el infatigable Pedrarias, quien conservará el poder y su palacio hasta su muerte, a la edad de noventa años.

Se instala en el lugar poco antes de la llegada de Oviedo, a finales del año 1527.

Oviedo no es un conquistador. No disputa ningún cargo político en Nicaragua. Hace construir una misión en León, se ocupa de los negocios, se enriquece con el comercio de esclavos y de perlas. No lo hace por modestia, sino porque su orgullo es mayor. La gloria que él busca es literaria. Dentro de cinco siglos, su nombre será conocido. Y si esos capitanes vanidosos que lo rodean no van a ser olvidados, será porque él ha escrito sobre ellos.

Su modelo es el de la *Historia natural* de Plinio el Viejo, de la cual toma las grandes clasificaciones, describe los lagos y los volcanes, luego los frutos y pájaros desconocidos, dibuja el primer puma, el oso hormiguero, el armadillo y la hoja del árbol del cacao.

Durante casi dos años, Oviedo hace una obra de etnología comparada. Recoge las creencias y las fiestas votivas de los chorotegas y los nicaraos, de los choncales y los maribios, y se reúne con los caciques y describe los arcanos del poder político. Muestra a los indios preparando el cacao y recogiendo su aceite con una pluma. Presume de las virtudes medicinales de ese unguento, se alegra por la elección de esa moneda cuya condición

perecedera impide que sea atesorada. Indica los precios que registra en algunos pueblos indígenas en el año de 1528.

En ese año, en Nicaragua, se podía comprar un conejo por diez bayas de cacao. Por cuatro bayas, uno conseguía ocho nísperos. Un esclavo costaba cien bayas, *según es la pieza o la voluntad de los contrayentes que se conciertan*. Un indio libidinoso podía darse el gusto con alguna mujer de las que llaman *guatepol*, *que es lo mismo que decir meretriz o ramera*, por ocho o diez bayas, *como él y ella se conciertan*. Es decir, un polvo por un conejo. Y quizá fuera tan simple como ir a dar unos golpes a la puerta con el conejo agarrado por las orejas.

En mayo de 1529, Oviedo considera que sus notas sobre Nicaragua son suficientes. Esos cientos de hojas de texto y dibujos constituirán el libro XLII de su *Historia general y natural de las Indias*. Porque su proyecto tiene ahora otra ambición y debe abarcar todo el imperio español. Vende su casa al gobernador Pedrarias y se va al puerto de Posesión, que más tarde tomará el nombre de El Realejo, el mismo que tendrá cuando allí desembarque del *Vesta* William Walker, en junio de 1855.

Oviedo embarca a bordo del *Santiago* con destino a Panamá. La mar es mala y el navío, que hace agua, tiene que regresar al puerto al cabo de unos días. Las averías demoran en ser reparadas. Oviedo se impacienta. Decide llegar a Panamá por tierra firme.

Regresa a León desde Posesión, se dirige al gran poblado indio de Managua, a orillas del lago Xolotlán, cuya población estima en cuarenta mil adultos y que está *tendida a orilla de la laguna*, y toma el camino de Masaya para llegar a Granada.

El 25 de julio de 1529, Oviedo, que esa misma mañana ha abandonado Managua, recibe la hospitalidad del cacique Lenderi. Al día siguiente, interrumpe su camino para escalar el volcán de Masaya, *que quiere decir monte que arde, en la lengua de los chorotegas*. El cacique indio le acompaña en su ascensión. *Cuando la disposición del camino no dio lugar a poder ir a caballo adelante, me apeé de él y calcé unas alpargatas (porque ningún zapato es bueno ni bastante para tal terreno); y dejado allí un indio en guarda del caballo, seguí tras el cacique que me guiaba, y al negro y al otro indio también los hice ir delante de mí. Y así como el guía llegó cerca de la boca donde está aquel fuego, se sentó desviado de ella unos quince o*

veinte pasos, y me señaló con el dedo adonde estaba aquel temeroso espectáculo.

El distinguido italianizante, que podría recitar los versos de Dante y describir la puerta del Infierno, ha traído consigo su recado de escribir y comienza a dibujar el volcán minuciosamente, su cráter principal y los secundarios. *Digo que en la hondura y última parte que yo vi de este pozo, había un fuego líquido como agua, o la materia que ello es, estaba más que vivas brasas encendida su color.*

Él fue el primero en describir esos pequeños loros verdes a los que hoy se llama chocoyos del cráter (*en el mismo espacio que hay desde lo más alto de esta montaña, y hasta la boca de él, volaban muchos papagayos de los de colas luengas, que llaman xaxabes, a los cuales nunca pude ver los pechos, sino las espaldas, porque yo estaba muy más alto que ellos; y estos criaban y se entraban en la peña debajo de donde yo estaba*), sin embargo no era el primer español que emprendía la escalada, puesto que menciona la cruz cristiana plantada seis meses antes, el 2 de octubre de 1528, por el padre Francisco de Bobadilla y sus acólitos, durante su gran periplo de evangelización de los indios. Oviedo anota con humor casi blasfemo, que no habían comprendido que en esos montes *sacrifican a hombres y muchachos.*

Tienen los indios por su dios a este infierno, y solían allí sacrificar muchos indios e indias, y niños chicos y grandes, a los que echaban dentro por aquellas peñas abajo.

Con una libertad de tono y una ironía que puede sorprender en un contemporáneo de Torquemada (*¿habrán de salvarse por decirse cristianos, cuando tienen olvidado el mismo nombre con que se bautizaron?*), se burlará más tarde de la empresa de fray Blas Castillo, prelado codicioso pero afortunado, supuesto predicador del monoteísmo, perdido en realidad en la bruma oscurantista de los alquimistas, que consagrará un año de su vida a organizar una expedición para descender hasta el mismo fondo del cráter del Masaya, reclutará hombres y hará construir en secreto las máquinas más complejas, montacargas y cabestrantes, que los indios esclavizados izarán hasta la cima del volcán, para ir a recoger en el fondo de la caldera lo que creía que era oro en ebullición.

Después de cuatro meses de un viaje peligroso, con una herida grave tratada una vez más con aceite de cacao, Oviedo llega a Panamá en septiembre de

1529. Se dirige de inmediato al Darién y embarca hacia España con sus manuscritos, de los que hará circular algunas copias por el entorno real. Ofrecerá un frasco de aceite de cacao a Isabel de Portugal, la esposa de Carlos V. Esos presentes no serán en vano. El 15 de octubre de 1532, una cédula le confiere el cargo de cronista oficial de la corona, una pensión de treinta mil maravedís, así como el título de capitán de la fortaleza de Santo Domingo, en el corazón del Caribe.

He ahí a un hombre de cincuenta y siete años que no viajará más que al pasado.

Ha necesitado medio siglo de peligros para conseguir la tranquilidad y el retiro del mundo, y para procurarse refugio y amparo. Encerrado en la oscuridad de su fortaleza, tras los grandes muros que exudan humedad, espera ahora a que el pasado venga a él.

El puerto de Santo Domingo es todavía una encrucijada marítima. Los documentos de los archivos de la conquista le irán llegando, desde todas las Indias, al capricho de los viajes de otros, los de Pizarro por el Perú y los de Martín de Orúe por el Río de la Plata. Conocerá a los conquistadores supervivientes, entre los cuales están Gonzalo Jiménez de Quesada y Álvar Núñez de Vaca, quienes le informarán de viva voz sobre sus grandiosas aventuras. El primero había conquistado la actual Colombia y fundado la villa de Santa Fe de Bogotá. El segundo, superviviente en 1528 del naufragio de la flota de Narváez, había atravesado en solitario la actual Florida hasta la todavía sin nombre Texas. Unas veces como esclavo y otras como *medicine man* en las tribus indias, necesitó seis años de deambular para llegar hasta los españoles en México. Más tarde, remontó el Río de la Plata hasta el Paraná, se convirtió en gobernador del Paraguay, fue destituido, enviado de regreso a España y exiliado en Orán... Y uno se imagina a esos héroes ancianos, apergaminados y extenuados, sentados en sillones en medio del desorden de la gran biblioteca, sus rostros envejecidos tallados por la luz de las antorchas, sus barbas blancas, sus manos nudosas y temblorosas que dibujan en el espacio pampas desconocidas y junglas de lluvia, sus bocas que nombran el olor del fango y el de los caballos entre sus piernas, el olor a herrumbre del hierro, y los festines de los caníbales con sus rostros pintados de sangre y de sudor, y las cabelleras adornadas de plumas de guacamayo.

Cada año que pasa, lo aísla más de los vivos, y Oviedo alcanza la felicidad. El viejo espectro recluido en el fondo de la inmensa biblioteca emprende la

recopilación de todos esos testimonios, corrige incansablemente sus manuscritos, rehace diez veces la arquitectura de su gran obra, que no interrumpe más que para escribir otros textos sobre España en los tiempos heroicos de don Juan.

Si su modelo de partida era Plinio, más que Plutarco, sabe también que a una existencia se le puede extraer la esencia, como se exprime el jugo de una fruta, y hacerla figurar dentro de una enciclopedia. Él es el San Pedro que dispone del exorbitante poder de tachar un nombre y sacarlo de la historia, como se excluye a un alma del paraíso. Es el dueño del mundo. Es uno de esos que consagran la segunda mitad de su vida a escribir la primera, a redactar obras sabias que lectores eruditos abrirán dentro de cinco siglos, y él lo sabe, tiene la convicción de que su obra es tan honesta y útil sobre este tema preciso que todo nuevo trabajo sobre el mismo asunto tendrá que referirse a ella o, al menos, mencionar su nombre. *Larvatus prodeo*. También sabe que entre líneas se puede gritar o murmurar lo que sea sobre la persona que fuimos, porque uno no elige su vida ni su época, a uno le toca un papel que tiene que interpretar, y su empresa también es autobiográfica. Yo fui ese Oviedo que os habla. Y él apostrofa por encima de los siglos, en dirección al pasado, a aquellos que juzga dignos de su interés, como Aristóteles u Ovidio, y hacia el futuro, a aquellos a los que imagina leyéndole cinco siglos más tarde. Y la comunicación se produce, puesto que es posible, cinco siglos después, sentirse más próximo a este Oviedo, tener más intimidad con él que con la mayor parte de los contemporáneos vivos. Gonzalo Fernández de Oviedo, capitán y cronista real, se apaga en la fortaleza de Santo Domingo el 27 de junio de 1557, a la edad de setenta y nueve años. Su obra está terminada, su rostro, en paz. Depositán su cuerpo en la catedral, detrás del coro, en una cripta bajo el altar consagrado a Santa Lucía. Descansa en paz, camarada. Gracias a ti sabemos que en el año de 1528 los llanos de Nicaragua se contaban aún entre los más bellos y agradables de las Indias.

En los años que siguieron, encontrar un paso interoceánico en Nicaragua se convirtió en la única obsesión de los capitanes españoles. Hernando de Soto, Ruy Díaz y Sebastián Benalcázar hicieron transportar los primeros barcos desde la costa del Pacífico hasta las aguas dulces del lago Nicaragua. Por orden de Pedrarias, Martín Estete prosigue incansablemente la búsqueda. En

1539, los capitanes Diego Machuca y Alonso Calero, que habían zarpado de Granada, encuentran por fin el desagadero del río San Juan y lo recorren hasta su desembocadura en las aguas libres del mar Caribe. Tienen que rendirse entonces a la terrible evidencia. Apenas veinte kilómetros de tierra firme aíslan aquí Europa de Asia.

La idea de abrir un canal excedía todavía a la imaginación de los hombres. Lo que se hace es utilizar a los indios como bestias de carga, y las caravanas de hombres-hormigas trazarán un trémulo camino entre las dos orillas de Panamá. Nicaragua exporta allí a sus esclavos, más tarde los vende por decenas de miles a los hombres de Pizarro para transportar el oro del Perú. De los seiscientos mil indios de Nicaragua a la llegada de Gil González Dávila, en 1523, veinte años después no quedarán más que treinta mil.

Su resistencia guerrillera fue ineficaz. Las dos plantas usadas como tintes, la bija y la xagua, que les hacían combatir bajo los presandinistas colores rojo y negro, de amapola barcelonesa y carbón asturiano, no les fueron de gran ayuda. Sus mayores hechos de armas fueron el asesinato de Juan de Grijalva, el descubridor del Yucatán, y de varios de sus hombres en el valle de Olancho, hoy en territorio hondureño, cerca del río Coco, donde se establecería, cuatro siglos más tarde, la cooperativa igualitaria de Augusto César Sandino.

VÍCTOR

Cansado quizá de una casa no obstante cómoda, el viejo espectro de impermeable quemado acaba de poner una silla en la azotea del Hotel Morgut. La mujer morena se ha ido al fin a dormir, llevándose sus sueños de porvenir. *No vas a morir mañana*. En unos minutos, el planeta entero habrá dado una vez más una vuelta sobre sí mismo y será medianoche.

El viernes 21 de febrero de 1997 habrá *perdido*, en términos hegelianos, *su inmediatez sin ser aniquilado por ello*. El 21 de febrero de 1997 solo habrá *perdido su accesibilidad a las influencias exteriores*. Hoy, viernes 21 de febrero de 1997, el ciclista ecuatoriano Alonso Cuéllar, que ha partido para dar una vuelta al mundo en solitario, ha atravesado Managua al manillar de su máquina equipada con voluminosas alforjas.

Un deslizamiento de tierra ha matado a trescientas personas en Perú, donde el comando Tupac Amaru sigue atrincherado desde hace semanas en la residencia del embajador del Japón en Lima, y exige la liberación de prisioneros políticos.

Esta especie de cadáver viejo se sacude la arena panameña de la manga de su impermeable, enciende un cigarrillo y sigue las ondulaciones del humo azulado hacia el cielo claro y estrellado. Hoy, viernes 21 de febrero de 1997, Jeanne Calment, abuela de la humanidad, que conoció a Vincent Van Gogh en la época en que ella era lavandera (le pareció un hombre sucio y maleducado), ha festejado su ciento veintidós cumpleaños en una casa de jubilados del sur de Francia. *No vas a morir mañana, Jeanne*. Ya no hay sábanas en los tendederos. Alina las habrá doblado en la lavandería antes de irse a dormir.

A uno le gustaría ver una fotografía de la joven de veinte años que era Jeanne Calment el año en que nació Sandino.

Y otra a los cincuenta y nueve años, cuando esa mujer soplaba las velas de su tarta de aniversario, el 21 de febrero de 1934, o levantaba su copa de espumoso, mientras que en ese mismo instante Sandino, de quien seguramente ella nunca habrá oído hablar, es abatido en el patio de un cuartel o arrojado al fondo del lago Xolotlán, en Managua Nicaragua is a beautiful town.

A uno le gustaría que Jeanne Calment hubiera sido una lectora más asidua de periódicos. ¿Leyó, cuando tenía noventa y dos, los artículos sobre la muerte del Che Guevara? ¿Y a los ciento catorce, los que hablaban de Antonio de la Guardia?

Con la gorra roja echada hacia atrás, la nariz levantada al cielo y las piernas cruzadas, el fantasma amnésico, sentado en la silla, cuelga guirnaldas y desplegadas de nombres femeninos de los ganchos dorados de las estrellas intentando recuperar el nombre de ella. Retazos de recuerdos se agitan en el desorden de su cerebro descarriado, como retales para un patchwork, informaciones dispersas antes de ser maquetadas. Quizá este hombre ha sido físico o bien ornitólogo, antes de poner sus habilidades al servicio de los explosivos.

Durante la Guerra Fría, del otro lado del viejo Telón de Acero, el explosivo más utilizado no era la dinamita inventada por Alfred Nobel, sino el semtex inventado por Bohumil Sole. En lugar de dejar para la posteridad el premio Sole de la Paz, el inventor del semtex se suicidó tras la caída del Telón de Acero, haciendo explotar todo un inmueble de Jeseník, al este de Praga.

¿Para probar por última vez la eficacia de su invento? ¿Para protestar contra el cierre de la cervecería U-Fleku de Praga, por la que habían pasado, durante treinta años, todos los revolucionarios del mundo, del Che Guevara a Roque Dalton? ¿Para dejar una efímera huella en los periódicos, haciéndose pedazos? ¿O para deshacerse de una vez del inútil recuerdo de la historia?

II. La guerra de la madera en Tegucigalpa

Respire profundamente, y sobre todo asegúrese de no bajar el arma cuando el sol le golpee de pronto en la cara.

ROQUE DALTON

EN LA ARENA

Un pelícano arranca desde el mar su vuelo pesado, gomoso. El hombre está tirado sobre la arena y vestido con un impermeable, con los brazos en cruz, Ícaro accidentado o Prometeo achicharrado, bajo la fina lluvia del alba.

Las quemaduras de su rostro bastan para justificar su presencia en esta playa, que podría ser la de Nombre de Dios, en la costa caribeña de Panamá, o Playa Leona, del otro lado del canal, en una zona que él estima a 79° de longitud oeste y 9° o 9°30' de latitud norte. Ni el menor recuerdo, aparte de los puntos cardinales. Y, sin embargo, está el relámpago de sus largos cabellos de un negro azulado. Pero no tiene ningún nombre para esa mujer, la desaparecida, a la que quizá ha abandonado la víspera o bien hace ya varios años.

Este hombre está muerto. Y el almendrado fruto de su alma ha abandonado su cuerpo. Esta lo ve desde muy lejos, minúsculo, tirado con los brazos en cruz, boca abajo, sobre esta peonza que gira sobre sí misma alrededor del sol, siempre con una mitad en la sombra y la otra en la luz. El anillo brillante del meridiano del alba rodea ya el planeta como si fuera un tonel, y vierte su oro en ebullición sobre la ciudad de Tampa, en Florida, al mismo tiempo que inflama las torres de cristal de Cleveland, junto al lago Erie, e invade de vertidos bermejos las calles de Kapuskasing en Canadá, mientras que la noche se pateo Siberia del otro lado del polo y corre a grandes zancadas hacia Moscú con sus zapatones de clavos. Un tubo de neón parpadea al fondo de un snack bar de Taskent en el que ella se adormece extenuada delante de un televisor, con la cabeza apoyada sobre su brazo doblado, mientras que las perdices corren como bolas de plumas entre los matorrales de la región de Sinkiang, más al sur, y el crepúsculo, herido de púrpura, cubre las aguas lisas de los deltas de la India con una redecilla de gloria dorada.

En este mismo segundo, en la última planta de una maternidad de Ciudad de Panamá, en el casco viejo, ella posa sus labios sobre la tierna cabecita de un recién nacido de olor a almendra amarga, mientras que más abajo los cargueros, con sus planchas rojas y negras recalentadas, esperan sobre las aguas oleaginosas a la entrada del canal, donde el aire vibra ya como una

zozobra. En este mismo segundo, el pelícano perfora una ola violeta y el hombre resucitado abre los ojos, se sienta en la arena, con el asa de un maletín de poliéster negro en la mano. La bolsa membranosa de color naranja está ahora dilatada bajo la mandíbula inferior del gran pájaro blanco, recorrida por estrías un poco más claras, translúcidas, y en ella se agita la cola de un pez que pensaba vivir un día más, pero es que nunca se puede prever todo.

Cuando despierto, en una habitación del Hotel Istmania de Tegucigalpa, el viernes 28 de febrero de 1997, Víctor, el superviviente, todavía está ahí.

En el *Don Juan* de Lord Byron, el héroe naufraga y cree morir, pierde la conciencia, luego, poco a poco, vuelve a la vida, tirado en una playa de arena blanca, mientras sobre él se inclina, todo sonriente, *un encantador rostro femenino de diecisiete años*.

ÍCARO Y PROMETEO

No siempre se sobrevive a los naufragios y Byron, que había perdido de esa manera a su amigo Shelley, lo sabía.

En ausencia de cualquier documento –al menos en mi posesión– referido al viaje que William Walker realiza por Italia en 1844, no es descabellado imaginar que quiso ver Rávena y Viareggio.

Cuando el jovencito de veinte años atraviesa la frontera del Piamonte, procedente de Heidelberg y de París, hace veinte años de la muerte de su héroe, en medio de los insurgentes griegos de Missolonghi.

Lord Gordon Byron había huido definitivamente de Inglaterra en mayo de 1816, a los veintiocho años. Como Francia le niega un visado, el autor de *Prometeo* desembarca en Bélgica. Visita el campo de la batalla de Waterloo un año después de la victoria de Wellington, decide atravesar Prusia para llegar a Suiza. El poeta no viaja solo, sino con un verdadero equipo de amigos y compañeros. Está asistido por su secretario y médico personal, el italiano Polidori. En Génova, Byron se encuentra con otro poeta inglés exiliado, Shelley, el autor del *Prometeo liberado*.

Los dos hombres intercambian versos y amantes, inventan temas de novelas en el transcurso de sus juegos de sociedad. Shelley está acompañado por su jovencísima esposa, Mary. Byron, quizá para sellar su amistad, le hace un niño a la cuñada de Shelley. Luego, la rica caravana de poetas y de amantes pasa por Italia, y Byron se instala en Venecia, poco después en Rávena, cerca de la tumba de Dante. En 1822, Shelley naufraga frente a Viareggio. El mar arroja su cuerpo sin vida a la arena.

Lord Byron, que ha llegado el primero a la playa, en compañía de otro poeta inglés, Leigh Hunt, saca del bolsillo del ahogado un libro de Sófocles. Extiende el cuerpo de su amigo sobre una pira de madera de pino y plantas aromáticas, espera hasta el alba a que las llamas se extingan para recoger las cenizas mezcladas con la arena y las lágrimas, y se las lleva a Roma.

De regreso en Rávena, retoma la escritura del *Don Juan*, la obra última en la que el héroe, víctima de un naufragio y ya muerto en el seno de las aguas, recupera el aliento sobre la arena de una playa. Pero si es raro que se

sobreviva a un naufragio, más raro aún es que se resucite de entre los muertos. Por más que cinco años antes, en Suiza, en el transcurso de uno de esos juegos literarios en compañía de Lord Byron y de Shelley, la jovencísima esposa de este último, Mary, hubiera imaginado el personaje de Frankenstein y publicado más tarde su invención en forma de novela: *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

Por idealismo o por cansancio, para llenar un poco ese inmenso vacío, Lord Byron se mete en política, ingresa en las secretas filas de los grupúsculos de carbonarios, funda un periódico, *El Liberal*. El poeta fleta navíos, financia el tráfico de armas, huye a Génova. El príncipe Mavrocordato le convence para que apoye la insurrección en Grecia. En 1824, Lord Byron muere allí como un héroe prometeico, creyendo arrancar a los dioses la libertad para el pueblo de Sófocles.

Tres años después de su muerte, Eugène Delacroix pinta *Grecia expirante entre las ruinas de Missolonghi* y, cuatro años más tarde, *La Libertad guiando al pueblo*. Es posible que William Walker haya visto esos cuadros en París, antes de su viaje por Italia. Y la frecuentación de esas obras, unida a la lectura pirómana de Lord Byron, puede haberle convencido de no morir en su lecho. No obstante, no alcanzará sino el destino de un Ícaro. Será un jovencito presuntuoso, sublime y ridículo que se acercó demasiado al sol de la gloria. ¿Y quién recordará, incluso en el mismo Trujillo, aquel pecho demasiado flaco y blanco, reventado por las balas de los soldados hondureños?

¡PAGARON!

Salir una vez más indemne del ascensor del Hotel Istmania, a pesar de los inquietantes ruidos de sus poleas, supone cada día una felicidad renovada. Un bufido de la puerta corrediza de acero mate y ahí está la desgastada moqueta marrón. Tan visible como las letras Z y U en la línea inferior de una pantalla de oftalmólogo, a varios metros se puede leer el titular de la portada del *Tiempo* de esta mañana, viernes 28 de febrero de 1997, que está sobre el mostrador, delante del cajetín de las llaves con estrellas de sheriff de latón:

¡Pagaron!

Dos fotografías en color muestran a soldados hondureños en uniforme de combate, con pesados cascos, chalecos antibalas y fusiles ametralladores, apoyados por blindados, que rodean a unos viejos camiones civiles salvadoreños de ejes fatigados, cargados de madera cortada y ya desbarbada. Los leñadores están sentados en mangas de camisa sobre los cargamentos de troncos. La escena es casi bucólica. Un camino de tierra roja inundado de sol rodeado de grandes árboles resinosos, en Pasamonos, Nahuaterique.

Me he llevado el periódico a la oscurísima sala del restaurante del Hotel Istmania, que quizá fue una sala un poco chic en los años cuarenta, desmesuradamente grande y de techo alto, con manteles blancos, gruesos y almidonados, con los dobles marcados a fuerza de planchados sobre la tela áspera y acartonada, y una barra de bar de madera roja sobre la que se alzan espejos e hileras de botellas de alcohol cuya visión, esta mañana, me provoca náuseas: por eso he escogido un lugar que las oculta a mi mirada vidriosa. Hay una clase de ingenua fe en la vida para, a las tres de la madrugada y de regreso del bar de La Rana que es más gorda que el buey, haberle pedido al patibulario conserje de noche que me despierte por teléfono a las siete:

¡¡¡Buenos días!!! ¡¡¡Señor!!!

Las campanas de la iglesia de Los Dolores estaban lanzadas al vuelo y su escándalo era amplificado por las paredes de las montañas y de la caja craneana. Un rombo de luz blanca y cruda se rompía en ángulos agudos en la habitación sin postigos en las ventanas. Como cada día, me encontré de nuevo

con el fantasma de Víctor en la duermaveela, luego el teléfono volvió a sonar: Roberto Castillo me proponía citarnos ahí, en el bar del hotel, a las diez.

La sola ventaja de levantarse pronto es haberme hecho con el único ejemplar del *Tiempo*, cuyo subtítulo es precisamente *El Diario que se lee primero*, y que miran con envidia ahora los otros clientes del comedor del Istmania, sin conseguir descifrar más que este título enorme, «¡PAGARON!», que nuestro sin tacañería, lo que les hace sentir todavía más su falta y exacerba su correspondiente nerviosismo.

El camarero, vestido de blanco y negro, muy alto, un elegante y distinguido Fred Astaire si no fuera por la nota falsa de sus grandes zapatillas de baloncesto, echa una ojeada a la portada del periódico por encima de su bloc, y desliza una hoja de papel carbón entre dos páginas para anotar queso, zumo de naranja, huevos fritos, café y cigarrillos Belmont, y poder hojearlo tranquilo.

Cada mañana somos dioses olímpicos: de la política internacional hasta la página de deportes, la curiosa vida de los hombres nos es abierta así, en holocausto, sobre la mesa, hasta en sus menores detalles, pero todavía filtrada por los caracteres de la imprenta, ordenada por la sintaxis de las frases, como una propedéutica a nuestra propia y considerable existencia. Desde hace una semana, El Salvador y Honduras están al borde una nueva guerra porque los leñadores salvadoreños han venido, como de costumbre, según parece, para abatir y trocear árboles del otro lado de una frontera imprecisa. Han sido bloqueados por los hombres de la Cohdefor, que vienen a ser guardias forestales, aparentemente mejor armados.

La última guerra entre los dos países, en 1969, fue a raíz del litigio sobre el resultado de un partido de fútbol, durante la fase clasificatoria para el Mundial. Desde entonces se la conoce como la Guerra Inútil, o la Guerra de las Cien Horas. A la que esta mañana parece ver menguadas sus posibilidades de estallar se la ha llamado anticipadamente la Guerra de la Madera, pero podría quedar en la historia como la Segunda Guerra Inútil, o la enésima. Los mecanismos que desatan un conflicto son implacables y sus actores principales interpretan cada vez el papel del tonto de turno con el mismo talento: hoy es ese grupo de campesinos armados con machetes, sentados desde hace una semana a pleno sol bajo sus sombreros de paja, apoyados contra el entablado de camiones que no les pertenecen, eterna soldadesca, carne de cañón, guripas

ignorantes de los intereses que los manipulan y a veces les agujerean la piel, y que casi sonrían para la foto.

De un lado, pues, en una esquina del ring, El Salvador incapaz de salvarse a sí mismo, minúsculo país muy poblado y muy violento, emparedado por sus vecinos guatemaltecos y hondureños a lo largo de una costa curiosamente llamada pacífica, destruido por años de guerra civil, y cuyos bosques han sido diezmados por el cultivo del café; del otro, Honduras, cinco o seis veces más extenso y menos poblado, con el privilegio de disponer de un doble acceso al Pacífico y al Caribe, y cubierto de frondosos bosques.

Anteayer salí de San Salvador, donde los artículos de prensa, por temor tal vez a que un día les falte papel, echaban llamas por la Guerra de la Madera. Describían a Honduras como un monstruo de egoísmo, un país tan boscoso que no disponía de suficientes leñadores y que confiscaba dieciséis pobres camiones cargados de troncos.

Los clientes de la pensión de aspecto más que dudoso donde había pasado esos últimos días, en la 17 avenida Norte, número 119, en el centro de San Salvador, comentaban ruidosamente la actualidad en una especie de caja de grillos que está como suspendida a varios metros de altura por encima del paseo y que sirve a modo de terraza; comían sus papusas y gritaban más alto que la radio, que estaba a todo volumen, entre los vapores que se elevaban de los motores recalentados que orinaban un aceite negro a lo largo de la cuneta, con sus bocas rosas y violentas abiertas por la acumulación de maíz apenas reventado por sus dientes, bebían largos tragos de cerveza nacional y consideraban que esos putos árboles eran sin ninguna duda salvadoreños, porque esa puta frontera nunca había sido delimitada desde aquel puto partido en el que, coño, en el minuto veintiocho de juego... Luego dejé San Salvador rumbo a Tegucigalpa, y de nuevo sobrevolé las montañas rojas y ocres de Chalatenango, que efectivamente están peladas, cubiertas de matorrales y de arbustos achaparrados, y puntuadas de lagos de un verde jade sobre los que se deslizaba la sombra azul de las alas del avión, hasta la abrupta cordillera hondureña, en la que millones de coníferas acompañan la erección de los volcanes hasta más de tres mil metros (y no dejan desnudos más que sus conos vaciados, de los que escapan columnas de un vapor blanco inclinadas al final de la jornada sobre un ocaso cobre y lila, enseguida color burdeos, mientras una orla frambuesa va reduciéndose en el horizonte en torno a una pepita de oro). Y a mi llegada, la prensa hondureña acusaba a El Salvador de violar la

soberanía nacional y de mandar tropas hacia la zona de conflicto, cerca de un lugar llamado muy poco turísticamente El Llano del Muerto.

LA POLÍTICA DEL BAMBÚ

¿Quién se acordará dentro de diez años de este conflicto grotesco? ¿Podrá encontrarse, dentro de treinta años, un cronista que identifique los artículos que precedieron a la Guerra de la Madera, como hago yo desde hace varias semanas con los que precedieron a la Guerra del Fútbol?

Hay fotografías de los negociadores salvadoreños en las páginas interiores del diario, una lista de nombres, y entre ellos Carlos Aguilera, alias Comandante Peligro.

Según parece, los exguerrilleros del FMLN, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, están a la vez en el origen y en la resolución del conflicto, desempeñando el tan frecuentemente eficaz papel político de bombero forestal incendiario. En unos quince días se celebrarán las elecciones municipales salvadoreñas y el FMLN, que participa en la vida democrática desde los acuerdos de paz de Chapultepec, si bien es dado como vencedor en la capital, donde sus tropas nunca se impusieron en el tiempo de la guerrilla (a pesar de un inútil asalto final el 11 de noviembre de 1989, un desesperado fuego de artificio, cuando ya los coches Trabant circulaban bajo la puerta de Brandeburgo en Berlín), se arriesga a perder la zona fronteriza de Chalatenango, que había permanecido bajo su control, aislada del mundo, durante cerca de diez años.

Quizá eran los mismos farabundomartistas quienes habían dirigido los camiones hasta Pasamonos, donde sabían que la frontera está vigilada. Y, así, habían podido ser los primeros en llegar al lugar y en tratar de igual a igual con las autoridades hondureñas, mostrando a los campesinos de la zona el interés en tener su apoyo fraternal, cosa que al parecer dudaban.

El poder central salvadoreño, atrapado en el engranaje, no podía hacer otra cosa que enviar allí algunas tropas. Y en Honduras, el viejo presidente Carlos Reina, abogado liberal que está ya casi al final de su mandato y que había enviado la semana pasada al ejército para cargar en las calles de Tegucigalpa contra los catorce mil huelguistas del sector de la salud, no podía soñar con un mejor impulso para invocar la unidad nacional. Todo el mundo tenía pues interés en ver converger en Pasamonos a los dos ejércitos, excepto por

supuesto los paletos guanacos pillados en medio, amontonados en destartalados camiones estacionados en el centro de un claro y bastante indiferentes ante esos problemas de delimitaciones territoriales, como todos los fronterizos, sobre todo cuando no poseen un metro cuadrado de terreno ni de un lado, ni de otro.

Si la guerra de 1969 entre los dos países había tenido como detonante anecdótico un partido de fútbol –finalmente responsable de varios miles de muertos–, la verdadera razón había sido ya esa paradójica emigración de un país casi industrializado hacia otro pobre y menos desarrollado, y el poeta Roque Dalton, uno de los fundadores del ERP, el Ejército Revolucionario del Pueblo, recogía entonces estas palabras pronunciadas por un conocido terrateniente: *Si los trescientos cincuenta mil salvadoreños que viven laboriosamente en Honduras regresan a nuestro país, el desempleo se multiplicaría por trescientos cincuenta mil y la situación nacional se pondría al borde de la Revolución.*

En ese punto, el análisis era exacto. Y en 1975, cuando sus propios camaradas del ERP lo fusilaron tras un simulacro de proceso, la Revolución estaba en marcha.

Dos años antes, fueron los enemigos de la Revolución quienes lo habían condenado a muerte.

Roque Dalton salvó la vida entonces gracias a un terremoto que destruyó la prisión justo antes de la ejecución de la sentencia.

Y uno puede pensar, en estos países en los que las normas de prevención de seísmos son ellas mismas aleatorias, y que se ven asolados, con saña y regularidad, por erupciones volcánicas y huracanes, que resulta preferible montar andamiajes ideológicos que no sean demasiado rígidos. Aquí el pensamiento político necesita saber tener la fuerza y la ductilidad del bambú.

EN LAS NUBES

Después de haber doblado por la mitad las sesenta y ocho páginas del ejemplar del *Tiempo*, por la sección de anuncios –*¡Sony, para vivir mejor!*–, con su despliegue de electrodomésticos, de zapatillas de deporte a precio rebajado, de Fórmula Diesel cuyo olor impregna el del desayuno –*¡Sony, para vivir mejor!*–, sentado en la barra, delante de las botellas de alcohol cuya visión me parece menos repulsiva (todavía no seductora, pero es cuestión de horas, según vaya la vida y desfile el día), he llamado a Roberto Sosa, cuyo número no figura en el listín telefónico de Tegucigalpa.

Hace unos días, desde San Salvador, llamé por primera vez a su homónimo, quien, quizá por estar habituado a que se dirijan a él por un momento como si fuera el poeta más célebre de Honduras, lejos de parecer decepcionado o irritado me dio muy amablemente el número de teléfono del otro Roberto Sosa. Mientras fijamos la cita para esta tarde, en el café Paradiso, el camarero que se parece a Fred Astaire, servilleta al hombro e inclinado sobre la barra, se afana en convencerme de las poco creíbles probabilidades de victoria de cierto club de fútbol en el partido de esta tarde. Y yo le dejo algunos billetes de cien lempiras antes de marcharme con el único ejemplar del *Tiempo* en la mano, y con las miradas de los clientes del Istmania clavadas en mi espalda como puñales.

Frente a la salida del hotel se alza una gran comisaría de varios pisos, pintada de azul, con hombres vestidos de negro en los balcones, como grandes pájaros al acecho de una presa fácil (¿un ladrón de periódicos, quizá?). A la izquierda, la calle de Los Dolores desciende en una pronunciada y estrecha pendiente durante medio centenar de metros, desde la avenida Valladares hasta las traseras de la blanquísima iglesia de Los Dolores, junto a la cual se transforma en un callejón, en parte asomado al vacío, en el que se amontonan los puestos, los mirones y las cajas alineadas a lo largo del muro, al final del cual hay niños durmiendo.

Un chino tiene allí una farmacia-cacharrería-tabaquería llena de gruesos estantes de madera negra y moscas, y algunos sacos de arpillera apilados

sobre la acera, en la intersección con la avenida de Jerez. Por más que siempre responda que sí, con la obstinación de aquellos perritos de plástico que se ponían antaño en la ventanilla trasera de los automóviles, es evidente que el chino no vende periódicos, cosa que parece lamentar amargamente.

Del otro lado de la calle se extiende pendiente abajo un mercado de lonas de tonos neutros –tabaco o resina–, hojas de palma trenzadas y techos de chapa, y el sol arranca reflejos a las hileras de teteras de hierro, botes plásticos, artilugios electrónicos y cacharros varios, sin los cuales la existencia humana, de Singapur a Vancouver, aparentemente no sería posible. Una anciana, que está sentada muy tiesa en un taburete y, con la solemnidad de una princesa inca, arroja a un cubo lleno de agua las frutas y verduras que pela encima de sus rodillas sobre un periódico viejo, vende también los del día, cosa que no obstante verifico mirando la fecha. Escojo *El Herald*, un diario conservador, y *El Nuevo Día*, más centrista. Si para este último las cosas están claras: *Termina crisis de Pasamonos* (siempre ese apaciguamiento centrista), para la derecha no están ni mucho menos resueltas: *Solución provisional de crisis en frontera* (siempre esa derecha belicosa).

El mercado termina en un barranco protegido por una barandilla y yo regreso a la avenida Jerez, que atraviesa del lado este la calle Salvador Mendieta y trepa hacia el norte en dirección al parque La Leona, un modesto jardín que se asoma sobre la ciudad y tiene algo de mediterráneo, destinado a la práctica de la petanca y de la nostalgia de los orfeones, pero ocupado por chavales que esnifan pegamento Resistol, desde el cual el caminante, fumador y sin aliento, con los periódicos bajo el brazo, puede observar a sus pies la ciudad de Tegucigalpa y a su desheredada hermana gemela, Comayagüela, del otro lado del río Choluteca.

La capital está encajonada entre montañas verdinegras y brumosas. Las dos ciudades se apartan a regañadientes de las riberas, unidas por los tres puentes, como grapas que cicatrizaran la herida del río. Las dos remontan sinuosamente los valles en sentido inverso al curso de las aguas, rodean las altas colinas que las circundan y esquivan la bóveda color pistacho del cerro Juana Laínez, que se hincha como un globo aerostático en medio de los tejados rojos, marrones y amarillos, entre los que se perfila la estatua de un gran Cristo blanco, igual al que hay en La Habana (pero, a diferencia de La Habana, delante de él se extiende una publicidad de COCA-COLA con inmensas letras mayúsculas

blancas pegadas a la montaña verde, a imitación de la palabra HOLLYWOOD en su colina de bosques encantados).

Los barrios de chabolas y las colonias crecen en los desniveles más abruptos, y levantan los castillos de naipes de sus lonas detrás de los tejados de los barrios más antiguos, que están unidos por calles estrechas y serpenteantes, cuyos recovecos no fueron concebidos para el desarrollo de la industria automovilística. A mis pies se alza la modesta torre del Istmania, donde ya debe estar esperándome Roberto Castillo.

El gran monte Picacho se levanta hacia unas nubes de un gris metálico, como de plata o titanio, de plomo, de zinc, de magnesio o aluminio, y bajo ellas las aves carroñeras, los zopilotes, que no muestran más pálpito que el del extremo de sus largas alas, dibujan sinusoides ascendentes por encima de las montañas, como pedazos quemados de viejos periódicos encima de un incinerador.

ROBERTO CASTILLO

Sentado en la barra del Hotel Istmania, delante de un café, Roberto Castillo se acuerda del sueño que ha tenido esta noche: llovía sobre su biblioteca.

El tejado de su despacho está en obras en medio de la estación seca y él soñó que una tormenta descendía de las montañas e inundaba la casa. Observa con desconfianza las nubes y las aves carroñeras que vuelan sobre la antigua comisaría del general Álvarez. Barba negra recortada, cabellos negros y rostro sonriente, gafas serias de cura, Roberto Castillo conduce con la precisión y calma de un letrado, filósofo por la Universidad de Tegucigalpa y cuentista erudito, un enorme coche Mitsubishi equipado con brújula, altímetro y un indicador de inclinación del vehículo, cuya aguja observamos mientras circulamos por las enmarañadas callejuelas del barrio de El Bosque, al norte de la ciudad. En la ladera de las montañas, las casas blancas, que uno imagina alpinas, habitadas antes de la Segunda Guerra Mundial por alemanes cuyos bienes fueron confiscados, permanecen adormiladas bajo aglomeraciones de buganvillas, rodeadas de balcones de madera en los que se enredan plantas coluquintidas y pasifloras.

Esa colonia se estableció en Honduras siglos atrás para desarrollar la industria minera, después de que una noche, en el fondo de una taberna de Múnich, un aventurero políglota de cabellos color del lúpulo que dejó caer sobre la mesa de tosca madera dos o tres huesecillos brillantes destinados a pagar lo que debía por la cerveza y la música contara a su regreso que Tegucigalpa, en una de las lenguas indígenas de la región, significa montaña de plata.

El lecho menguado del río durante la estación seca parece casi un riachuelo, allá abajo, visto desde las colinas. Sobre sus riberas pedregosas, los niños que sueñan con clasificar a Honduras a costa de El Salvador para la próxima Copa Mundial de Fútbol delimitan sus porterías con pequeños montones de ropa colorida. Empujados por el viento, remolinos de polvo rojo atraviesan el bulevar Francisco Morazán, en la parte llana de la ciudad, y Roberto me pregunta cuáles son los planes para los próximos días.

Pretendo llegar a Trujillo, al norte del país, para ver la tumba de William Walker y la playa en la que finalmente fusilaron a aquel que quería ser rey.

Hace meses que le confié a Roberto que mi empresa se había visto perturbada desde el inicio por el encuentro, una noche en un bar salvadoreño de La Libertad, con un viejo amnésico vestido con un mugriento impermeable y tocado con una rojísima gorra de béisbol de visera larga. Y que estaba elaborando, a partir de notas tomadas de los periódicos de ese día y de otros más antiguos comprados por internet, un registro de sus años desaparecidos, a modo de regalo para Víctor.

Acumulaba así notas para una historia del sandinismo en Nicaragua o de América Central en su conjunto. Y eventualmente para relatos que reunieran un día lejano a ciertas parejas históricas, según el modelo de las *Vidas paralelas* de Plutarco: las vidas y las muertes de Simón Bolívar y Francisco Morazán, de Narciso López y Louis Schlessinger, de Augusto César Sandino y Tacho Somoza, de Antonio de la Guardia y Roque Dalton, del verdadero Che Guevara y del falso, el Che punto-50... No se me escapaba sin embargo, al presentarla así, que una empresa de tanta envergadura debía exceder con mucho las modestas fuerzas que tenía a mi disposición, y que precipitarlas en tal aventura equivaldría a lanzar en terreno descubierto a un puñado de indios al asalto contra los casacas azules, o a un puñado de mercenarios contra el ejército hondureño.

Con la nuca hundida en el reposacabezas y los ojos cerrados, con la absurda confianza que puede procurarle a uno viajar en un coche confortable y con aire acondicionado, por la mañana, bajo el sol, yo imaginaba que me resultaría posible integrar en ese relato la Guerra de la Madera y también la del Fútbol. Sin hablar de las del propio William Walker, que vino a morir aquí en 1860, en la región de Gracias a Dios, enfrentándose al ejército hondureño al frente de un puñado de mercenarios.

La enorme máquina *four wheels drive* hacía ya un buen rato que había abandonado Tegucigalpa por el bulevar de los Héroes, larga vía rectilínea, marcada cada cien metros por los bustos de Simón Bolívar, O'Higgins, José Martí, Artigas, San Martín... y de otros regresados al anonimato, porque aquí roban las placas de bronce para fundirlas, y avanzábamos ahora en medio de montañas cubiertas de pinares, bajo los cuales los reflejos del sol saltaban sobre el capó del coche como bailarinas de music-hall. Con los ojos protegidos por las gafas de sol, recorríamos aceleradamente el pasado de

Honduras, como si la sinuosa carretera fuera la historia y, tomando como partida Tegucigalpa en la época precolombina, debiéramos llegar al presente antes de la hora de almorzar.

Estábamos en el año de 1856, cuando todas las naciones centroamericanas se unieron para luchar contra el joven presidente de la República de Nicaragua, e imaginábamos la peligrosa situación, en Granada, de quien todavía soñaba con convertirse en el presidente del Centro del Mundo y disponía, como mucho, de ochocientos hombres útiles, mientras más de tres mil soldados costarricenses, hondureños, salvadoreños, guatemaltecos y nicaragüenses se juntaban en León bajo la bandera del Partido Democrático.

Al mismo tiempo, en Matagalpa, los legitimistas del general Chamorro reclutaban a la Legión, un grupito de mercenarios franceses, modesta pyme que desde hacía años era subcontratada para los trabajos sucios en América Central, y que se unió a la lucha contra William Walker.

Sin embargo y según Lorenzo Montúfar Rivera, entonces ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica, la simpatía entre los aliados era moderada. Cada noche, en el seno de esa tropa heteróclita, hay insultos y riñas, puñetazos y puñaladas, con efusión de sangre. Ha llegado la hora de darle a ese ejército un enemigo común antes de que se autodestruya: los tres mil hombres dispuestos a pelearse abandonan León, atraviesan Managua e instalan su campamento no lejos del volcán de Masaya, a unos kilómetros de Granada.

¿Ven bajo el cielo del crepúsculo caer las estrellas verdes de los pequeños loros del volcán, los chocoyos del cráter?

¿Acaso alguno de ellos, quizá más culto, quizá más apasionado por la historia, se acuerda de que esos pájaros fueron descritos por primera vez por Gonzalo Fernández de Oviedo, el 26 de julio de 1529?

Para el muy joven presidente de la República, que acaba de bajarse de su caballo blanco en Granada, la única buena noticia del verano de 1856 es marítima: el capitán Callender Irvine Fayssoux, héroe del primer desembarco de Narciso López en Cuba seis años antes, se ha apoderado de la goleta costarricense *San José* y la ha rebautizado *Granada*.

Con su tripulación, ha atacado y hundido al *Once de Abril* y controla el camino interoceánico del lado del Pacífico, en San Juan del Sur. Mantiene así una posible puerta de salida, en caso de que la posición de William Walker en Nicaragua se vuelva insostenible.

Del otro lado del istmo, en San Juan del Norte, del lado del atlántico mar Caribe, el millonario Cornelius Vanderbilt financia desde Nueva York una guerra privada contra William Walker. Después de haber atravesado las marismas de Tortuguero, sus mercenarios han logrado bloquear la desembocadura del río San Juan y aplican un torniquete entre los Estados Confederados del Sur y Granada, haciendo imposible que aquellos la reabastezcan de armas. En tierra, el jovencito de levita negra ha perdido ya su primera batalla, en San Jacinto, y en ella ha muerto su amigo y consejero Byron Cole.

¿Llevaba el director de *El Nicaragüense* un brazalete de prensa sobre su camisa blanca, abultada por sus tirantes cruzados a la espalda? El simpático parlanchín ¿cayó con las armas en la mano, alistado por falta de combatientes o por un arrebató de heroísmo? Las opiniones discrepan. Y, en las tres versiones de las que dispongo, solo el final fatal es indudable.

Según el propio William Walker, Byron Cole, al que acababa de nombrar coronel, participaba por primera vez en un combate y también era la primera ocasión en que tocaba un fusil. Fue abatido al inicio del ataque, cargando a la cabeza de sus hombres.

El relato de Jerónimo Pérez, del lado de las tropas enemigas, es menos glorioso: fue al batirse en retirada cuando Byron Cole cayó en manos de los legitimistas, que lo habrían fusilado.

Según Lorenzo Montúfar, fue después de haberse escondido en la montaña y

de haberse perdido, después de haber estado deambulando, hambriento, cuando finalmente fue apresado y fusilado.

William Walker se encierra, abatido, en Granada, y se confía al genio militar del muy joven Charles Frederick Henningsen, al que acaba de nombrar general.

Este sueco de veinticinco años, nacido en Inglaterra, era ya coronel del ejército carlista en España, luego combatió al lado de los rusos antes de tomar partido por Lajos Kossuth en Hungría. Refugiado con él en América, enseguida abrazó la causa de William Walker en Nicaragua y puso a su disposición la fortuna de una rica viuda con la que se había casado entretanto, así como un armamento moderno con el que, en noviembre de 1856 y al frente de trescientos hombres, se lanza al asalto contra los tres mil soldados aliados de Masaya.

Su idea novedosa, la que hizo de él uno de los olvidados inventores de la guerrilla urbana, era progresar hacia el centro de la ciudad evitando el enfrentamiento, abriendo túneles de casa en casa, saltando de azotea en azotea, destruyendo tabiques interiores y paredes medianeras, para rodear al enemigo como una invisible inundación, pero el plan fracasa y los mercenarios se repliegan a Granada, donde el cólera, veleidoso, elige esta vez jugar contra William Walker.

El presidente de la República y antiguo médico, el único que sabe algo de lo que son los hombres debajo de su pellejo, del equilibrio de los humores, de la sangre y la bilis, de la saliva y los huesos, y que ve cómo su ejército desaparece arrasado, decide erradicar la epidemia deportando a los enfermos y a los moribundos a la isla de Ometepe, en medio del lago, donde serán exterminados por los indios en justa revancha, antes de morir ellos también de cólera.

En el otoño de 1856, el presidente de una República reducida a unas pocas calles, deja que Henningsen destruya su capital, ya indefendible.

Durante veinte días, las tropas refugiadas en la iglesia de Guadalupe incendian una casa tras otra, y durante veinte noches el gran resplandor rojo se eleva hacia el cielo, sobrevolado de volutas y de cocuyos que chisporrotean al tocar el agua del lago.

El general Walker reconoce que a la operación le falta un poco de orgullo y de disciplina: *La excitación por los incendios aumentaba en la tropa la sed*

de alcohol. Los soldados pensaban que era lamentable dejar perderse tanto vino bueno y tanto coñac... Y sin embargo añade: En virtud de las leyes de la guerra, la ciudad había perdido su derecho a la existencia.

Tras asistir a los fuegos de artificio desde un vapor anclado, hace volver a Henningsen y a sus incendiarios, antes de entregar a los aliados un campo de ruinas humeantes, un desierto de cenizas y botellas vacías y muros ennegrecidos.

William Walker llega a Rivas en enero de 1857, allí se entera de que los ingleses acaban de abordar la goleta *Granada* del capitán Fayssoux y han bloqueado San Juan del Sur.

Francia, como Inglaterra, apoya a los aliados, pero sin poner un pie en tierra. Las dos potencias, momentáneamente unidas por su competencia frente a los americanos, están preparadas para enfrentarse de nuevo en cuanto se logre la victoria. Mientras que los ingleses bloquean San Juan del Sur, la Francia del Segundo Imperio envía más al norte la goleta *L'Embuscade*, para asegurar los movimientos de los aliados en el golfo de Fonseca, y ayuda al ejército salvadoreño a tomar León. Protege muy particularmente al embajador de Costa Rica, Nazario Toledo, que embarca el 8 de junio en el puerto de La Libertad.

Francia ganará esa apuesta una vez que William Walker haya desaparecido de América Central y que ese tal Nazario Toledo se convierta en ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica. En virtud de su, aunque modesta, contribución a la victoria, Napoleón III enviará ante el ministro a Félix Belly, quien obtendrá un contrato de exclusividad para la apertura del canal interoceánico en Nicaragua.

Sin embargo, esa concesión, que debía permanecer en secreto, será firmada con toda pompa en Managua. El *Times* de Londres publicará de inmediato el contrato y la Corona se pondrá en movimiento. El *Herald* de Nueva York lo publicará a su vez y América del Norte amenazará. Francia tendrá que plegarse. Momentáneamente. Algunos años más tarde, el emperador enviará a la Legión Extranjera para instalar en el trono de México a Maximiliano.

No obstante, nunca se excavará ni un centímetro del jodido canal de Nicaragua, cuyo proyecto recuperará, en el siglo XX, el general Sandino también con escaso éxito, un sueño que habrá causado la muerte, durante dos siglos, a decenas de miles de hombres.

Desde principios de 1857, los aliados ponen por su parte sitio a Rivas. El puñado de supervivientes de la aventura walkeriana, prisioneros de una ciudad fantasma que nunca se convertirá en el centro del mundo, está cercado por los ejércitos coaligados de cinco países, que están sostenidos por las potencias internacionales y por la fortuna de Cornelius Vanderbilt.

Esta es la única ocasión en que William Walker dará prueba de un carisma innegable, al conseguir convencer a sus hombres, a pesar de las llamadas a la desertión y de las promesas de clemencia, de que defiendan durante meses esos pocos kilómetros cuadrados de infierno sin agua ni alimentos, y sin ningún propósito, pues no hay la menor perspectiva de victoria, antes de firmar el acta de rendición en mayo de 1857.

William Walker es extraditado a Panamá. Llega a los Estados del Sur, donde es acogido como un héroe por el bando de los casacas grises. El jovencito de negro da conferencias delante de los entusiastas adeptos del Destino Manifiesto, se escribe con el presidente Buchanan, quien ante la amenaza de guerra civil se inclina por no disgustar a los sudistas: William Walker es de nuevo absuelto de haber infringido la Ley de Neutralidad, y enseguida organiza un nuevo ataque contra Nicaragua.

Seis meses después de la derrota de Rivas, el vapor *Fashion* zarpa de Mobile y la armada envía a la corbeta *Saratoga* tras su estela. William Walker tiene tiempo para arrebatarse San Juan del Norte a los costarricenses, pero debe capitular ante la marina de guerra norteamericana. Es deportado de nuevo a Panamá. Y de nuevo regresa a los Estados del Sur. La última tentativa, un año más tarde, es todavía más calamitosa, y el barco mal armado naufraga en la barrera de coral de Belice, mucho antes de llegar a Nicaragua, una tierra que William Walker nunca volverá a ver.

El jovencito de negro decide entonces instalarse en Nueva Orleans, donde yace la bella Ellen Galt Martin. Tiene treinta y cinco años y redacta sus memorias, *La guerra de Nicaragua*, en las que el antiguo periodista relata, en tercera persona, las proezas caballerescas del general Walker, como si el narrador fuera Byron Cole o Sancho. Pero los periódicos le olvidan, y la amenaza de una guerra de secesión crece. Él se convierte al catolicismo, lee a los Padres de la Iglesia. Se considera que la guerra ha terminado para él. William Walker deja que digan. Negocia en secreto con los caballeros del

Círculo de Oro. Al año siguiente, desdeñará Nicaragua para atacar la costa caribeña de Honduras por las islas de la Bahía, en Roatán.

Ahora le queda un año de vida.

ÁNGELES CIEGOS

En la época en que la United Fruit, un mal recuerdo, manejaba aquí los regímenes a su gusto, la costa caribeña de Honduras, al norte y al este, un territorio bajo y húmedo de jungla tropical, había rebajado al país al rango de república bananera.

Más al sur y al oeste, en la región montañosa y volcánica de Tegucigalpa, el aire es seco y provenzal. El gran coche amarillo de Roberto Castillo avanza solo por el asfalto azul, y atraviesa Santa Lucía, cerca de las antiguas minas de plata, aquí las casas blancas de techumbres de tejas rojas están sentadas como gordas gallinas en medio de cuidados jardincitos. A lo largo de las calles pavimentadas, los talleres de carpintería exponen a la venta hileras de sillones, a veces ocupados por ancianos artríticos en camisa blanca y pantalones negros, curvados sobre sus bastones de madera, cuya única esperanza en la vida parece ser la de ver a sus hijos terminar el siguiente asiento antes de que se venda el que ocupan.

A la salida del pueblo hay un pequeño lago de superficie de mercurio bajo el sol, luego la carretera asciende entre coníferas, llega al Valle de Ángeles, el valle de los ángeles ciegos, donde se transforma en un camino pedregoso hasta el Parrilla Miluska, un restaurante checo.

Es un cobertizo de madera sin trabajar, abierto por tres de sus lados al ligero viento frío, que da a un prado de hierba recortada y muy verde en cuyo centro hay una fuente rodeada de geranios rojos, una cabra está atada a ella por una reluciente cadena de acero. Un ciego, quizá novato, pasa por el camino de tierra amarillenta, con la cabeza echada hacia atrás y guiado por un perro. Las ocas chillan dentro de una cerca, al borde de unos abetos que recortan el cielo con dientes de sierra, y nosotros almorzamos en esta tranquilidad casi helvética:

—Manlio Argueta es el poeta de la guerra —dice Roberto—, realmente el poeta de la guerra...

Yo había ido al encuentro de Manlio Argueta unos días atrás, en San Salvador, así como al de antiguos guerrilleros del FMLN a los que quería pedir información sobre la vida y la muerte de Roque Dalton. Manlio Argueta

era amigo suyo desde 1955. Habían fundado juntos el Círculo Literario de la Facultad de Derecho, antes de que la universidad fuera incendiada por quienes veían con malos ojos semejante nido de subversivos en un país en el que había un setenta y cinco por ciento de analfabetos.

Roque Dalton reunía todas las cualidades, el humor, la inteligencia, la libertad y la generosidad, también la ingenuidad, y ello lo colocaba, inevitablemente y tanto para un bando como para el otro, a la cabeza de los posibles fusilados. Todo revolucionario se ha preguntado al menos una vez si, finalmente, ese porvenir radiante por el que combate no lo llevará detrás de las alambradas de un campo de concentración al día siguiente de la victoria, y los poetas rusos no tuvieron que preguntárselo durante demasiado tiempo. Roque Dalton tuvo que hacer la pregunta en voz alta, él que había visto de cerca la imagen que podía ofrecer el paraíso. Ernesto Cardenal me había confiado a este respecto una anécdota, según la cual, en el transcurso de su deambular, Roque Dalton había terminado por conocer lo suficiente del alfabeto cirílico como para descubrir un día un verso de más, dedicado a la gloria de la bandera roja, que había sido añadido a uno de sus poemas en su traducción al ruso.

Su hermoso rostro sonriente, en blanco y negro, está todavía colgado de la pared del Hotel Riviera, en el malecón de La Habana, en medio de las fotografías de todos los ilustres que honraron al establecimiento con su presencia.

Después de su primera condena a muerte en El Salvador, estuvo exiliado durante años en Praga y luego en La Habana. Y una vez que regresó a ocupar su puesto en la guerrilla, en 1975, y tras un simulacro de proceso, en el curso del cual sus camaradas le acusaron sucesivamente de pertenecer a la CIA y a los servicios secretos cubanos, cuando él no era más que un pobre poeta irónico y lúcido, un individualista demasiado cultivado, lo fusilaron en un descampado salvadoreño.

Esa misma noche, tras dejar a Manlio Argueta, me fui a tomar una copa de más donde Beatriz Alcaine, en el café La Luna, y de regreso un taxista farabundomartista me dijo rotundo que en San Salvador la paz estaba matando ya más que la guerra. Pese a que la capital, salvo muy raras excepciones, y la última databa de noviembre de 1989, había quedado fuera de las zonas de combate, tras los acuerdos de paz de Chapultepec había visto llegar a los

salvadoreños de la segunda generación de emigrados, expulsados por los Estados Unidos. Y esos muchachos, miembros de los clanes latinos de California, escindidos entre Los Ángeles y San Salvador –como Caribdis y Escila–, que no dudan en atacar una tienda de ultramarinos con armamento pesado y cuya violencia urbana de nuevo tipo exaspera a la población y sobrepasa con mucho la capacidad de respuesta de la policía del partido Arena, la derecha gobernante, en las próximas elecciones municipales iban a ofrecer al FMLN en bandeja democrática, según el taxista, la capital que este nunca había podido conquistar por las armas.

El conductor, desatado, estalló en una carcajada demente y lanzó su viejo cacharro pintado a cuadros negros y amarillos por la desierta calle Berlín, haciendo chirriar sus neumáticos alrededor del monumento al inútil Salvador del Mundo, y sacando una pistola ametralladora de debajo de su asiento desfondado.

En Tegucigalpa, la violencia es la de los carteles y resulta más previsible, menos ciega; los ajustes de cuentas del narcotráfico riegan sus víctimas sobre todo por las calles y los vertederos de los barrios periféricos. Anoche, a la entrada de La Rana que es más gorda que el buey, dos gigantes de traje negro pasaban sobre los clientes un detector de metales para desarmarlos con buenas maneras. Yo me instalé en la terraza. Había visto llegar las silenciosas pick-up Toyota por la tierra rojiza del barrio moderno y llano del bulevar Francisco Morazán, que de noche da siempre al viajero la impresión de encontrarse en el límite de un desierto.

La Rana es uno de esos nuevos establecimientos idénticos que se pueden encontrar en cualquier lugar del mundo, plantados sobre bloques de cemento, en medio de una zona comercial, entre un almacén de bricolaje y un parking, en los que los hombres beben con lentitud alcoholes anónimos, gritan a veces contra las traiciones de la Fortuna y se largan a sentarse solos y aparte con una hoja de papel, y escriben, o creen escribir, una carta que nunca enviarán. Tienen los bolsillos llenos de ellas. Cerca del bar, dos o tres muchachas, quizá venales, se habían puesto a bailar.

Este mediodía, dos ciegos acompañados de niños, pero sin perro, pasan por el camino de tierra amarillenta delante del Parrilla Miluska. Llevan largos bastones flexibles, casi cañas de pescar como las que se usan para la pesca al toque, con los que golpean al azar delante de ellos.

Transportado por el lirismo y la paz de este paisaje suizo alrededor de un restaurante checo perdido en las montañas de Honduras, con una euforia probablemente debida a la falta de oxígeno o a las cervezas bebidas a semejante altitud, me he arriesgado a elaborar para Roberto una Teoría de la Jornada, que he concebido como un ciclo de Kondrátiev en forma de montaña rusa: la ascensión matinal, siempre un poco difícil pero tonificante, como cuando uno se levanta de una caída, con la ayuda de los diarios de la mañana, a la que sigue inevitablemente la suave pendiente de la tarde, consagrada a la lectura de los diarios vespertinos: y entre las dos, el cénit limpiador de esta parada de calma y equilibrio, en lo alto de un paso de montaña, sentado sobre una peña, junto a un torrente que deja escapar la breve epifanía de los reflejos verdes y malvas de una trucha arcoíris entre las aguas saltarinas. Y desde aquí se observa todo, allá abajo, en el valle, la oscuridad en la que resplandece una ciudad desconocida y prometedora, salpicada de farolas y de anuncios de neón de colores naranja o verde clorofila, con grandes carteles publicitarios de marcas de cigarrillos y de alcohol a lo largo de bulevares sazonados por un polvo rojizo, en la que brillan bajo los faros las lentejuelas de los trajes negros y plateados de los grupos de mariachis que caminan al borde de la carretera, sombrero a la espalda y guitarra en mano, de bar en bar, y hacia la que se dirige ya el Mitsubishi que se aleja del Parrilla Miluska, desciende el camino pedregoso para salir del pueblo de Valle de Ángeles y sobrepasa el flamante edificio nuevo del instituto para invidentes.

PURA VIDA

Una habitación cualquiera de Tegucigalpa, en el Hotel Istmania. Un destartalado hotel internacional de baja categoría, con polvorientos muros blancos revocados y moqueta marrón.

Cuando la puerta de acero mate del ascensor se abrió en la tercera planta, Fred Astaire conversaba con una mujer de la limpieza y cada uno llevaba un fajo de billetes de cien lempiras en la mano. La mujer guiñaba un ojo por encima de un cigarrillo cuya ceniza curvada amenazaba con caer al fondo del cubo en el que se hundía la fregona en la que ella estaba apoyada. Los dos me informaron, con una profunda y sincera tristeza en el fondo de sus ojos, de la sorprendente derrota del club de fútbol al que yo había apostado.

Durante mi ausencia, los tres diarios de esa mañana permanecieron sobre el escritorio, cerrados y dispuestos paralelamente en medio de libros, cuadernos, bolígrafos, archivos y carpetas de cartón, todo meticulosamente ordenado en ángulos rectos y listo para ser usado.

El Nuevo Día es hoy el único que dedica su portada a la Guerra de la Madera, pero sin fotografía. Los cuatro jóvenes, de pie y apoyados contra la carrocería roja de un automóvil en un jardín bañado por el sol, no son leñadores sino delincuentes. Bajo la tapadera de la agencia matrimonial Latin Lovelies International, organizan en la región de San Pedro Sula la trata de blancas con destino a los Estados Unidos...

Tiempo, por su parte, relega esa información a la página 20, con una fotografía casi idéntica (uno de los cuatro hombres, que en la de *El Nuevo Día* llevaba una camiseta blanca, ahora tiene el torso desnudo). El periódico publica igualmente, en la página 56, este pequeño anuncio que debe de haber escapado a la vigilancia de la redacción, sobrepasada por la velocidad de la actualidad: *Norteamericanos vendrán pronto a Honduras para conocer damas con fines matrimoniales, visitarán personalmente, interesadas mandar foto tamaño postal e información personal al Latin Lovelies Int'l P.O. Box 15...* Así que los macarras querían visitar personalmente a las damas antes de secuestrarlas, pero sus contactos locales están provisionalmente entre rejas.

En un hotelito de San Pedro Sula, capital económica, en el norte de Honduras, la policía acaba de detener a una muchacha muy joven, acusada de terrorismo. No es del tipo de las que envían su foto a los gringos. Ella habría atacado en la misma noche, con un fusil lanzagranadas, en compañía de tres hombres y a bordo de un jeep, varios establecimientos de comida rápida: Pizza Hut, McDonald's y Burger King. Esta Pasionaria, puesta en pie en la trasera del jeep, con sus largos cabellos negros al viento, Libertad guiando al pueblo con una bazuca, podría ser la mujer cuya fotografía posee el viejo espectro de mugriento impermeable.

Hoy, viernes 28 de febrero de 1997, en Managua (*El Nuevo Día*, página 16), el Escándalo de la Piñata bate récords. El presidente Arnoldo Alemán declara: «Muchos de ellos [los sandinistas] poseen grandes residencias y propiedades; deberían reconocer su verdadero valor, a fin de que el país alcance la reconciliación, con justicia.»

Hoy, en Montevideo (*El Herald*, página 40), un escritor cubano solicita asilo político en Uruguay. Hubo una época, lejana, durante la dictadura, en la que el lector habría sospechado que se trataba de una errata, cuando numerosos tupamaros tuvieron que refugiarse en La Habana, algunos de los cuales eran a la vez guerrilleros y escritores.

A ciento treinta kilómetros de Montevideo, una marea negra mata miles de focas en Punta del Este. El petrolero causante no es cubano sino panameño. Los pescadores de la Punta no tendrán ya que espantar a golpe de remo a los gruesos animales bigotudos, que por otra parte no son focas sino leones marinos, diferencia zoológica mínima vista desde las montañas de Honduras, que llegan a arrancar los peces de las redes incluso en la dársena del puerto, delante del restaurante El Cañón, del que todavía podría recitar de memoria la carta de vinos y recomendar un Tannat Stagnari 1993, elección que merecería una crónica enológica en el suplemento *Pura Vida del Tiempo*.

«Pura vida» es una expresión costarricense, un *ticismo* intraducible. En dos palabras, resulta el más hermoso elogio que se puede dirigir a la vida. Cuando, de vez en cuando, se lo merece.

En San José, también es una publicidad de la cerveza Imperial.

Acostado bajo una sábana, yo sobrevolaba en la somnolencia los ataques a bancos de la víspera, las desapariciones, las amenazas de muerte recibidas por los representantes del Fondo Monetario Internacional de paso en

Tegucigalpa con los gastos pagados. A setenta millas de la costa, cerca del islote de Vivarios, un barco de pescadores garífunas había abordado el yate de una pareja de turistas alemanes, el *Wendys*. Los indígenas habían violado a la mujer blanca y luego habían matado a puñaladas al marido y habían arrojado su cuerpo por la borda. Los guardacostas encontraron a la mujer desmayada a bordo del yate a la deriva.

Antes de dormirme, vi el barco fantasma de William Walker en el mismo lugar, en el siglo pasado, deslizándose con lentitud entre las islas de la Bahía, cerca de Roatán, solo variaba el color de las aguas, del verde manzana al azul marino, según la profundidad. El reflejo del sol en las suaves olas hacía reverberar sobre el casco amebas doradas, lentas, luminosas y elásticas.

VÍCTOR (SED VICTUS)

Con las dos manos unidas en lo alto del volante y la frente apoyada en los puños, el hombre permanece un buen rato sin esperar nada, mirando fijamente de cerca, como en un gran plano, la aguja inmóvil del contador de velocidad. El viejo Mazda 626 está estacionado en el parking del aeropuerto Sandino, en Managua. El maletín negro en el que ha embutido su ropa y su fotografía reposa sobre el asiento trasero. Tiene puesta la rojísima gorra de béisbol de visera larga, atraviesa a pie la autopista, pasando por encima de los quitamiedos, y entra en la zona franca de Las Mercedes.

Cerca de unos autocares rojos embarrados, hay mujeres que venden, sobre largas mesas de madera, carne cocida y frijoles negros a los obreros de las empresas internacionales de la Gran Involución. El agua de las jarras está irisada de serpientes de petróleo y hay vigilantes vestidos de negro y acompañados por perros que patrullan mientras fuman cigarrillos. Él está sentado en un banco, con los faldones de su impermeable sobre las rodillas y el maletín al lado, comiéndose con cuchara un cuenco de frijoles.

¿Para qué recuperar la memoria de la atroz e inútil historia? Ahora es la imagen de una detención, la que se desliza tras sus párpados. Algo, en este caos de construcciones metálicas nuevas plantadas con sus ángulos rectos en medio del barro, ha hecho salir de la nada el recuerdo de una estación de carretera, la de Tres Cruces, en Uruguay, o la de San Pedro Sula, en Honduras. Hay tubos brillantes bajo la lluvia que van de un edificio a otro, evocando quizá la imagen de una estación de carretera, de una carrera entre los autocares, en medio de un parking. Fueron arrestados juntos, por hombres vestidos de civil, y fueron separados inmediatamente. La ve alejarse, arrastrada por los cabellos. Él lleva un maletín en la mano. Luego le sientan en una silla y lo esposan. Llueven los golpes. Le pegan en la cara y oye crujir su mandíbula. Deposita lentamente el cuenco de frijoles sobre el banco, observa sus zapatos en medio del barro.

Víctor atraviesa de nuevo la autopista e introduce la llave en la ranura niquelada del contacto. El Mazda atraviesa la frontera de Honduras por Somotillo algunas horas más tarde. Pasa la noche al volante, y al final de la

tarde circula junto a las maquiladoras de San Pedro Sula, decenas de kilómetros de enrejado ininterrumpido hasta Puerto Cortés, detrás del cual decenas de miles de obreros cosen, amarrados a sus máquinas, los vestidos del Norte en hangares alineados, cuyas paredes están decoradas con consignas involucionarias. *¡Los hombres mueren! ¡El Partido Involucionario es inmortal!* Se detiene a la salida de Trujillo, no lejos de la tumba de William Walker quemada por el sol, delante de una cantina, al borde del mar, con los neumáticos en la arena.

El viento ha dispersado las cañas del techo y la chapa está herrumbrosa. Una anciana india le va llenando el vaso de aguardiente de caña que le quema la garganta. Unas aves marinas están posadas sobre el casco de un petrolero varado de costado sobre el arrecife y ensangrentado de herrumbre. Con las gafas oscuras delante de los ojos, él está sentado detrás de una mesa de metal pintada de rojo, debajo de una sombrilla. Cerca de los pilares del muelle, en la playa, unos adolescentes negros bailan al son de la radio de un Buick antiguo cuyas acolchadas puertas delanteras color púrpura están abiertas como las agallas de un pez muerto. En el embarcadero, un cartel propone billetes para Roatán y las islas de la Bahía. «Black Magic Woman». Él mira el limón solar mientras escucha el solo de la guitarra eléctrica de Carlos Santana. Y se pregunta si algún día podrá coger un barco para ir a buscarla a alguna parte.

EL PARAÍSO DE LOS AVENTUREROS

Yo podría abandonar Tegucigalpa esta misma tarde. La idea me vino mientras contemplaba el techo de la habitación del Hotel Istmania, hacia las cuatro, al despertarme. Bastaría parar un taxi, de improviso, a la salida de cualquier pulquería, atravesar Comayagüela por la carretera por la que vinieron los indios, hace algunos años, para destruir la estatua de Cristóbal Colón en el aniversario de lo que ellos no consideran el descubrimiento de América. Esa carretera es momentáneamente cerrada al tráfico cada vez que despega un avión del aeropuerto de Tocontín, cuya pista es tan corta que, según dicen, ya aconteció que un tren de aterrizaje que tardó mucho en recogerse le arrancara el techo a un autobús.

Uno presenta su billete Pass en el mostrador del Grupo Taca y unos minutos más tarde sobrevuela la realidad como sobrevuela un periódico. Ahí abajo desfilan los volcanes, las pequeñas nubes, los valles aislados, al fondo de los cuales sobreviven arañando la tierra seca los campesinos, a un día de caballo de la aldea más cercana. Allí están desplegados, cara a cara, los ejércitos de El Salvador y de Honduras, con sus trastos de campaña, a la espera de regresar a sus cuarteles. Uno toma otro taxi a la salida del aeropuerto. Pronuncia el nombre de un establecimiento famoso y fácilmente localizable, en pleno centro, el Gran Hotel Costa Rica, en San José, o el Inter, en Managua. Bebe alguna cosa fresca, en un bar climatizado, y luego se va a caminar por las calles.

También puede hacer algunas llamadas telefónicas e invitar a cenar a un amigo, y luego escoger un hotel o bien regresar al aeropuerto y reencontrarse allí con personas a las que se conoce vagamente de antiguo. Solo hay doce asientos en clase ejecutiva en los A-320 del Grupo Taca. No es raro que, a la entrada, cerca del mostrador de los periódicos, los habituales intercambien algunas palabras antes de pedir un whisky. En esta parte del aparato, las conversaciones se refieren siempre a la situación económica del mundo más que a su futuro político. A veces, en esa situación, me hago pasar por representante de una célebre marca de lujo francesa, la de los mejores

encendedores del mundo, que en realidad es propiedad de un chino de Hong-Kong.

Este abono paradisiaco, este billete Pass, viático angélico, permite volar hasta Panamá y sobrevolar en una hora ese camino que Gonzalo Fernández de Oviedo tardó cuatro meses en recorrer a caballo en 1529, y ver en cada extremo del canal los portacontenedores sobre los océanos como largas barras multicolores de plastilina. También permite a veces dar un salto a Belice, hacia el norte, esa curiosa mezcla anglófona de Ceilán y Jamaica perdida en la América Central, para ir a tomar unas notas al Marvin's Bar, a orillas del Belize River, observar a los pelícanos adormilados sobre los techos de las cabañas levantadas sobre pilotes pintados con los colores vivos e inalterables de los barcos, esmeralda y limón, rojo sangre y azul marino. Desde esas terrazas, uno puede seguir durante toda la tarde las enigmáticas actividades de los rastas, con sus pelos trenzados y sus trapos militares, que transportan, en sus largas embarcaciones de aluminio con motor fuera borda y proa afilada, cajas de cerveza Belikin o de material electrónico –y puede que folletos de poesía vanguardista– hacia la minúscula y misteriosa capital de Belmopán, perdida en el corazón de la jungla. Se puede también tomar una avioneta en Belize City, o un barco-taxi, para ir a Cayo Caulker o a San Pedro, frontera off-shore de México, al sur del Yucatán, y ver pasar allí, por el canal, en medio de la barrera de coral, al último barco de William Walker, en 1860, rumbo al desastre y a las islas de la Bahía.

El impenitente acaba de tomar en Cozumel, unos días antes, la estúpida y suicida decisión de ir allí de todos modos, de ir allí a pesar de todo, a pesar de la confiscación de su segundo barco, cargado de armas y de provisiones, que había sido fletado por los caballeros del Círculo de Oro...

Pero no tomo el taxi.

Porque me parece posible terminar hoy con la vida y la muerte de WW, terminar con esa fuga espantada del jovencito de negro a través de la marisma, herido en la pierna, viendo caer a su alrededor sobre el barro a sus últimos compañeros de infortunio, escuchando crujir las ramas por los disparos del invisible ejército hondureño lanzado tras sus pasos. Ahora mismo podría describir el campamento del río Tinto, el último viaje por mar del prisionero, a bordo del barco del capitán Salmon.

Pero tengo una cita a las siete en el café Paradiso con Roberto Sosa y

Eduardo Bähr: lo que me parece excusa suficiente para permanecer en Tegucigalpa y continuar hojeando los periódicos.

LA DESAPARECIDA

En *El Herald*o, en la página 3 del suplemento *Vida*, el antiguo ministro de Relaciones Exteriores, Edgardo Paz Barnica, actualmente embajador de Honduras en Venezuela, evoca hoy, viernes 28 de febrero de 1997, la detención de la señorita Inés Consuelo Murillo Schwaderer, en 1983.

El rostro de Inés Consuelo aparece en una gran fotografía en blanco y negro visto de tres cuartos, ligeramente inclinado. Es una mujer alta y morena de veinticuatro años, de cabello liso separado por una raya en medio, cuyo mechón izquierdo está metido detrás de la oreja, como hacen las hermosas estudiantes cuando se inclinan sobre un libro, y que fue arrestada el 13 de marzo de 1983 por hombres vestidos de civil. Estudiante de derecho, militaba en el seno de un grupo clandestino y viajaba en compañía de un salvadoreño del FMLN. Permanecerá detenida secretamente por el ejército durante ochenta días. Inés Consuelo:

Después de mi detención, fui objeto de abusos sexuales y fui sometida a tortura psicológica y física. Unos días antes de ser presentada ante la prensa, comencé a recibir alimentos en cantidad suficiente. También me dieron medicamentos. Mis heridas fueron curadas antes de que fuera transferida a una prisión de mujeres. Unos minutos antes de la conferencia de prensa, me dieron ropa usada. No me habían dejado más que mis zapatos. Permanecí desnuda durante los ochenta días. No sabía nada de las presiones internacionales para conseguir mi liberación. Gracias a la nacionalidad alemana de mi madre, he sido una de las más afortunadas.

La madre de Inés Consuelo, chilena de origen alemán, trabajaba entonces para la ONU. Desde la desaparición de su hija, el padre de Inés había contactado con el ministro de Relaciones Exteriores, que había sido profesor de Inés en la Facultad de Derecho, el cual había informado al presidente de la República, Roberto Suazo Córdova.

El general Álvarez Martínez, jefe de las fuerzas armadas, y verdadero señor del país, torturador formado en la Academia Militar de Buenos Aires en la época de la Operación Cóndor, y miembro de la secta Moon, respondió entonces:

–Que el canciller no se meta en eso.

Dos notas oficiales de los servicios del ejército, fechadas el 26 de julio de 1983, afirman que, a pesar de las profundas investigaciones realizadas, la joven, que no estaba detenida en ningún lugar del país, no había podido ser localizada. Gracias a la embajada de la República Federal de Alemania, que reconoció la nacionalidad alemana de Inés, se puso en marcha una campaña internacional. El 25 de mayo, su padre volvió a escribir al ministro: acababa de enterarse, por un miembro de la embajada de los Estados Unidos, de que con certeza era el ejército quien tenía prisionera a la joven.

El presidente de la República reunió entonces al consejo de seguridad y le exigió explicaciones al general Álvarez Martínez, el cual declaró:

–Esa subversiva será puesta a disposición de los tribunales en los próximos días.

Un año más tarde, el 4 de julio de 1984, Inés Consuelo dejaría Honduras para trasladarse a Alemania.

Si ella reconoce haber sido una de las más afortunadas es porque conoce la historia, Inés Consuelo recuerda que en Argentina los colegas torturadores del general Álvarez Martínez tenían todavía más carta blanca que en Honduras, y que, entre tantos otros casos, el pasaporte francés de Marie-Anne Erize, modelo de moda que pasó de la portada de las revistas de papel satinado a la lucha clandestina revolucionaria, no había impedido que desapareciera, también ella con veinticuatro años, en el centro de torturas de La Marquesita.

Y sin una doble nacionalidad, lo que había era una bala en la nuca y una fosa común.

A veces se hace justicia. El general Álvarez Martínez fue ejecutado el 25 de enero de 1989 por miembros del Movimiento Popular de Liberación Cinchonero.

En 1985, Roberto Sosa había publicado este poema, en su libro *Secreto militar*:

*Antes
del General
Gustavo Adolfo Álvarez Martínez, sicario
de rostro cuadrado, gafas negras y ética de buitres,
todavía podían moverse
las hojas de los pinos de Honduras.*

LA GUERRA DEL FÚTBOL

Hacia las cinco de la tarde cambié la cama por el escritorio en la habitación del Hotel Istmania, con la misma resolución con que habría cambiado el vestuario por el banquillo, y me senté delante del pequeño altar portátil de libros, fotocopias de viejos periódicos, bolígrafos y cuadernos con índices alfabéticos, todo él rigurosamente ordenado formando ángulos rectos.

Por la ventana condenada, se veía abajo un parking polvoriento, rodeado por los muros de los inmuebles y erizado de alambradas, en el que los campesinos, que habían venido para vender sus productos en el mercado de Los Dolores, ponían en marcha sus pick-up Toyota para regresar aliviados a sus terrenos, lejos de locos y yonquis, justo en el momento en que yo reemprendía el estudio de una obra de literatura comparada comprada en esa misma capital, algunas semanas antes, en la librería Guaymuras de la avenida Cervantes.

En sus páginas, ese libro relaciona las obras del salvadoreño Roque Dalton y del hondureño Eduardo Bähr (el primero ya no está localizable, enviado al paraíso de los revolucionarios, y con el segundo tengo una cita dentro de un rato en el café Paradiso).

Desde hace varias semanas, reconstruyo poco a poco con un bolígrafo en un cuaderno de notas la cronología de los despachos de agencia que precedieron, hace treinta años, a la declaración de la Guerra del Fútbol, querellas que parecen de patio escolar y a las que no obstante hay que reconocer que lograron traer, porque una cosa lleva a otra, el rugido sordo de los carros y los aviones de combate:

TEGUCIGALPA, 25 de mayo de 1969 (*Associated Press*): El ministro de Relaciones Exteriores de Honduras acusa a la pasta de dientes Colgate producida por El Salvador de favorecer la aparición de caries dentales en los niños salvadoreños.

SAN SALVADOR, 26 de mayo de 1969 (*United Press*): El subsecretario de Estado de Integración Económica de El Salvador declara que la brillantina Glostora, de fabricación hondureña, favorece la aparición de caspa. MANAGUA, 27 de mayo de 1969 (*Agence France Presse*): El embajador de Honduras en Nicaragua acusa a El Salvador de ser una dictadura y de producir whisky de contrabando. Su homólogo salvadoreño acusa a

Honduras de ser una dictadura y de inundar el mercado centroamericano con camisas belgas con etiqueta hondureña para evitar pagar impuestos.

NB: En Honduras era entonces presidente el general Oswaldo López Arellano, antiguo alumno de diversas academias militares norteamericanas. En El Salvador, el presidente era el general Fidel Sánchez Hernández, antiguo alumno de diversas academias militares norteamericanas.

SAN SALVADOR, 30 de mayo de 1969 (*La Prensa Gráfica*): La Confederación Centroamericana de Fútbol fija las fechas de los dos partidos que enfrentarán a las selecciones nacionales de El Salvador y de Honduras. El vencedor participará el año próximo en la fase final del Mundial de México.

TEGUCIGALPA, primeros de junio de 1969 (*El Día*): El ministro de Agricultura de Honduras declara: «Los salvadoreños en situación irregular deben abandonar el país. ¡Que El Salvador asuma su demografía!»

TEGUCIGALPA, misma semana: Honduras bate a El Salvador con un resultado de dos goles a uno. La noche previa al partido, militares hondureños y centenares de automovilistas asediaron el hotel donde estaban alojados los jugadores salvadoreños, para impedirles dormir.

WASHINGTON, 8 de junio de 1969 (*Associated Press*): El general Theodore C. Handkerchief declara delante de la comisión del Congreso: «El eslabón débil de nuestro aparato de seguridad en América Central es el ejército hondureño. Los militares hondureños no entienden que vivimos en la segunda mitad del siglo XX.»

NB: Habrá que esperar todavía una quincena de años para que los militares hondureños, con la ayuda de los torturadores de Buenos Aires y de la secta Moon, lleguen por fin al mundo moderno.

SAN SALVADOR, 15 de junio de 1969 (*Agence France Presse*): Grupúsculos paramilitares hondureños de extrema derecha, la Mancha Brava, expulsan a campesinos salvadoreños de sus tierras. Primer éxodo de varios centenares de familias.

SAN SALVADOR, 23 de junio de 1969 (*United Press*): En el partido de vuelta, la selección salvadoreña bate a Honduras por el resultado inverso de dos goles a uno. Los jugadores salvadoreños fueron acompañados hasta el centro del terreno de juego por soldados armados. La noche precedente, centenares de salvadoreños, conducidos por el general José Alberto Medrano, jefe de los servicios de información y de la Guardia Nacional, provocaron desórdenes delante del hotel en el que estaban alojados los jugadores hondureños, con el fin de impedirles dormir. Los altercados degeneraron. Un cóctel molotov le pegó fuego a la oficina central de Correos y la policía intervino: dos muertos sin identificar, siete estudiantes detenidos.

SAN SALVADOR, 25 de junio de 1969 (*Associated Press*): El Salvador rompe relaciones

diplomáticas con Honduras.

SAN SALVADOR, 30 de junio de 1969 (*Agence France Presse*): El éxodo de salvadoreños se intensifica. Según fuentes oficiales, setenta y cinco mil personas habrían atravesado hasta hoy la frontera.

SAN SALVADOR, 1 de julio de 1969 (*Opinión Estudiantil*): El dirigente sindical Alberto López ha sido secuestrado por un grupo de hombres armados con metralletas a bordo de un auto sin placas. Acusado por sus secuestradores de ser un espía hondureño, fue herido de bala en su tentativa de fuga.

NB: Después de algunos días de escaramuzas fronterizas, breve tregua militar que los dos gobiernos aprovecharon para reprimir a sus propios estudiantes y sindicalistas, los dos ejércitos comenzaron a enfrentarse sobre el terreno el 14 de julio de 1969.

Nota del autor: Dedico hoy esta colección de despachos de agencia a un hombre cuyo nombre así como su nacionalidad –hondureña o salvadoreña– ignoro, que apareció en la CNN en octubre de 2001 y que habría pasado todos esos años, desde el estallido de la Guerra del Fútbol, solo en la jungla de Guatemala.

En cuanto a mí, había decidido pasar solo aquella tarde en una habitación del Gran Hotel Costa Rica, en el barrio Amón de San José. Anotaba entonces las memorias de Félix Rodríguez, joven cubano formado en la contraguerrilla por la CIA justamente en la jungla de Guatemala, al inicio de los años sesenta, y luego en la República Dominicana (y que había capturado a continuación al Che Guevara en Bolivia y combatido en Vietnam, antes de formar a los contras antisandinistas en Honduras)–, memorias bastante imprecisas por otra parte, que hay que coger con pinzas debido a sus numerosas ambigüedades en las fechas.

Había dejado la CNN como sonido de fondo en la habitación porque al día siguiente tenía que tomar un avión a Texas y los atentados contra las Torres Gemelas, las amenazas islamistas y las cartas llenas de ántrax perturbaban notablemente el tráfico aéreo. Y vi aparecer en la pantalla a aquel anciano en camisa de manga corta a cuadros y con los cabellos grises, sentado a una mesa rústica debajo de un toldo y empinando el codo, quizá por primera vez desde el 14 de julio de 1969, por cuenta de los periodistas presentes, a los que explicaba cómo el fútbol había destrozado su vida.

Pretendía haber huido al inicio de los combates y haberse refugiado en la

jungla para escapar de aquella guerra que, para los demás, había durado cien horas y para él, algo más de treinta años, durante los cuales figuró en la lista de los desaparecidos.

También esa información me parecía que había que cogerla con pinzas, y sospeché que el anciano de cabellos grises se había inspirado en el personaje de Víctor, al que perfectamente había podido encontrar, como yo, una tarde en La Libertad.

CAMINO AL PARADISO

En los alrededores más inmediatos del Hotel Istmania, los barecitos de la calle Los Dolores son todos idénticos, una única sala con forma de pasillo y un poco oscura, con el mostrador al fondo, la caja, y nueve o diez mesas de formica apartadas a los lados. Solo se distinguen por la elección de la decoración, que se limita a dos opciones, la de Coca-Cola o la de Pepsi-Cola, torpes y grandes frescos, pintados a mano alzada sobre las paredes, con ese respeto litúrgico por los colores que recuerda a las bulas del papa Inocencio III, que reservaban el azul para los ángeles y para el manto de la Virgen.

Cerca de la taza de café, unos granos de azúcar constituyen para las hormigas una zafra inesperada. Uno puede considerar la memoria como una calamidad y envidiar a los amnésicos. Como he dormido demasiado por la tarde, después de haber revisado mis viejos periódicos, he terminado por extraviarme entre fechas y lugares, y no me habría sorprendido despertarme en el cuerpo de un niño o a mitad del siglo XIX.

Llevo conmigo, desde el inicio de esta empresa, dos categorías de viejos periódicos: los muy antiguos, comprados por internet, cuyas fotocopias manipulo cada día, y los menos antiguos, que he clasificado en otra carpeta, aquellos que se publicaron entre 1957 y ayer, y que me recuerdan todo lo que ha podido suceder mientras yo miraba para otro lado. Porque finalmente esta segunda mitad del siglo XX no es en absoluto el periodo que me resulta más familiar. Con la salvedad, no obstante, de que es en este periodo en el que yo vivo.

Abrir uno de esos periódicos, como descorchar una botella de vino de reserva, me lleva siempre a preguntarme en qué lugar me encontraba yo en la época de su vendimia o de su publicación.

El diario *Prensa Libre* de Ciudad Guatemala, cuyos archivos acabo de utilizar, publicaba los siguientes titulares en su portada del 14 de julio de 1969:

PARTEN MÁS SOLDADOS DE ESTADOS UNIDOS

Plan de evacuación ordenado por Nixon están completando...

NUEVA ESCARAMUZA

Patrullas militares de Honduras y El Salvador cambiaron disparos.

GOBIERNO DE HONDURAS REPORTÓ BAJAS CIVILES

Se desconocen más detalles.

La conjunción de este paisaje que me rodea aquí en Tegucigalpa –la montaña– y de esa fecha simbólica –el 14 de julio de 1969– resucitó durante mi sueño al espectro larguirucho de un niño de doce años que muy ocasionalmente era pescador de truchas.

Este método, que permite reactivar mucho tiempo después a un agente dormido, gracias al encuentro de dos informaciones aparentemente sin ninguna relación y que solo él conoce (por ejemplo, dos convenientes y pequeños anuncios, la venta de tal coche de ocasión el mismo día de la puesta en alquiler de tal casa cómoda), provocó un minúsculo cortocircuito y resucitó a ese chaval flacucho, de pie junto a un torrente el 14 de julio de 1969, que recoge su aparejo de pesca y regresa a una gran casa sombría, casi vacía, en la que vibran en pleno verano las moscas, como una reserva inagotable de cebos, y los tábanos que son atraídos por los caballos, pero cuyo tejado, dotado de ganchos para la nieve, todavía está libre de antenas de televisión.

Dos años antes, en 1967, recuerdo que yo habitaba el cuerpo de un niño de diez años, y que vi en la televisión imágenes de Bolivia y de un cadáver sobre un lavadero, el de un héroe muerto.

Un año más tarde, llegó en Francia el Mayo del 68, y mi padre, que se había unido cuando tenía diecinueve a la Resistencia, desfiló, siguiendo la llamada de Malraux para defender al gaullismo amenazado. Y yo estúpidamente me enojé con él. (Y hoy me gustaría, como hizo el almirante Cristóbal Colón, que descubrió la isla Domingo y la bautizó con el nombre de su padre, descubrir un archipiélago entero y darle su nombre.)

Un año más tarde, el 14 de julio de 1969, los franceses que estaban de vacaciones escuchaban alrededor de pequeños transistores la gran noticia del día, no LA GUERRA DEL FÚTBOL que había estallado en América Central, guerra de harapientos en la que el mundo de los bien alimentados no tenía nada que hacer y que la radio francesa olvida incluso antes de mencionarla, y tampoco, varios miles de kilómetros más al sur, en Bolivia, EL ASESINATO ese mismo día del campesino Honorato Rojas por un comando del ELN en su granja de cinco hectáreas, modesta recompensa obtenida del general Barrientos por haber

denunciado, dos años antes, a la guerrilla del Che, del cual sería hoy, 14 de julio de 1969, según Paco Ignacio Taibo II, su cuarenta y un CUMPLEAÑOS, y menos aún, algunos miles de kilómetros al este, la guerra que libra ISRAEL y el número de aviones Mig egipcios abatidos, ni siquiera los incendios que las tropas del Norte provocaban en SAIGÓN, y tampoco la etapa ciclista del TOUR DE FRANCIA que se acercaba a París, ni el DESFILE MILITAR por los Campos Elíseos, ni la preparación de pequeños bailes populares bajo las banderas tricolor en todos los pueblos franceses, con sus vestidos ligeros y su música de acordeón, sino los preparativos del lanzamiento del Apolo 11, y los primeros pasos del hombre sobre LA LUNA, la voz lejana en inglés y los comentarios cercanos de su traducción, con nuestros ojos clavados en el transistor en lugar de en la Luna, que estaba allí fuera, para comprobar si los prometidos saltos de aquellos muñecos Michelin harían temblar al astro lunar...

Y el pequeño pescador, cuyos músculos y tendones, memoria e ilusiones todavía poseo, asombrado de estar aquí y ya tan viejo a sus ojos, observa hoy a los silenciosos clientes del café Coca-Cola de la calle Los Dolores, todos ellos irremplazables, ceñido cada cual por la aureola de un mundo único y genial de soledad, y a los que le gustaría apretar en sus brazos, si no fuera porque teme ver surgir alguna navaja, bajo el efecto de la sorpresa, y tener que enfrentarse en breve al sistema psiquiátrico hondureño.

En el escalón de cemento que separa el café de la acera, dos niños de la calle, apoyado el uno en el otro en su nido de harapos, no espantan las moscas que se posan sobre sus cráneos rapados. Un televisor encajado en el ángulo superior de una pared difunde imágenes de un partido de fútbol, gracias al cual Fred Astaire ha desplumado ya a otros pichones. De la cocina emergen, serpenteando, el patrón y sus familiares olores a fritura. Víctor pensaría sin duda que el café Coca-Cola de la calle Los Dolores es un lugar tan bueno como la Cantina de los Pescadores de Puerto Libertad para escribir una carta de amor a una mujer desaparecida, una de esas cartas que yo vi aquella noche, durante el pasado mes de julio, arrugadas por haber tenido que enjugar tanto alcohol o tantas lágrimas, ilegibles, esparcidas por la mesa del café, algunas de ellas caídas en el suelo de baldosas.

TE ESCRIBO ESTA TARDE

como cada atardecer, amor mío, desde Puerto Libertad, miserable pueblo de pescadores analfabetos que viven lejos de todo, reunidos en este punto desolado de la costa del Pacífico gracias al milagro de un vetusto muelle y de una grúa con motor diésel que cada mañana hace bajar hasta el agua las embarcaciones para izarlas de nuevo a primera hora de la tarde, La Libertad, mi amor, donde desde hace dos años espero que tu silueta difuminada en el contraluz, bañada por el sol, emerja del rectángulo inflamado de la puerta de la Cantina de los Pescadores. Radiante, perdida, me buscarás con la mirada entre las penumbras y el humo, me verás al fin, y vendrás a sentarte a esta mesa, ahí, delante de mí, sin decir nada, sonriendo tristemente en medio de este olor a peces muertos. Y nos quedaremos así, mudos, inmóviles, como dos orgullosas antorchas a ambas orillas de un río, consumiéndonos de amor. No me atreveré a acercar mi mano, ni a pasar la punta de mis dedos por tu mejilla. ¿Dónde estás hoy, sin saber en qué región del mundo te espero? ¿Me buscas, has contratado un detective? La probabilidad no es cero y un atardecer, una noche, de preferencia a esta hora, cuando el gran sol desciende más abajo del alero y se recorta en el rectángulo de la puerta abierta, llenando la sala de cobre líquido y haciendo brillar los limones cortados sobre los platos de loza blanca alineados en el mostrador, tú vendrás a sentarte sin decir nada, como una santa misericordiosa, en esta cantina de pescadores pobres. Cada tarde, subo hasta el muelle, camino con los pies desnudos sobre las tablas calientes, paso junto a las barcas en las que hay restos de pescados que se disputan los gatos, restos de corvina o de calamares secos pegados a la madera y a la pintura, últimas escamas resplandecientes bajo el último sol rojo, delante del embarcadero donde a veces vienen a atracar los barcos de cabotaje de Acajutla. De pie, delante de la grúa cuyo amarillo motor Caterpillar está protegido por una cadena herrumbrosa cerrada con candado, busco frases para escribirte, amor mío. Luego regreso a la Cantina de los Pescadores y ocupo mi lugar, escribo esta carta que más tarde voy a dejar caer al suelo o a guardar en mi maletín. Busco algo que contarte, un detalle que te haga sonreír, y hoy quiero decirte esto, amor mío: amo la costumbre salvadoreña de buscar un

significado a los diferentes cantos de los pájaros, y ponerles nombre. Los salvadoreños de La Libertad intentan distinguir una frase en español en las melodías de los pájaros y con ellas los nombran. Y si no siento ninguna simpatía por el cristofué (*Pitangus sulphuratus*) y su insistente plegaria, sí me gusta escuchar al dichosofuí (*Saltator coerulescens*), ese pájaro que repite a lo largo de la jornada que fue feliz. Y que ya no lo es. Me hace sentirme menos solo.

AUTOMÓVILES

En Trujillo, de pie ante la tumba a ras de suelo de William Walker, Víctor mira por última vez el Caribe liso y verde hasta las islas de la Bahía, hasta Roatán, de donde vino el invasor. La anciana india de la cantina le llama para devolverle el cambio. Los adolescentes se alejan a bordo del Buick destartalado, y el viento barre las matas de carrizo sobre las dunas.

Víctor abre la puerta del Mazda 626 y despliega sobre el volante un mapa de carreteras de América Central. Decide regresar sobre sus pasos, hasta San Pedro Sula, luego seguir de allí a Copán, para atravesar la frontera en Ocotepeque. A continuación bajará directo hacia el sur, hacia San Salvador, lo dejará a su derecha y llegará al Pacífico, en Puerto Libertad. Tendrá que dormir en el camino, con el seguro echado en las puertas, tumbado en el asiento trasero, con el revólver calibre 38 debajo del impermeable enrollado y el maletín de poliéster negro a su espalda.

Pasar muchas horas al volante puede producir, entre los mejores de los nuestros, el mismo efecto que el trabajo agrícola, o que la carpintería: una frecuentación mística de la paciencia y del aburrimiento, una agudeza irónica ante el espectáculo del mundo. Y el trato con esos grandes taciturnos, cuando por milagro o por minuciosa obstinación se consigue obtener de ellos algunas palabras, gruñidas a regañadientes, genera una agenda garabateada de anotaciones dispersas e inconexas, que es el registro de la historia.

En Cuba, en el otoño de 1993, en el peor momento del Periodo Especial en Tiempos de Paz, cuando todo iba progresivamente desapareciendo, el Líder máximo hizo publicar una lista de las plantas salvajes comestibles.

Con el propósito no de relanzar la economía, sino de aparentar cierta actividad, cientos de profesiones acababan de ser legalizadas, entre ellas la de chófer privado. Paco el Santero puso de inmediato fin a una espinosa carrera de abogado para sacar de un precario garaje un Peugeot 403 rojo, fabricado en Argentina a principios de los años sesenta. Después de haber participado en la puesta a punto del chirriante vehículo, más cercano a la chatarra que a la cadena de montaje, de haber pagado la revisión mecánica o el bricolaje de

algunas piezas imposibles de encontrar y no obstante escamoteadas de varios stocks soviéticos o búlgaros y hábilmente adaptadas a la tecnología sochaliana,² conseguí ser el único cliente del cacharro, y el ocasional confidente de su taciturno conductor.

Paco tenía unos sesenta años y había visto de todo. Él, que durante treinta años había recorrido los calabozos y las cárceles cubanas, solía encogerse de hombros debajo de su camisa de tergal blanco, arremangada sobre los bíceps. Del retrovisor colgaban amuletos de santería, y un barquito de plástico para Yemayá. Por el suelo rodaban cocos sagrados y merengues. A veces, en el portaequipajes, al lado de su cazuela de santo, yacía atado un gallo que esa noche sería Changó.

El último callejero de La Habana data de 1979, y Paco tampoco tenía una idea muy clara de la topografía de las nuevas zonas periféricas de la capital. Aquellos cuyas huellas yo buscaba entonces presentaban la particularidad de haber cambiado con frecuencia de nombre o de razón social. Nuestro 403 circulaba tarde en la noche por las avenidas, paseaba el débil pincel de sus faros miopes en busca de hipotéticas direcciones en los barrios de Marianao o de Santa Fe, de Guanabacoa o de Lawton. O bien las mil columnas desplegaban delante de nosotros sus sombras como un gran abanico en las calles sin iluminación de la Habana Vieja. Paco interrogaba a ancianos que dormitaban en sus mecedoras, en terrazas de madera invadidas por los gatos. Unos tipos jóvenes en camiseta de tirantes soldaban de nuevo el eje posterior de un Lada, colocado sobre dos troncos de palmera. Apagaron en honor nuestro el soplete y sirvieron en una taza una línea de ron. Yo ofrecí una ronda de cigarrillos rubios venezolanos, y me las di de novelista para que aflorasen así los relatos, con la esperanza de que por una vez todo eso no caiga en oídos sordos, la esperanza raramente enunciada de que, a través de otros, de todo lo que es una vida quede algún detalle, una polaroid.

En el camino de regreso, mi santero completó la información obtenida o la corrigió en algunos puntos, apoyado en su conocimiento de la magistratura cubana, y me ofreció el contraste entre los organigramas oficiales del poder y el subterráneo organigrama de la santería. Los vehículos privados en movimiento eran entonces el único lugar en el que era posible contar lo que fuera y Paco disertaba con despreocupación, divertido, revelando secretos de sumario como si estuviera hablando del tiempo, pero sobre todo aprovechaba

nuestros desplazamientos para gestionar con realismo los pequeños asuntos de su vida material. Uno o dos dólares cambiaban subrepticamente de mano. Y él regresaba al coche con un racimo de plátanos al hombro, o con un pedazo de cerdo metido en un saco, a cambio de un mensaje propiciatorio para los dioses orishas. Una noche volvió con una amplia sonrisa en la cara, y con un par de limpiaparabrisas en la mano, como si fueran el ramillete de una cita galante.

Estar sentado durante horas, a veces días, en el coche de un desconocido, encontrar su mirada en el retrovisor, lleva siempre a preguntarse (por ínfimos detalles, la posición de sus manos sobre el volante, la manera de utilizar la palanca del cambio de marchas, las pocas palabras cruzadas con motivo de un partido de fútbol) si mañana ese tipo, bruscamente confrontado a una situación caótica, se podría convertir en un torturador o en un santo.

A veces hace falta tan poco. Obtener la respuesta es un raro privilegio.

Saber si ese tipo sentado ahí escogería el campo de los verdugos y cantaría de plano, o si afrontaría la salva de disparos sin haber dicho nada, esa me parece que es la única interrogación posible.

El año pasado, desde Buenos Aires –yo estaba atravesando entonces (gracias a alguna misión de propaganda de los mejores encendedores del mundo) lo que se suele llamar un periodo de bonanza–, reservé un coche con chófer en Santiago de Chile.

Sentado en el asiento de atrás del Dodge, que recorría toda la Alameda desde el aeropuerto hasta los barrios nuevos de Los Condes, volví a encontrarme, al intercambiar dos o tres palabras con Carlos –traje impecable y cabellos blancos, hierático, cuyos ojos azules me miraban fijamente de vez en cuando desde el retrovisor– con la inmensa amnesia chilena cuando tomamos la avenida del 11 de Septiembre en el mismo momento en que él presumía de la limpieza de las aceras, o de otra sandez por el estilo, y del éxito económico o de la paz social y demás frutos dorados caídos del cuerno de la abundancia del genio político de Pinochet, como si pretendiera incluso enseñarme el nombre del general.

En una reacción demasiado virulenta, y que en parte era debida al estado de frustración en el que me había sumido la arrogancia estúpida y puntillosa de la policía de fronteras, una cólera que muy torpemente dirigí contra Carlos, le respondí que por mi parte no vería ningún inconveniente en que fusilaran a su viejo e inepto general.

Llegados al hotel, le pedí a Carlos que cambiara al día siguiente el Dodge por un coche japonés más discreto.

Sentado en la parte delantera de un Honda o un Nissan, en todo caso un coche blanco, junto a un Carlos tan estirado como de costumbre, pero ahora mudo y ofendido, a punto quizá de partirme la cara, molesto además por tener que conducir un vehículo de tan escasa cilindrada, dejé pasar a mi lado durante días la campiña chilena bajo la lluvia, con esa euforia que procura la certidumbre de que nadie en el mundo sabe dónde estás, ni en qué país.

Viajábamos sin un objetivo preciso y sin nadie con quien encontrarse. Yo hojeaba cada noche un libro que había comprado en el mercadillo de la calle Tristán Narvaja de Montevideo, algunas semanas antes. Escuchaba el ruido del viento y de las poleas bloqueadas en los funiculares de Valparaíso, cubiertos de chapa ondulada de color té o bronce. Por la mañana, paseaba junto a los cascos de los barcos de pesca en el dique de carenado, y junto al Pacífico verde claro y blanco, espumoso como un champán, que el invierno austral levantaba por encima de los muelles. Habíamos llegado a una Viña del Mar desierta, con calles llenas de arena húmeda por las que yo caminaba a solas, mientras que Carlos, mudo y soberbiamente ajeno, me esperaba leyendo un periódico abierto sobre el volante.

En Concón le invité finalmente a cenar en una marisquería con ventanales panorámicos batidos por la lluvia, por encima de las focas neurasténicas del acantilado. Y poco a poco abordamos con medias palabras, cada uno a su manera, con la ayuda del vino, en medio del desamparo de una estación balnearia fuera de temporada, nuestras respectivas vidas, sus quiebras, sus monstruosas carencias. Él quería saber qué podía hacer un francés por allí en pleno invierno, en el lugar más alejado de su hogar si exceptuamos Bora Bora y las Fiyi –donde el baño podría al menos justificar el desplazamiento– y *motu proprio* me regaló sus recuerdos de 1973, levantó para mí la losa de cemento que cubría las torturas y las ejecuciones, el miedo a las denuncias calumniosas de algún vecino envidioso, el testimonio perdido para siempre de todos aquellos que habían sido arrojados al mar desde helicópteros en pleno vuelo.

Carlos no había sido un héroe, solo un buen tipo sobre el que esa noche me convencí de que nunca sería susceptible de caer en alguna clase de extremismo, un tipo con el que se podía contar. Regresamos a nuestras

habitaciones muy tarde y borrachos. Yo abrí la ventana y observé, abajo, sobre la cornisa, nuestro Nissan u Honda, echando de menos finalmente el Dodge.

En San Salvador, el pasado lunes, almorcé en la cantina Amistad, en la avenida Norte, en compañía de un conductor de la compañía Dos Pinos, con un mapa de carreteras abierto entre los dos para preparar el itinerario a través de Chalatenango. Una vez que, al día siguiente, llegamos a un pueblo pintarrajeado por la campaña de las elecciones municipales, en cuyas calles y aceras se enfrentaban el azulblanco-rojo del partido Arena y el rojo y negro del Frente Farabundo Martí (y, solitario en el centro del pueblo, el punto verde pálido y *el ojo redondo bajo el polen averiado del párpado*³ de un joven loro, que un niño llevaba sobre su puño), el conductor quiso mostrarme el lugar adonde había ido, unos años antes, cuando la zona estaba en manos de la guerrilla y aislada del mundo desde hacía años, tras obtener un salvoconducto para acompañar al doctor francés encargado de operar de urgencia a un muchacho de diez años. Tenía una fractura de la caja craneana. Y como él era el único presente, tuvo que asistirlo y sujetarle la cabeza, allí donde ahora no había nada que ver, una cabaña y la hierba quemada que nadie había segado. Pero aquel hombre, allí de pie, cubierto de sudor, repetía aquellos gestos en el lugar en que algo había cambiado en su vida ante el cerebro desnudo de un niño, ante el dolor, las moscas y la ausencia de anestésicos.

Me preguntó si yo tenía hijos y le contesté. Luego fuimos a sentarnos al café del pueblo, donde poco a poco le fui interrogando sobre su vida, sobre las mujeres y sobre la mecánica, y me habló del miedo constante a las averías y a los clientes violentos, del sordo orgullo de sobrevivir una vez más hasta el día siguiente... Sin embargo, sucede que estos hombres, que son terribles maestros de la investigación y muchos de los cuales, por supuesto, completan sus ingresos con trabajos sucios como informantes o delatores —actividades a las que la simple obtención o renovación de una licencia de taxista les empuja la mayor parte del tiempo—, lo que más desearían es conseguir que les cuenten tu vida y si es posible incluso algo más, la vida de la gente que conozcas en el lugar, pero sin que ellos a cambio tengan el detalle de darte nunca la menor información sobre su propia existencia.

En la carretera entre Puerto Limón y Cahuita, en Costa Rica, intenté vanamente hace algunos meses entablar conversación con un chófer nervioso y malhumorado, un bigotudo hosco que no parecía tener muchas luces y que

mascaba malos cigarros. Cabe esperar entre los taxistas un porcentaje relativamente fijo de tipos que son basura y de potenciales héroes. A mí no me habría gustado ser interrogado por ese tipo en el sótano de un cuartel.

Circulamos a lo largo de la antigua vía férrea del tren Atlántico, bordeada por las ininterrumpidas extensiones verde celadón y amarillo pálido de los bananos, cuyos racimos maduraban envuelto cada uno en una bolsa de basura azul empapada de insecticida, como si fueran preservativos gigantes sobre enormes y blandas pijas alzadas frente al océano, que arrojaba altas olas marrones contra la playa de arena negra hasta el pueblo de Bribri, junto al río Sixaola, que es la frontera con Panamá:

–No tengo pasaporte –dijo el chófer apretando el freno de mano a la entrada del puente.

Cuando se disponía a dar media vuelta, le señalé que yo no tenía cambio y que iba a tener que acompañarme hasta el bar. Nos sentamos en el restaurante del puesto fronterizo, delante de un ceviche de plátano y unas botellas de cerveza, y miramos a los panameños que cruzaban el puente cargados con frutas costarricenses y a los costarricenses que cargaban electrodomésticos panameños libres de impuestos. Ese puente es un antiguo viaducto ferroviario, al que le faltan numerosas traviesas, y los conductores de camiones deben bajarse para recuperar las que dejan atrás y colocarlas delante de sus vehículos, lo que hace que la progresión sea monótona o, por el contrario, palpitante. Y me bastaron dos o tres Imperial para imaginarme a Yves Montand y Charles Vanel, con sus camisetas de tirantes, atravesando el puente de Sixaola en *El salario del miedo*.

Esa cantina era la clase de sitio que le habría gustado a Víctor. Y a cualquiera, por otra parte, le agradaría pasar algunas semanas de su vida en un puesto fronterizo infranqueable, y redactar algunas cuartillas que antes de partir vería consumirse sobre un cenicero en brasas crepitantes y cenizas ligeras, un breve resplandor sobre la nada, el envío de sus propias bengalas de socorro en medio del mar para no quedarse sin los fuegos artificiales del 14 de Julio.

Sentado ahí, en esa cantina de Sixaola, le confié a mi potencial torturador que, entre las pocas acciones que no lamentaría haber realizado al menos una vez en la vida, estaban las de sobrevolar el Sáhara en un avión de hélice con la portezuela abierta, la de atravesar el Atlántico en velero, la de escribir la vida de William Walker y algunas más, pero no tantas, a fin de cuentas, y de

inmediato nos pusimos a elaborar la lista riendo cada vez más fuerte. Su mayor sueño parecía ser el de lanzarse a fornicaciones cada vez más complejas a bordo de un transbordador espacial.

–¡Pura vida! –concluyó, extasiado.

LOS CABALLEROS DEL CÍRCULO DE ORO

Fue en La Habana donde me vino la idea de escribir la vida y la muerte de William Walker, hace algunos años, en la época del 403 rojo de Paco el Santero y de la lectura de archivos que mencionaban las actividades ocultas de la secta de los caballeros del Círculo de Oro, cuyo poseedor era curiosamente un viejísimo agente vasco de la Komintern, al que una existencia rocambolesca y cierto don para las lenguas habían llevado a terminar su carrera en el equipo de consejeros científicos del Che Guevara en la época del Ministerio de Industria.

La organización fraternal y secreta de los caballeros del Círculo de Oro, con sus subterráneos y codificados ritos de iniciación, sus llaves y sus trajes de ceremonia y toda la parafernalia habitual en este tipo de chiquilladas, parecía haber alcanzado el apogeo de su poderío económico entre los años 1850 y 1860.

El Círculo de Oro en sí mismo representaba una figura geográfica cuyo centro, donde debería fijarse la punta del compás, era el puerto de La Habana. Su radio de más de dos mil kilómetros barría al norte los Estados de Maryland y Kentucky, todos los Estados Confederados del Sur, Texas, México y América Central, Colombia, Venezuela, el norte de Brasil y todas las Antillas. Su circunferencia delimitaba así una región fértil en riquezas todavía desconocidas, sobre la cual debía extenderse el inmenso imperio esclavista de los caballeros, cuyo poder y gloria rivalizarían en la historia con los de un faraón.

Los caballeros del Círculo de Oro llegaron a contarse por varios miles o decenas de miles en los Estados del Sur, antes de la Guerra de Secesión. Pero la organización era tan cerrada, con los adeptos repartidos en logias independientes que no se conocían entre sí, llamadas castillos, organizados jerárquicamente, según su hipotético futuro papel, en tropas del interior, tropas del exterior, supletorios y legión, que se suponía que solamente el pseudogeneral Bickley, nativo de Virginia, médico y periodista como William Walker y gran maestro de la secta, conocía su amplitud y, sobre todo, su montaje financiero.

Ese Bickley, por supuesto gran proselitista del Destino Manifiesto, iluminado o estafador genial, seguramente un poco ambas cosas a la vez, alimentaba la ambición personal de convertirse en emperador de México.

Igual que había hecho William Walker con Sonora algunos años antes, comenzó por vender sobre el mapa extensiones considerables de territorio mexicano, pero sin que al parecer se pusiera en marcha expedición militar alguna, cosa que sus compradores acabarían por reprocharle, a la larga. Y quizá esa necesidad de probar a sus inversores y caballeros que el Destino estaba ya en marcha fue la que lo llevó a financiar lo que habría de convertirse en la última derrota del general Walker, el heraldo de los caballeros del Círculo de Oro.

En julio de 1860, la goleta *J. E. Taylor* abandonó el puerto de Mobile y puso rumbo al sur, hacia Belice y las islas de la Bahía, en Honduras, hacia el paraíso de los aventureros.

CAMINO AL PARADISO (II)

Los puestos de lotería están alineados sobre el atrio de la iglesia de Santa María de Los Dolores, como una alternativa profana a la gracia divina, siempre aplazada para más tarde. Miles de pequeñas alas de billetes de lotería, grises y naranjas, susurran con el viento en los puestos, jóvenes ángeles cautivos, sujetos con un hilo por la pata, como las aves.

Roberto Sosa me había asegurado que en los años cuarenta todavía se dibujaban sobre los muros de Tegucigalpa los grandes vuelos de los loros salvajes, caleidoscopios de alas de colores cambiantes y fuegos de artificio mezclados con picos amarillos gruesos como podaderas, el plumaje rojo cereza salpicado de dorado de espiga del *papagaio verdadeiro do Brazil* (*Amazona aestiva*), las bengalas verde oscuro de los pequeños pericos coricas (*Eucinetus barrabandi*), de cabeza azul como la flor del romero, pero a los que los indios adoradores del dios cacao sabían maquillar como auténticos loros (mojándolos con la sangre de la *Rana tinctoria*).

Y por la noche, en las largas procesiones silenciosas detrás de Cristos de plata clavados en la cruz, las indias todavía trenzan sus largos cabellos, negros como el hollín, con gusanos relucientes que se retuercen alrededor del hilo de agave que les atraviesa el abdomen.

La pasada noche, cuando regresé de La Rana que es más gorda que el buey, después de haberle dado al chófer la muy vaga referencia de la iglesia de Los Dolores y de que este me hubiera dejado en el atrio, porque el callejón lateral no era a todas luces lo suficientemente ancho para llegar en taxi hasta el Hotel Istmania, vi que los puestos de lotería estaban desmontados. Y los vendedores de billetes que nunca tocan dormían en el suelo, acurrucados sobre cartones extendidos, que recubrían con velas plásticas arriadas.

Los esqueletos metálicos de los puestos se recortaban contra el cielo ceniciento como patíbulos de Torquemada, —quizá con el único objetivo de recordar a los escasos noctámbulos que la suerte suele variar—. Atravesé con paso inseguro el umbral de la iglesia, en la que los cirios flameaban en la penumbra. Sus llamas votivas lanzaban resplandores que ondeaban al

separarse de la mecha, subían en espiral hacia la cúpula y morían a mayor gloria del dios ausente.

Esa tarde del viernes 28 de febrero de 1997 hay gordas indias sentadas a pleno sol, y sin embargo cubiertas con varias capas de jerséis sobre sus vestidos de nailon estampados, que vigilan más que venden artículos de cestería o de mercería. He torcido hacia la calle Barahona López, por debajo de la calle de Los Dolores, en dirección al bar Paradiso, todavía a una distancia de un kilómetro. Aquí, sobre las anchas aceras, los mostradores son de electrodomésticos y relojería, de vestidos de ocasión colgados de perchas o apilados en fardos, de utensilios de cocina, joyas que están en la última frontera del plástico dorado, estatuillas luminosas del Cristo Negro de Esquipulas sin pilas, y artefactos más o menos indispensables para la vida material, tales como taburetes y bidones de hierro. Y yo me he sentado en un banco un poco más lejos, casi a medio camino, delante de la catedral de San Miguel de la plaza Francisco Morazán, en medio de los lisiados y de los mendigos, de los curiosos y de los pájaros.

En la plaza, pequeños grupos de jóvenes se desplazan en conciliábulo alrededor de eventuales tráficó veniales, en los que deben intervenir algunos automóviles de potente cilindrada, el polvo blanco y ciertas jovencitas sabrosas, pero los asuntos graves se tratan en otra parte, en despachos climatizados con vistas al río. Algunos bebedores o zánganos están apoyados en la cerca, baja y de hierro, que ciñe la estatua ecuestre de Francisco Morazán. Los cascos del caballo de bronce pisan una hierba escasa, amarillenta, llena de papeles arrugados entre los que unos pajaritos negros, cuya acechante presencia el héroe finge ignorar, buscan con frenesí de garimpeiro insectos o restos de hamburguesas.

Ese de ahí, Francisco Morazán, hijo de Córcega, con charreteras de bronce manchadas por excrementos blancos, ¿no tiene el porte altivo de un mariscal del imperio?

Si la pregunta se puede plantear es porque el otro día estaba yo en Caracas en compañía del escritor argentino Sergio Chejfec, y buscaba información sobre la vida del Che punto cincuenta, el otro Che, al que a partir de ahora llamaremos Che .50.

Caminábamos por esa parte de la ciudad que no parece Caracas, sin estaciones de metro ni rampas de autopistas, ni rascacielos, cerca de la casa

natal de Simón Bolívar y de esa pequeña plaza sombreada en cuyo centro se alza su gran escultura ecuestre.

Y Sergio Chejfec me explicaba que aquí, en este país cuyo auténtico nombre es República Bolivariana de Venezuela, a cada ciudad o pueblo, en función de su importancia demográfica o de sus relaciones políticas, se le atribuye la autorización de erigir un busto o bien una estatua a pie del Libertador, y que solo la capital podía pretender tener esa inmensa escultura ecuestre con peana, cuya montura yo observaba atentamente preguntándome si se trataría del mítico Palomo Blanco, el caballo preferido de Bolívar, que este tuvo que abandonar en Bolivia –cosa que parecían saber todas las palomas que, en señal de devoción, daban vueltas delante de él sobre el pavimento.

Gran amante de las estatuas ecuestres, enumeré la nomenclatura simbólica de la que una vez me hicieron partícipe en La Habana: si el caballo está encabritado, con las patas delanteras bien despegadas del suelo, significaba que el héroe había muerto en combate. Una sola pata delantera levantada era que el héroe había fallecido a causa de las heridas. Los cuatro cascos en el suelo, que había muerto en la cama, apaciguado lejos de la furia de las batallas.

Ya había podido constatar, sin embargo, que esa simbología está muy lejos de ser siempre respetada. Es el caso de la estatua ecuestre del emir Abd el-Kader, en Argel, situada en la plaza epónima, y según Sergio Chejfec también podían haberse cometido otros errores más graves, o más divertidos: ¿sabía yo, por ejemplo, que la estatua de Francisco Morazán, en la plaza Morazán de Tegucigalpa, en realidad era una estatua del mariscal Ney?

A la mañana siguiente, mientras preparaba mis bártulos para irme a Tegucigalpa, me encontré en la recepción de mi hotel, el Floresta, con un paquete de Sergio Chejfec que contenía varios números de la revista *Nueva Sociedad*, así como los documentos que me había prometido sobre el Che .50.

Y durante los tres vuelos consecutivos, vía San José y San Salvador, me obligué a no leer todavía nada de la información obtenida sobre el Che .50, y me concentré en un artículo de Eduardo Bähr, un rendido homenaje a Tegucigalpa que comenzaba con este inventario de la ciudad: *dos ríos, doce puentes, seis montañas, dos catedrales, treinta ermitas, trescientas sectas protestantes, un castillo de alquiler, cien socavones de oro abandonados, mil callejas, dos avenidas, cincuenta guerras civiles, quince gobernantes de a*

dos meses, un gobernante de a dos días, seis dictaduras militares, una tiranía de dieciséis años, dos ciudades gemelas...

Al hablar de la escultura ecuestre de Francisco Morazán, cuenta varias páginas después cómo tuvo una disputa con Gabriel García Márquez, un día en La Habana, después de que el colombiano hubiera recuperado y hecho suyo ese antiguo rumor según el cual la comisión de expertos en bellas artes enviada a París para encargarse de una estatua de Francisco Morazán había dilapidado los lempiras o las pepitas de oro del gobierno hondureño, entre cenas finas y espectáculos de revista ligeros –la ocasión no se presentaba con frecuencia–, conservando lo justo para poder regresar al país tras la adquisición, de segunda mano, de una estatua ecuestre del mariscal Ney, apeada de la peana por la Restauración.

Esa misma noche, en Tegucigalpa, invité a Roberto Castillo a cenar en una de esas cantinas con techo de paja, donde los platos finos son las tiras de carrucho, el habitante de la caracola marina, y los huevos de tortuga. Su mirada se ensombreció de inmediato y la paseó receloso por los clientes de las otras mesas, como si yo acabara de proponerle un golpe de Estado o un atentado.

La respuesta al honor mancillado fue categórica y rápida: a la mañana siguiente encontraría en la recepción de mi hotel, el Lesly's, otros artículos que aplastarían definitivamente el escorpión de ese rumor con el talón vengativo de la República de Honduras: la estatua ecuestre de Francisco Morazán era obra del escultor Morice, al que París debe una alegoría de la República y el busto del biólogo Claude Bernard. Había sido fundida, como atestiguaba un certificado, por la casa Thiébaud Frères, sociedad anónima de fundiciones artísticas. Y tan solo el corte del uniforme podía haber dado pie a la calumnia.

El general Francisco Morazán no era un soldado de carrera. Había combatido en los ejércitos de tres o cuatro países diferentes, cuyos uniformes no estaban claramente documentados en la historia militar: el escultor parisino lo había vestido pues con lo que la Escuela de Bellas Artes de París consideraba que podía ser un uniforme de general de la primera mitad del siglo XIX, o sea, un uniforme como del Primer Imperio colonial francés. Un vago parecido físico había hecho el resto.

A la mañana siguiente, después de haber leído los diferentes artículos que

Roberto Castillo había dejado a mi nombre en la recepción del hotel, así como los últimos números de su revista *Galatea*, y antes de regresar aquí, a esta plaza de Francisco Morazán, decidí que, para el caso de que las vicisitudes de la historia me llevaran un día a solicitar la concesión de un pasaporte hondureño, resultaba conveniente poner fin a la polémica, y que en lo que a mí concernía, la estatua de Francisco Morazán era la de Francisco Morazán.

VIDA & MUERTE DE FRANCISCO MORAZÁN

Hay que reconocer sin embargo algunas coincidencias entre las vidas de Francisco Morazán y Michel Ney. Los dos son de extracción modesta, dieron pruebas de un inmenso valor físico y a veces, como chispazos, de genio estratégico. Y se cubrieron de gloria y de honor antes de morir fusilados.

Por otra parte, uno puede imaginar en lo que se habría convertido el mariscal Ney, *el bravo de los bravos*, si hubiera conseguido, como proyectaba, huir a Nueva Orleans para escapar de los Borbones. Ese hombre todavía joven, que algunos años antes había derrotado a los ejércitos españoles en su propio suelo, ¿habría proseguido su combate en América, para matar un poco el aburrimiento? ¿Habría apoyado las expediciones de Narciso López para arrebatarse a España la isla colonial de Cuba?

¿Y si ese Morazán, el padre de Francisco, el Corso, se hubiera alistado en el Gran Armada del otro Corso, en vez de emigrar a la América de los españoles?

Francisco Morazán nació en Tegucigalpa en 1792, el año en que el general La Fayette, de vuelta de las Américas desde hacía tiempo, traiciona a la Revolución en la frontera belga. Es también el año en que los federados del sur de Francia, furiosos contra los fayettistas, entran en París para participar en la fiesta de la Federación del 14 de Julio berreando el «Canto de guerra del ejército del Rin», compuesto por Rouget de Lisle en Estrasburgo y que termina siendo llamado «La Marsellesa», en honor a ellos.

Honduras, como todos los países de América Central, está entonces bajo la jurisdicción española de la capitanía general de Guatemala y, como ellos, accede a la independencia en 1821. Francisco Morazán tiene veintinueve años. Es un joven secretario de Estado ambicioso y generoso. Los conflictos incesantes que desgarran a las antiguas colonias le llevan a tomar las armas por primera vez en 1829, y a apoderarse de la ciudad de Guatemala.

Presidente de la República de Honduras en 1830, cuando Simón Bolívar muere en San Pedro Alejandrino, hace traer a Tegucigalpa la primera imprenta y funda el primer periódico del país, *La Gaceta del Gobierno*. Como Simón

Bolívar, Francisco Morazán es un enemigo de la España oscurantista y un heredero de la Ilustración, de la que ha aprendido que el arma más eficaz, en el siglo XIX, será la creación de periódicos. Y esa primera imprenta, hoy día depositada en el centro de un jardín público de la capital, se ha convertido, con su falso aspecto de rinoceronte, en un oxidado y musgoso monumento nacional en homenaje a la gloria de la prensa escrita.

Idealista, y creador de una democrática República Federal de Centro América, a cuya cabeza es elegido ese mismo año, Francisco Morazán instala la capital de los cinco países en San Salvador. Pero la efímera república se ve enseguida despedazada por las querellas intestinas y por la imposibilidad de imponer algo parecido a una organización sobre un territorio tan vasto y desprovisto de infraestructuras. Atacado por los conservadores españoles, por el clero y por los caudillos locales secesionistas, Francisco Morazán se agotará como Simón Bolívar en operaciones militares siempre victoriosas, pero inútiles, hasta no ser más que presidente de la República de El Salvador, y luego, durante un tiempo, presidente de la República de Costa Rica. Antes de convertirse simplemente en un exiliado, que una mañana huye hacia Lima.

Aquel cuya gloria no palidece ni ante la de Michel Ney ni ante la de Demetrio de Faros –como este, también él era ducho en la poliorcética–, aquel que ostenta junto a Simón Bolívar el récord de haber sido, en menos de doce años, presidente de la República en cuatro Estados diferentes, se aburre en Perú y termina por encolerizarse, mientras ve a las potencias inglesa y norteamericana enfrentarse para desmembrar el viejo imperio español y esclavizar a sus pueblos. Antes de dos años, está de regreso y levanta un nuevo ejército, ataca a los ingleses, que acaban de apoderarse de San Juan del Norte, en la costa caribeña de Nicaragua. Vuelve a ser durante unos meses presidente de la República de Costa Rica, antes de ser apresado y fusilado, en San José, el 15 de septiembre de 1842, a las seis de la tarde –una quincena de años antes de que sea fusilado William Walker, quien por su parte tan solo habrá sido dos veces presidente, en dos Estados diferentes.

En el corazón de San José de Costa Rica, dos grandes parques tropicales, uno a continuación del otro, llevan hoy los nombres de Simón Bolívar y de Francisco Morazán, una proximidad que, si existe un paraíso de los revolucionarios, les habrá sin duda alegrado.

Simón Bolívar es honrado allí por una estatua de pie con sable. Un poco

más lejos, el busto de Francisco Morazán se alza sobre una frase de inspiración bolivariana, escrita el día de su ejecución. Habla de la frustrada unidad de América, intentada una y otra vez, y el héroe presandinista se la confía a las generaciones futuras.

En un tercer parque, que rodea al Ministerio de Cultura, se alza una escultura de grupo, alegórica, sobre una alta peana de mármol, y proyecta hacia el cielo a un puñado de combatientes costarricenses, entre los que hay una mujer de pechos desnudos, ante la que es imposible no recordar la Libertad de Delacroix, y delante de los cuales huye, agachado, William Walker o alguno de sus mercenarios, con un fusil en la mano. Cuatro bajorrelieves en bronce, en las cuatro caras de la peana, presentan en orden cronológico inspirado en el kinetoscopio las principales etapas de la victoria de Costa Rica sobre los invasores: la toma de la hacienda Santa Rosa y la derrota de Louis Schlessinger, la toma de Rivas en el Camino de Tránsito interoceánico, la de San Juan del Norte en el Caribe y la del combate naval de San Juan del Sur, en el Pacífico, contra la goleta *Granada* del capitán Fayssoux. Contrariamente a la estatua de Francisco Morazán en Tegucigalpa, este grupo está firmado y fechado: Louis CARRIER BELLEUSE 90 / 91 – DECAUVILLE Fonderie PARIS.

En el borde de este parque Morazán de San José de Costa Rica, invadido a la caída de la tarde por los correspondientes vuelos de unos pájaros negros muy chillones y extremadamente molestos, los grandes quiscales (*Quiscalus nicaraguensis*), se esconde, más que se alza, la modesta cantina Morazán, en la que durante años he asentado mis cuarteles en homenaje al héroe. Ubicado en la esquina de una calle, y por debajo de la calzada, el establecimiento de una sola planta es una larga construcción de ladrillo y madera con techo de listones, del que pende un ventilador de metal, con un largo mostrador en el que hay tipos que juegan a las cartas con la solemnidad de una reunión de estado mayor, y cables eléctricos como lianas indecisas, a lo largo de los cuales las laboriosas caravanas de cucarachas no esperan a la noche para dirigirse a los diferentes lugares donde pueden resolver sus necesidades logísticas.

Y a uno le gustaría encontrar en cada ciudad al menos un lugar como esta Morazán, que quizá sea incluso anterior a la ejecución del general y que el mismo héroe pudo frecuentar, un mirador que se visita de rato en rato para ver pasar delante de él la vida y el tiempo (de cuyo transcurso no hay muchos

indicios en el caso de la Morazán, establecimiento sin edad cuya sola evolución posible es el derrumbamiento, el día en que la última termita termine de zamparse la última fibra de su estructura: no es el tipo de casa a la que cada año se le da una mano de pintura y se cambia la decoración).

No obstante, un investigador escrupuloso puede distinguir en ella, como en cualquier otra parte, algunos indicios del paso de la historia: al fondo de la sala, hacen su aparición ocho mesas privadas, en reservados provistos de cortinas colgadas de varillas. Porque los descendientes de William Walker han ganado finalmente la guerra económica y ocupan turísticamente el país. La cantina Morazán se resiente desde hace algún tiempo de su proximidad al barrio de las putas, cuyos dos polos de referencia son el cercano Hotel Del Rey y el bar Key Largo, que no está muy lejos. Y no estoy seguro de que hoy, si por casualidad me encargaran una guía de América Central, siguiera recomendando la cantina Morazán a jóvenes deseosos de descubrir el vasto mundo.

Es delante de esta Morazán donde recuerdo haber tomado un primer taxi para dirigirme a la librería Clara Luna, en el barrio de San Pedro. Esa librería es contigua al pequeño restaurante Omar Khayyâm, que regenta un antiguo piloto de aviones de caza Mirage del sha de Irán. Los exiliados iraníes en todas partes del mundo llaman así a sus establecimientos, e invocan contra la prohibición de los mulás la poesía vitivinícola del gran poeta persa.

A veces hojéo en su terraza libros que acabo de comprar y termino tomando en ella un vino con algún anciano cultivado que también está hojéando libros. Este hombre de pequeña estatura, con un bastón apoyado en su silla y tocado con un sombrero panamá, a veces con uno de safari, ha sido embajador de Irán en una de las capitales del Medio Oriente. Se refugió en Costa Rica en 1979 con la toma del poder por el ayatolá Jomeini, después de lo que yo consideré muy estúpidamente que era una revolución iraní, así lo creía, por la cual me interesé en la época más que por la revolución sandinista. Mencionaré sin embargo, en mi descargo, que la mayor parte de mis amigos iraníes de entonces, exiliados y laicos, también apoyaban ese golpe de Estado oscurantista, y que al menos uno de ellos regresó de inmediato a Irán para combatir a los iraquíes en las marismas de Shatt al-Arab.

Tras despedirme por la tarde de ese hombre triste y solitario, constaté, en la librería Clara Luna, que acababa de aparecer una edición de bolsillo de la biografía escrita por Paco Ignacio Taibo II: *Ernesto Guevara, también*

conocido como el Che. Y de nuevo verifiqué, por hábito, que daba como fecha de nacimiento del Che el 14 de julio de 1928, como en las primeras ediciones, ya fueran en español o en traducción, y admiré esa constancia.

Varios años después aproveché el hecho de que un amigo común, el escritor español José Manuel Fajardo, partía para Guadalajara, donde iba a cenar con Paco Ignacio Taibo II, y le di una carta para que se la entregara. Y él me respondió que finalmente iba a cambiar esa fecha en las siguientes ediciones.

Yo había visto en ello un guiño borgeano, una referencia a esos manuscritos desaparecidos que de golpe cambian el curso de las civilizaciones, a esos detalles inútiles y admirables de las fechas erradas, los nombres confundidos, las estatuas que son de otro héroe. Y pensé en una frase de Cendrars, a propósito de *El oro*, y del general Sutter sin duda, *La verdad histórica es la muerte*, de la que no puedo evitar señalar que figura al final de una carta de fecha 15 de marzo de 1926, enviada desde Guarujá.

VÍCTOR

En la plaza Morazán de Tegucigalpa, detrás de la estatua ecuestre de Francisco Morazán –y no de Ney–, la fachada de la catedral de San Miguel, levantada por los descendientes esclavizados de los indios adoradores de la serpiente emplumada y del pájaro quetzal, reproduce con mayor anchura la de la iglesia de Santa María de Los Dolores y la de tantas otras: dos grandes campanarios en la fachada y muros blanqueados cuyas asperezas permiten economizar un reloj, a tal punto el sol pinta en ellas con precisión, de hora en hora, el lento paso de la jornada para quienes permanecen pegados al muro de contención desde el alba hasta el crepúsculo, sin que sepan bien qué otra cosa podrían hacer en la vida sino seguir el deslizamiento del abanico de los colores sobre la fachada de la catedral, los rosas azulados de la aurora, el bermejo sangriento del mediodía, los vespertinos arena caliente y piel de gamuza de las dunas, el oro casi bermellón del final de la tarde, el malva verdoso del anochecer, a medida que la sombra de la estatua ecuestre de Morazán –y no de Ney– gira en la plaza y se alarga, cual gnomon de un reloj solar, en honor al campeón de la efímera República Centroamericana.

Víctor permanece sentado muy tieso, pegado al muro. Sus piernas están extendidas sobre el suelo, con el maletín de poliéster negro a sus pies. Tiene el impermeable abotonado de manera que disimule el revólver calibre 38 comprado en Managua que lleva en la cintura. Ha bajado sobre sus ojos la visera de la gorra roja. Una botella de ron se ha escurrido entre sus muslos, de la que ya ha ofrecido con magnanimidad varios tragos a los tullidos que le rodean, la mayor parte indios de largos cabellos negros y relucientes, lejanos descendientes de los dioses progenitores, Tlamacazcatl y Tlamacazqui, de ojos cargados con la infinita nostalgia de los supervivientes.

Un anciano de cabellos blancos ha venido a sentarse a su lado. Su rostro tiene huellas de cicatrices muy cortas, blanquecinas, y una vena gruesa late en su sien. El viejo acerca su boca desdentada para hablarle en voz baja. Le pregunta si conoce el sentido de la palabra alemana *Doppelgänger*. Y el fantasma de mugriento impermeable está convencido de que se trata de Louis Schlessinger.

–Así que has recuperado la memoria –dice el anciano– ¿querrías no haberlo hecho, porque es peor, ¿no es verdad?, recordar hoy esa última noche en el hotel blanco, el albornoz blanco posado sobre el brazo de un sillón, la mañana, delante de un gran sol rojo, la fuga entre los autocares de una terminal de autobuses...

Víctor se queda mirando al anciano, que ahora le pone una mano en el hombro.

–Mira bien mi rostro –prosigue–, ¿no ves que es el tuyo? Yo soy tu porvenir, tu recuerdo del futuro: la plaza Morazán es un buen lugar para volarse los sesos, así que vengo al pasado a suplicar por mi propia existencia. Cuanto más daño hacen las heridas, mejor cicatrizan. Acabarás por amar tanto como yo ese albornoz blanco, esos cabellos negros mojados y en desorden en la habitación del gran hotel blanco. El amor, como la amnesia, te hace inmortal. Uno llega pronto a valorar tanto su propio dolor, que si ella apareciera de pronto ahí, en medio de la plaza, con su vestido de verano, buscándote entre los mendigos, distinguiéndote al fin, y se acercara a arrodillarse a tu lado, con los ojos humedecidos, muda, poniendo sus dedos temblorosos sobre tu mejilla, tú volverías la cabeza suavemente hacia el otro lado, hacia la estatua de Francisco Morazán, y no de Ney, y también cerrarías los ojos, para esconderle tu dicha.

SOLO EL PARTIDO ES INMORTAL

De la misma manera que es útil conocer la posición de las placas oceánicas para dar cuenta de los terremotos y las erupciones volcánicas, la comprensión de los conflictos humanos necesita la delimitación de múltiples zonas de complejos solapamientos: a los habituales atlas religiosos y lingüísticos conviene así superponer los mapas deportivos y alcohólicos.

Si Cuba y Nicaragua constituyen hoy un islote aislado de la zona béisbol, perdido en medio de la inmensa zona fútbol que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el río Grande, los dos países pertenecían ya, en el siglo XIX, a la zona ron, que limita al sur con las zonas pisco y chicha, y al norte con la zona whisky.

El último grupo de bravos bebedores de ron, reunido en torno a William Walker en la Granada asediada, estaba constituido por medio centenar de cubanos independentistas que en su mayor parte habían combatido ya en la isla y apoyado las tentativas de Narciso López algunos años atrás. Y antes de huir de la ciudad reducida a cenizas, William Walker, el bebedor de agua, consignó esta frase en su diario: *La excitación por los incendios aumentaba en la tropa la sed de alcohol.*

Al frente de los cubanos, el visionario político Domingo de Goicuria, gran admirador de Simón Bolívar, no cesaba de arengar a su tropa recordándole que el último lamento del Libertador había sido no poder arrancar a Cuba de las manos de España. Su jefe militar era el capitán Francisco Lainé, al que William Walker había confiado la lectura pública de su discurso de investidura, el 12 de julio. El 13 de octubre, Francisco Lainé fue capturado por los aliados en el transcurso de una escaramuza.

Según la leyenda revolucionaria cubana (por más que sea difícil imaginar que algún cubano haya podido asistir a la escena), el capitán Lainé, atado a un poste, sacando pecho ante el pelotón de ejecución y antes de recibir la descarga, habría sido el primero en pronunciar la frase que se convertirá en estandarte de la independencia: «Los hombres mueren, la ideas permanecen.»

Goicuria, por su parte, sobrevivirá a la derrota de Walker y logrará escapar

de Nicaragua. Volverá al combate en la isla y, como Narciso López, morirá en el garrote vil, en La Habana, en 1869.

Los hombres mueren, las ideas permanecen.

La llama de la lucha y la frase serán retomadas hasta la independencia por los héroes y padres de la nación, Carlos Manuel Céspedes y José Martí. Y más de un siglo después de la muerte de Francisco Lainé, por un curioso silogismo, como si de ahora en adelante conviniera, para que las ideas permanezcan, que los hombres mueran, aparecieron diversas consignas oficiales contribuyendo al vértigo mortífero de «Socialismo o muerte...». En una destilería de ron, no lejos de Pinar del Río, se podía ver, en 1994, colgada de un muro por encima de miles de botellas de ron añejo alineadas como soldados en desfile, y expuesta a la mirada de los obreros de párpados pesados y manos temblorosas, aunque sin relación alguna con cualquier campaña de prevención del alcoholismo, ni tampoco de incitación al alcoholismo, una larga pancarta que decía: «Los hombres mueren, el Partido es inmortal».

VIDA & MUERTE DEL CHE .50

Como me habían entregado documentos sobre la vida del Che .50 el mismo día en que me enteré de la extendida sospecha sobre la escultura de Francisco Morazán, estos dos hombres se han asociado en mi memoria y no puedo evocar uno sin que el otro me venga a la mente. Sin embargo, tienen muy poco en común.

Jamás será erigida una estatua al Che .50. Este hombre vivió en la oscuridad y el secreto, invisible soldado cuya trayectoria está salpicada de largos túneles clausurados. Su biografía es la del eterno modelo del traidor, del mercenario sin ley ni fe. Murió en la cama, de un cáncer de próstata, en San José de Costa Rica, en 1994, alcanzando así, e incluso sobrepasando con mucho, la esperanza media de vida en esas regiones.

Alfonso Manuel R., que con frecuencia utilizará otras identidades, nació en Argentina como el auténtico Che y eso es un hecho comprobado. En cuanto al lugar, Olivos o el centro de Buenos Aires, las versiones difieren, y la fecha debe de ser alrededor de 1915.

Sobre esta arqueología del traidor flotan los negros estandartes de muertes misteriosas y todas femeninas, la de su madre y sus cuatro hermanas, la de su jovencísima esposa María del Carmen, un oscuro proceso de herencia usurpada, deudas impagadas, y puede ser que una injusticia terrible sellara el destino de ese hombre de veinte años que tuvo que escapar por primera vez ante una acusación de asesinato. Llega a Paraguay en 1937 y luego, a Brasil. Sin un céntimo, sabe usar las tres armas con las que combatirá mientras viva: un gran poder de seducción, un valor físico fuera de lo común y la capacidad de husmear como un coyote entre la basura de la historia en busca de un sustento incierto.

Escoge la Guerra de España y obtiene un visado de la joven república en el consulado de Santos, viaja clandestinamente de Río de Janeiro a Casablanca en un carguero francés. Los republicanos lo recogen en Marruecos y lo llevan hasta Barcelona. Descubre los combates, pero deserta al cabo de unos meses,

invocando más tarde como motivo la falta de organización de su unidad y las persecuciones religiosas.

Sabiéndose buscado, atraviesa los Pirineos. Los franceses lo detienen en Perpiñán. Entonces tiene que ir a prisión o bien ver el país: acepta la proposición y lo envían a Argelia alistado en un batallón de la Legión.

De las arenas rubias del Sáhara, los dromedarios y las escasas sombras de las palmeras secas, quizá conserve pocos recuerdos, pero le queda un último cartucho que, veinte años más tarde, lo enviará a la Sierra Maestra, al Oriente de Cuba: ser piloto y aprendiz de paracaidista.

Después de algunos saltos, deserta de nuevo y huye al Marruecos español, luego a Madrid, en 1939, donde se integra esta vez en los servicios especiales de Franco. Efectúa misiones secretas en Francia, en el seno de los grupos de republicanos exiliados, puede que también participe en ejecuciones, pero ya es junio de 1940 y llega el éxodo de los franceses del norte, a los que les toca llenar esta vez los campos de refugiados del sur de Francia, el de Bram y todos los demás. Nuestro hombre desaparece.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, está en Portugal, donde sueña quizá con una carrera cinematográfica. Su rostro de seductor latino, entre Carlos Gardel y Rodolfo Valentino, aparece en dos o tres largometrajes de comedia, en el límite entre la interpretación y la mera figuración. Imaginemos por un instante que él hubiera tenido el éxito deseado y se hubiera convertido en una estrella del cine... No encontraríamos huellas suyas dos años más tarde en Caracas, ni su nombre inscrito en la *Lista negra* del 8 de julio de 1942, que no es un filme de género, sino una lista infamante publicada por el gobierno de Venezuela en la que se enumera a los activistas nacionales y extranjeros susceptibles de desestabilizar a la potencia petrolera en favor del nazismo, del fascismo y de la Falange española.

Nuestro hombre figura en ella a título de aventurero, se menciona su paso por la Legión Extranjera y se afirma, a la ligera según parece, que también fue *aviador de la Legión Cóndor alemana durante la Guerra de España*. El joven funcionario del Ministerio de la Guerra y de la Marina se ve obligado a dimitir. Pero él tiene un as en la manga y una gran capacidad de adaptación: se reconvierte en pequeño comerciante, a la espera de días mejores, se hace tendero, luego vendedor de máquinas de escribir, prosigue con su vida de seductor, imagina tal vez que ascenderá en la sociedad gracias a las mujeres.

Los días mejores no llegarán. Lo de las mujeres es una mala idea: en diciembre de 1942, el campeón de boxeo Luis Zarzalejo le sorprende en la cama con su amante, y Alfonso Manuel R. dispara con su pistola contra el campeón venezolano de los pesos pesados.

No cabe ninguna indulgencia hacia el asesino extranjero de un héroe nacional, no más que hacia el amante de Édith Piaf que en la época abatió a Marcel Cerdan. El futuro Che .50 no saldrá de la prisión Modelo (Pro Patria) de Caracas hasta diciembre de 1951, expulsado hacia su Pampa de origen. Y esa es la primera vez en que están a punto de encontrarse, por casualidad, los dos futuros Che.

En diciembre de 1951, cuando el antiguo prisionero de Venezuela desciende del avión en Buenos Aires, con las manos esposadas, tiene treinta y cinco años. Ernesto Guevara, que tiene veintidós, besa por última vez la frente de su joven novia de largos cabellos negros, la bella María del Carmen, de vacaciones en la costa (¿descubrirán esos dos futuros Che, una noche en la Sierra, años después, que sus primeros amores tenían el mismo nombre?). Ernesto Guevara regala simbólicamente un fiel perro a la joven, al que bautiza Comeback sin creérselo demasiado, y ese mismo mes abandona Argentina en motocicleta, en un viaje que le llevará hasta Venezuela.

Alfonso Manuel R. abandona también enseguida Argentina. Y durante los meses siguientes, los dos hombres estarán con frecuencia en el mismo momento en las mismas capitales, pero en orillas enfrentadas del campo político, en Santiago de Chile y en Lima, donde el antiguo agente secreto se reintegra al servicio y se le confían misiones de espionaje en los ambientes procomunistas, aquellos que frecuenta precisamente el joven médico idealista.

Expulsado de Perú, el antiguo legionario llega a Ecuador, donde permanecerá un año, antes de irse a Costa Rica y entrar como mecánico en la compañía aérea Lacsá. En diciembre de 1953, el futuro Che Guevara desembarca a su vez en San José. De paso. En compañía de cuatro jóvenes amigos, pretende atravesar Nicaragua y después El Salvador en automóvil, para alcanzar Guatemala y apoyar la reforma agraria del presidente Arbenz. Durante esos días de *stand by* en Costa Rica, ¿ve un cartel o escucha en la radio pregonar las proezas de su compatriota, que dedica el fin de semana a hacer exhibiciones de paracaidismo?

Dejemos a ese hombre en su vida ahora rutinaria de mecánico de aviación, de paracaidista dominguero, y sigamos al joven Ernesto Guevara, que se quedará un año en Ciudad Guatemala, hasta que la CIA decide darle una patada a ese nido de izquierdistas y envía desde Honduras a su mercenario Armas para derrocar a Arbenz. El joven, que todavía no lleva la boina negra, huye entonces a México, donde se convierte en fotógrafo callejero, antes de entrar en contacto con los exiliados cubanos del Movimiento 26 de Julio.

En 1956, a causa de su activismo, Ernesto Guevara es detenido por la policía y encarcelado en compañía de Fidel Castro y algunos otros. Una fotografía en blanco y negro, tomada en el interior de la prisión, lo muestra sonriente, vestido de blanco, delante del grupo de cubanos que embarcarán con él en el *Granma*. Esa fotografía es la primera que obtendrá la CIA, a través de los servicios del dictador Batista. Pero el antiguo fotógrafo callejero está ya en Sierra Maestra.

Los servicios secretos norteamericanos comienzan a interesarse en ese joven médico asmático que alcanza un relieve imprevisto en la guerrilla: los cubanos le acaban de confiar el mando de una columna. ¿Qué saben de él entonces, en esa ficha de cuatro páginas, fechada el 13 de febrero de 1958? No mucho. El joven ha ido una vez a los Estados Unidos, a Miami, procedente de Caracas. No tiremos la primera piedra contra la CIA: es muy difícil, leyendo el único artículo del futuro Che Guevara, publicado en México en mayo de 1955, «Investigaciones cutáneas con antígenos alimentarios semidigeridos» (en *Revista Iberoamericana de Alergología*), hacer un retrato ideológico de él. Se toma la decisión de enviar a un agente sobre el terreno.

Fue José Figueres, el presidente de la República de Costa Rica, quien les proporciona involuntariamente la ocasión de hacerlo. En nombre de la solidaridad antifascista de la Legión Caribeña, el gobierno democrático de Costa Rica decide enviar armas a los revolucionarios cubanos que luchan contra la dictadura de Batista. Pero desde 1948 el ejército costarricense está disuelto. Hay que buscar en el mundo privado. El avión vendrá de Venezuela. Los miembros de la tripulación serán reclutados en la aviación civil. Entre ellos, Alfonso Manuel R., ese argentino paracaidista, antiguo combatiente de la Guerra de España y mecánico, que puede resultar bien útil.

La CIA, que conoce su pasado, lo recluta de inmediato. Ve así la posibilidad de colocar al lado del Che a un compatriota forjado en el combate,

capaz de beber mate en las noches de nostalgia, tal vez de cantar tangos, y de recoger las confidencias de aquel y sus proyectos futuros en el transcurso de la lucha. El 30 de marzo de 1958, cuando el C-46 cargado de armas y municiones, fusiles, morteros y ametralladoras Madsen calibre 50, aterriza clandestinamente en Cuba, los míticos supervivientes del desembarco del *Granma* llevan año y medio en la Sierra Maestra –donde una de las primeras decisiones del Che Guevara ha sido la creación de un periódico, *El Cubano Libre*.

Para los jóvenes guajiros, Alfonso Manuel R. –que permanece un tiempo en el seno del ejército rebelde como instructor, y les enseña, con su acento argentino y ese *che* incesante que salpica la conversación, el manejo de las Madsen .50– se convierte enseguida en el Che punto cincuenta. Consigue entenderse con Camilo Cienfuegos, pero el otro Che, el verdadero Che Guevara, desconfía de ese aventurero, y el topo tendrá que contentarse, en este primer sondeo de la guerrilla cubana, con enviar fotografías en blanco y negro que justificarán, a los ojos de sus patronos, su sueldo y su infiltración: una de ellas muestra a ocho hombres reunidos bajo el porche de madera de una casa, entre los cuales están Fidel Castro, el Che Guevara y el otro Che, el traidor .50, el único que sonrío al objetivo.

Este se encuentra de regreso en Costa Rica cuando la situación en Cuba se agita en el verano del 58: el Che Guevara desciende hacia el llano al frente de sus tropas y llega al Escambray, Camilo Cienfuegos es enviado hacia el oeste de la isla, y Fidel Castro orquesta desde el Oriente la marcha victoriosa de la Revolución sobre la capital. Batista huye. Los primeros barbudos entran en La Habana el 2 de enero de 1959. El 8, encargan a Alfonso Manuel R. que se una a la columna de Fidel para que también él llegue entre los libertadores.

Con ese título es alojado en el antiguo Hotel Hilton de La Habana, de inmediato rebautizado Habana Libre por los revolucionarios, y todavía no llamado Hotel Mentira por los antisociales. El traidor pasará en Cuba todo el primer año de la Revolución, no ya sembrado sino injertado, según la terminología de los servicios secretos: forma parte de la Comisión Nacional de la Vivienda, vuelve a aproximarse a Camilo Cienfuegos cuando este es nombrado jefe de estado mayor del ejército. Es precisamente mediante un documento firmado por la mano del héroe, el 27 de marzo de 1959, y en el que

se certifica el papel que ha jugado en la guerrilla, como nuestro hombre obtiene la nacionalidad cubana el 18 de mayo.

Los dos Che, el verdadero y el falso, se encontrarán por última vez en agosto. Los cubanos, que quieren exportar rápidamente la Revolución y crear nuevos focos, proyectan el desembarco de doscientos hombres en la República Dominicana, para lanzar la lucha contra el dictador Trujillo. La operación es descubierta y fracasa. Algunos posibles traidores son fusilados, pero no el Che .50, quien sin embargo había filmado los preparativos y hecho llegar a los Estados Unidos imágenes del avión, que había sido pintado con los colores de camuflaje dominicanos bajo la supervisión personal de Camilo Cienfuegos.

En el momento de este primer ataque cubano, el muy joven Félix Rodríguez, cuya familia había abandonado Cuba con el triunfo de la Revolución, recibe su primera formación militar en un campamento dominicano de entrenamiento para jóvenes cubanos anticastristas. Años más tarde, después de haber combatido en Vietnam y en las filas de la Contra antisandinista, Félix Rodríguez escribirá sus recuerdos del ataque cubano contra Trujillo, la capital, a la que el dictador megalómano había rebautizado con su nombre, llenándola de grandes retratos del Primer Educador de la República vestido de uniforme blanco constelado de medallas, con el bigotito ridículo, pero sin barba.

Cuando los doscientos barbudos cubanos saltaron en paracaídas, Trujillo había prometido a los campesinos de la isla una prima por cada uno de los invasores capturados, mil dólares por cabeza. Félix Rodríguez cuenta cómo los campesinos se tomaron las palabras del dictador al pie de la letra y se presentaron en las comisarías con grandes sacos de patatas llenos de cabezas de barbudos decapitados. Y añade, jocosamente, que la operación había terminado por costarle más de doscientos mil dólares al dictador.

Ocho años más tarde, se verá a ese mismo Félix Rodríguez, de reluciente uniforme de ranger, junto a un Che harapiento que tiene las manos atadas al frente, en el patio de la escuela de La Higuera, en Bolivia. Algunas horas más tarde, después de haber acabado con el prisionero mediante una ráfaga de fusil ametrallador, él mismo se llevará el cuerpo atado al patín de su helicóptero para presentarlo a la prensa en Vallegrande.

Pero ahora estamos en el otoño de 1959 y la CIA decide actuar a mayor escala contra Cuba, preparar una invasión de la isla e instalar así sobre una porción de territorio cubano liberado a un gobierno de oposición.

Para ello, hay que convencer a los políticos, y la Agencia se ve obligada a quemar a algunos de sus agentes, entre ellos al Che .50, al que se le pide que abandone La Habana para fin de año. Desde enero de 1960, nuestro hombre está en Washington. El 22 y el 23, declara ante la subcomisión de seguridad interior de la comisión de justicia del Senado de los Estados Unidos.

Afirma tener cuarenta y tres años, se declara jefe de las tropas paracaidistas de Fidel Castro con el grado de capitán, da dos identidades y muestra diversos documentos de una y otra, como una licencia cubana de piloto de caza y un carnet de miembro de la compañía costarricense Lacsa. Aporta varias decenas de fotografías en blanco y negro en las que está en compañía de Fidel Castro y a veces del Che Guevara, de Camilo Cienfuegos, del jefe de los servicios secretos, Ramiro Valdés, o de Efigenio Ameijeiras, entonces jefe de la policía revolucionaria.

La sesión trata de «La amenaza comunista contra los Estados Unidos en el Caribe». Una parte de su declaración es hecha pública el 12 de marzo en forma de artículo de prensa titulado: «Las confidencias de un antiguo fidelista»; y subtítulo: «El Che vive como un rey en La Habana». El supuesto tráfuga cubano hace en él un autorretrato humorístico, y declara que el Che Guevara no es más que *un aventurero extranjero, un Cantinflas de Cuba que se está preparando para convertirse en millonario*, complejas reflexiones geopolíticas destinadas a preparar a la opinión pública norteamericana para la operación de la bahía de Cochinos del 15 de abril de 1961.

Un siglo después de la patética primera tentativa del general Narciso López de invadir la isla, el desembarco de Playa Girón, al cabo de pocas horas, es un fracaso total y los agresores son una vez más expulsados al mar.

En los meses siguientes, las huellas del Che .50 se pierden en las arenas de Costa Rica.

¿Qué piensa entonces de haber arriesgado tanto para ganar tan poco? Todas esas actividades, desde hace veinticinco años, le habrán reportado menos que un solo atraco exitoso. Con frecuencia, los agentes a los que se abandona son tratados con tacañería. Quizá él tiene con qué alquilar una casita cómoda y

discreta a orilla del Atlántico o del Pacífico. Uno se imagina una de esas casitas blancas entre bananos, en la costa, hacia Cahuita, en las que los jubilados de Wisconsin intentan cada día convencerse de haber logrado al fin alcanzar su sueño: baño por la mañana bajo el sol, aperitivo y langostas a la barbacoa a la noche, y entre los dos, el desconcierto ante la vejez que progresa, la lectura de algunas revistas y las telenovelas. Con una camisa de manga corta de flores, un pantalón corto y unas gafas oscuras, él está sentado en un sillón de mimbre en la playa. Observa el movimiento incesante de las olas y su propio pasado tumultuoso, y sonríe ante la evocación de los últimos días del Libertador de Caracas: *Aquel que traiciona a la Revolución también ara en el mar.*

Está a la mitad de su vida, en el mejor de los casos, pero sabe que ya está acabada. Ve su cuerpo engordar lejos de los combates, solo en esa casita a orillas del mar, o bien, a veces, por la noche, en los bares con ventiladores del pueblo, sin mezclarse en las conversaciones de los pescadores. Algunas palabras de más, una noche pero muy tarde, evocarán como una salmodia las arenas amarillas del Sáhara, los asnos y las palmas datileras extendiéndose a lo lejos bajo el sol poniente y haciendo ondular sus sombras descarnadas. Pero ¿quién le creería, si supieran lo que él sabe?

Puede que todavía tenga mujeres, pero con el paso del tiempo tendrá que acabar por pagar. Se acuerda de que es padre de una niña, nacida durante su estancia en la prisión Modelo. Irá a visitarla, una o dos veces, a Caracas. Ahora es madre de familia. De repente, es abuelo.

A su regreso, el hombre se sienta delante de una vieja máquina de escribir, de esas que vendió en otro tiempo, introduce una hoja en el carro, mira el mar, recortado por las láminas de un estor. Escribe sus recuerdos intentando cambiar el curso de la historia, rehabilitar su memoria. Los agentes dobles, para disculparse, suelen fingir que son agentes triples. Titula el manuscrito *La historia cambió en la Sierra*, trata de pintarse como un héroe, y desliza observaciones antisemitas porque uno no se rehace. Imprimirá algunos ejemplares por cuenta del autor. Vuelve a servirse un trago, mira el mar. Un aburrimiento tan mayúsculo es, sin duda, propicio para la lectura asidua de los periódicos.

Uno permanece a la escucha de los rumores de la historia, esa linda traidora que te arrojó una mañana a una playa, y se obliga por seguridad a eludir las preguntas demasiado precisas sobre el pasado. Y muy pronto, frecuentando los

diarios, uno se entera de que las huellas del otro Che, el mítico Che Guevara del que quizá a uno le habría gustado ser amigo, se perdieron a su vez en las arenas cubanas.

Después de su salida del Ministerio de Industria, la Agencia constata su alejamiento de la escena política. Tras su última aparición pública, a su regreso de Argelia, la CIA acumula pruebas de su muerte o de su internamiento. Hace abrir treinta tumbas en Guatemala, donde se supone que fue abatido. Pero el Che .50 no nació ayer. Conoce suficientemente el valor de ese tipo de declaraciones como para leer entre líneas. También el Che Guevara deja que digan. Ahora se llama Tatu. Bajo ese nombre, aunque el otro no sepa nada de ello, combate en el Congo.

Los ataques de los mercenarios belgas bien entrenados, las traiciones y la impericia de Laurent-Désiré Kabila y de otros jefes, las borracheras de los combatientes supuestamente revolucionarios, pero en realidad pobres diablos campesinos reclutados a la fuerza y convertidos en bandidos de ojos inyectados en sangre: la derrota llega pronto, y la huida, la travesía a toda prisa del lago Tanganica.

El guapo joven de treinta y seis años ya no es más que un fantasma, un habitante clandestino y solitario de la primera planta de la embajada de Cuba en Dar es-Salam, en Tanzania. El Che, vencido, da vueltas, ante la imposibilidad de regresar a Cuba y de ir a ninguna parte, y los empleados del consulado escuchan inquietos el ruido de las suelas de sus botas encima de sus cabezas, ven miles de partículas de polvo brillando en la luz, que caen de los tablonces de los techos de sus despachos. Va de uniforme verde oliva, con la pistola al cinto y la gorra negra con la estrella, pero bien podría estar en pijama: el Che está atrapado. Eso es a principios de 1966. Por fin se sienta en una silla, delante de una máquina de escribir, y redacta la primera frase: *Esta es la historia de un fracaso.*

Titulará el manuscrito *Pasajes de la guerra revolucionaria (el Congo)*, reservándose para otros muchos *Pasajes de la guerra revolucionaria*, tantos como países hay en el planeta. Ahora busca unirse a la guerrilla en América Latina, o crear allí un nuevo foco. Sueña con una revolución en Argentina. Pero será en Bolivia.

Le quedan menos de dos años de vida.

En unas semanas, volará clandestinamente a Praga.

CAMINO AL PARADISO (III)

Es el final de la jornada, la hora de salida del trabajo, en Tegucigalpa como en cualquier lado a lo largo del meridiano. Los transeúntes, las putas y los chicos de las calles se empujan entre los parachoques en la avenida Miguel Paz Barahona, en medio del olor a gasolina del *go slow* y las canciones populares de las radios. Un muchacho de dieciocho o veinte años intenta torpemente mantener su posición inmóvil de vigilante armado delante de la entrada de un banco, entre la muchedumbre que afluye. Le hace frente, con las piernas bien separadas para no dejarse arrastrar por el gentío como un vulgar peatón, y verse obligado así a dar la vuelta a la manzana para regresar como un idiota a volver a ocupar su puesto. Su arma es un fusil M-16 relucientemente nuevo, del calibre 5.56.

El continuo escándalo de los cláxones podría hacer pensar que hay un equipo salvadoreño de fútbol alojado en un hotel del barrio. Y el caminante prosigue su marcha rumbo al café Paradiso, con esa posición un poco encorvada como de ahogado, de fiambre, mirando sin verlos sus zapatos sobre el pavimento, tocado con su rojísima gorra de jugador de béisbol de visera larga, perdido en el tiempo y en el espacio: ya ha olvidado si recorre la avenida Miguel Paz Barahona de Tegucigalpa o la avenida Simón Bolívar de Managua, si camina por el muelle de madera de La Libertad o por el cabo Gracias a Dios de Honduras, allá al norte, al lado del otro caminante que va perdiendo su sangre, el herido William Walker, quien, desde hace días, vaga sin rumbo por la jungla y atraviesa marismas al frente de un grupo de supervivientes extenuados, que va menguando.

El ejército hondureño que les pisa los talones no les da respiro y avanzan por el bosque tropical hacia el este, hacia los manglares de Mosquitia. Los aventureros de última hora que le acompañan ¿piensan sobreponerse y, carabina en mano, agarrar a las mujeres y masacrar, colgar y fusilar a toda la población en su avance triunfal? ¿Saquear las ciudades del interior dibujando un surco de fuego de norte a sur, del otro lado de las marismas y las sierras, de los volcanes y los bosques de pinos? ¿Todavía alimentan, apesados en el lodo que engulle sus botas, sus sueños alucinados de conquistadores anacrónicos?

¿Piensan aún en las minas de oro, en las tierras fértiles, con los ojos deslumbrados por el relato de las victorias? ¿Conocen por fin el miedo? ¿Rememoran viejas historias de sudor y amargura mientras evitan la trampa de las raíces resbaladizas y el jugo negro del fango y las serpientes, esas historias de heridas rojas y verdes que se llenan de moscas, de lágrimas y fuego, de gritos, fugas, grandes sueños destruidos, vientres que de golpe vaciarán sus entrañas, de ganas de vomitar y, quizá, de remordimiento, cuando llegue la hora y resuenen las culatas de los fusiles del pelotón?

Al frente de ellos, el jovencito de levita negra manchada de sangre todavía no es consciente de que ese es su fin. Solo sabe que desde su primera expedición a Sonora, siete años antes, nunca se ha encontrado en una situación tan peligrosa.

Pero este tipo de hombre nunca se cree perdido, incluso si es perseguido como una bestia y no tiene salida, incluso si tiene una herida de bala en la pierna, ya sea en la jungla de la Mosquitia, en Honduras o en la quebrada de Yuro, en Bolivia. William Walker cree que todavía puede encontrar por casualidad en el bosque al general Cabañas y a sus hombres. Que se unirá a ellos para hacer frente al ejército hondureño que les pisa los talones. Su imaginación bulle al ritmo de su sangre enloquecida. En unos meses se convertirá en presidente de la República de Honduras. Pronto traicionará al general Cabañas e invadirá de nuevo Nicaragua. Declarará la guerra a Costa Rica. Sus hombres se atascan en el fango verdinegro y a veces alguno cae y suplica. Salieron sesenta y cinco de Trujillo, asediados sin descanso por el ejército, ya no saben cuántos son los que todavía huyen en la floresta, con los ojos desorbitados, cortando ramas a machetazos, y cuando llegan a la orilla del río Tinto, encuentran ese campamento militar abandonado al borde de las aguas sombrías y limosas: el de las tropas irregulares del general Cabañas.

Se refugian al abrigo de la empalizada para hacer recuento. Solo son treinta y uno, no pueden avanzar más y entonces comprenden que lo que les queda es defender un campamento abandonado, de espaldas a un río desconocido, en el corazón de una jungla oscura y escasos de municiones. Saben que es inútil negociar con el ejército hondureño del general Santos Guardiola, el Carnicero de Honduras, que no tiene por costumbre cargar con prisioneros.

El 3 de septiembre de 1860, mientras que los supervivientes cuentan sus

balas y guardan una última para sus propias cabezas, dos grandes lanchas remontan lentamente el río y se dirigen hacia el campamento. A bordo van cuarenta marinos ingleses de impecable uniforme, a las órdenes del capitán Salmon, que se mantiene de pie, muy tieso, en mitad de una de las embarcaciones. William Walker, incapaz de mantener dos frentes, suspende las hostilidades. El ejército hondureño, aliado de los ingleses, le deja parlamentar con el oficial británico, que le propone una rendición bajo la protección de Gran Bretaña.

Los supervivientes están exultantes y se pasan las temblorosas manos febriles por los rasposos rostros, y disparan al cielo esa última bala que habría podido abrirles el cráneo, se amontonan riendo en las lanchas, empujan a los soldados ingleses, se apoderan de los remos para descender más deprisa el río hasta su desembocadura, donde les espera el navío *Icarus*.

William Walker, que ha entregado su pistola y su espada al capitán Salmon, está ahora de pie junto a la escala de embarque del navío. Antes de subir a bordo, sus hombres deben dar sus nacionalidades y sus nombres, que son inscritos en un registro apoyado sobre un atril. El general Walker y su jefe de estado mayor, el coronel Rudler, ven desfilar ante ellos a su tropa destrozada, hombres enflaquecidos y sucios que son muertos resucitados, y que guardarán hasta el fin de los tiempos esa sonrisa beatífica de los locos y de los elegidos. Luego le toca al coronel Rudler dar su identidad y sube la escala de embarque. Todos los hombres están a bordo. Y William Walker, el último, se aproxima al registro:

–William Walker, presidente de la República de Nicaragua.

El jovencito de treinta y seis años, herido de bala en la pierna, que da sus últimos pasos dolorosos sobre el suelo de América Central, el último de los cuales le lleva a la escala de embarque del *Icarus*, ve desfilar una vez más el futuro desgarrado de sus ilusiones. Convertirse en presidente de Honduras. Anexionarse el conjunto de América Central. Hacer en él un solo Estado esclavista federado con los Estados del Sur. Retomar el proyecto del canal interoceánico. Los caballeros del Círculo de Oro se habrían apresurado a exportar esclavos de sus campos de algodón para convertirlos en jornaleros de desmonte, o si no él mismo habría esclavizado a los garífunas de la costa. Habría encauzado el curso del San Juan bajo los túneles verdes de la jungla. Los supervivientes, u otros esclavos importados, abrirían el canal hasta el

Pacífico. Y los barcos de los Estados del Sur se habrían apoderado de California, donde el ejército de los casacas grises instalaría sus cuarteles. La Guerra de Secesión estaba ganada de antemano gracias a él, el héroe William Walker, cuyas estatuas ecuestres adornarían las plazas de las seis capitales a sus órdenes, y rivalizarían con las de Simón Bolívar. Se convertiría en el presidente más joven de los Estados Unidos de América. El primer presidente del Centro del Mundo. Y uno piensa una vez más en Leibniz y en su *Teodicea*, en su Palacio de los Destinos. Porque todo eso sería otro universo, paralelo, *solemque suum, sua sidera norat*, con su propio sol y sus propias estrellas, un universo en el que Julio César no habría atravesado el Rubicón ni William Walker el Tinto.

En este universo, el de aquí, a él le quedan nueve días de vida.

SIN SACUDIDA SÍSMICA EN TRUJILLO

En la última primavera, la de 1860, William Walker acaba de terminar la redacción del primer tomo de sus memorias, *La guerra de Nicaragua*. Nadie sabe todavía que esa primavera sudista es la primicia de la guerra civil. William Walker, que tampoco imagina que sea la última de su vida, recibe a un inglés en Nueva Orleans. Esa es la señal convenida. Ese traidor a la corona llega de Roatán, la mayor de las islas de la Bahía.

Por un acuerdo sobre las fronteras de Belice –que hasta 1981 será la Honduras británica–, Gran Bretaña aceptó devolver a Honduras las islas de la Bahía y arriar su pabellón el 30 de julio de 1860. Los ingleses de Roatán, abandonados así por el imperio y sin tener en mente levantarse para proclamar su independencia, pidieron ingenuamente el apoyo del desocupado mercenario. William Walker, que vio en ello el trampolín para América Central, contactó de inmediato con los caballeros del Círculo de Oro y con el general Cabañas, antiguo jefe de Estado de Honduras, depuesto recientemente por el general Santos Guardiola. Y desde entonces sin ocupación alguna. Pero siempre rodeado de tropas facciosas y, sin duda, deseoso de recuperar Tegucigalpa.

William Walker, a quien no se le ha perdido nada en Belice, ni siquiera en toda Honduras, piensa de inmediato en atacar Nicaragua por su frontera norte, en la que ninguna marina de guerra podrá oponérsele. Se presenta solo, como espía, en Roatán, manda allí hombres para desatar y apoyar la insurrección, recluta a otros cien, que parten de Mobile a bordo de la goleta *J. E. Taylor* con destino a la isla mexicana de Cozumel. Un segundo navío, el *Clifton*, parte de Nueva Orleans con las armas y las municiones destinadas a la futura campaña.

Esta vez las condiciones militares parecen ideales: la primera parte de la expedición está financiada por los independentistas de Roatán, el armamento necesario para proseguir con la conquista lo regalan los caballeros del Círculo de Oro. El territorio que deben invadir es limitado. En principio, los ingleses no van a defenderlo. Y las tropas aliadas del general Cabañas se les unirán en Trujillo.

Pero el proyecto es descubierto y los ingleses apresan al *Clifton* frente a la

costa de Belice. El superintendente de Belize City contacta de inmediato con el general Santos Guardiola en Tegucigalpa: le propone suspender la entrega de las islas, con el fin de segar la hierba bajo los pies de los independentistas.

Si se mira con atención, es bastante evidente que Inglaterra es la única beneficiaria de la situación, y puede ser que haya organizado todo bajo cuerda para conservar las islas, incluyendo el agente doble encargado de reclutar a William Walker, el cual está ahora en Cozumel, donde aguarda desde hace tres semanas, privado de informaciones, sin noticias del cargamento de armas, que ha sido apresado por los ingleses, ni de la revuelta en Roatán, que nunca estallará.

Decide, sin embargo, hacerse a la mar y poner rumbo a las islas, y constata que un navío de guerra inglés guarda la bahía.

El último barco del jovencito de negro atraviesa el archipiélago fuertemente vigilado, pone rumbo a la costa de Honduras, y el general Walker propone a sus impacientes hombres ir a apoderarse del puerto de Trujillo.

En la noche del 5 de agosto, la goleta se aproxima a una playa a pocos kilómetros de la ciudad, en la que sus hombres entran a saco antes de atacar a la guarnición hondureña parapetada en la fortaleza. Esta modestísima victoria será la última de la carrera militar del caminante.

Acondiciona el lugar y se instala en él con su tropa, arría la bandera hondureña e iza sus propios colores, declara Trujillo zona franca y confisca el dinero de la aduana, lo que supone una ganancia modesta y un error trágico: los derechos del puerto están hipotecados por los ingleses, para cubrir una antigua deuda de usura, que de este modo tienen fundamento legal para intervenir. El superintendente de Belice envía al buque de su Majestad *Icarus*, con su capitán Norwell Salmon, para que se apodere del barco de William Walker y bloquee el puerto.

Ese capitán Salmon, al que imagino como un dandi seductor, y al que se le puede atribuir la altanería de un joven oficial de Su Muy Graciosa Majestad, no se digna abandonar su camarote. Pide por escrito a William Walker que deponga las armas y restituya el dinero de la aduana. No da orden de atacar la ciudad, sino que permanece a bordo del navío anclado, en el que sus hombres tienden lonas para proteger del sol sus pieles demasiado blancas. El capitán Norwell Salmon saborea esos momentos: es él quien está negociando con William Walker, cuya fama venenosa ha llegado hasta Inglaterra.

¿No es precisamente la lectura de ese tipo de relatos, en los que se ve a tigres arrojándose sobre elefantes en la India, a hombres con pantalones de montar disparando sus fusiles contra rebeldes chinos, a exploradores fomentando las guerras tribales en África, lo que llevaba entonces a algunos jóvenes ingleses a escoger la marina, a defender en el mar los *limes* del imperio? El capitán sentía ya respeto hacia el valor del aventurero sanguinario: ahora descubre a un hombre culto, mientras lee sus cartas, por la noche, tomando un brandy, harto de su tripulación de marineros incultos, y ve a lo lejos la fortaleza de Trujillo, que desaparece en el crepúsculo.

Del otro lado de sus gruesas murallas, junto a una pared que rezuma, William Walker está inclinado sobre el papel, con la pluma en la mano, cerca de una llama que oscila y proyecta su silueta agigantada contra la bóveda. Observa a través de la saetera las aguas calmas y negras del puerto, y la arboladura del *Icarus* bajo la luna, y una lámpara que está encendida dentro de su casco. Puede que se quede enganchado a este duelo epistolar, puede que quiera probarle a ese inglés que él conoce mejor los versos de Lord Byron. Puede que sea capaz de citar las frases del poeta inglés que a él le gustaría haber escrito: *El gran objeto de la vida es la sensación. Sentir que existimos, aunque sea en el dolor. Es ese vacío inmenso que nos empuja al juego, a la guerra, a los viajes, a toda clase de acciones desordenadas, pero vividas con intensidad, y cuyo primer atractivo es la agitación necesaria para llevarlas a cabo.*

¿Le ofrece al capitán Salmon un retrato de la infancia de aquel niño cojo que vivió en la miseria en Aberdeen, solo con su madre? Un retrato de la infancia de ese George Gordon Byron avergonzado por el alcoholismo de su padre, por la claudicación, el hambre, la ropa de pobre, las caricias afligidas de las damas de caridad que creen así ganarse su salvación, y a quien, bruscamente, a la edad de dieciocho años, al extinguirse una rama lejana de su familia, le toca la inmensa fortuna de esta, como si le hubiera tocado la lotería de los dioses. Llegan entonces Cambridge, los primeros versos, el dandismo, las bufandas raras y el escándalo de sus amantes, e incluso el incesto por amor a una prima carnal, el rico heredero echado a los caminos de Europa, la gloria literaria... Eso daría ya para diez vidas. Y entonces, una vez más, todo cambia, porque el príncipe Mavrocordato, jefe de los insurgentes griegos, le propone liberar al pueblo de Sófocles y le promete la corona de un rey.

Lord Byron vende todo, se endeuda para comprar armas y municiones, y para fletar un navío. Y el dandi cojo se arroja al clamor del combate a la cabeza de un puñado de mercenarios italianos y alemanes, y muere pronto, como Alejandro, por el exceso de alcohol o de malaria... Puede que William Walker quiera, con la descripción de ese náufrago romántico, de esa mezcla explosiva de rebelión e impaciencia, de orgullo soberano, de repugnancia ante lo vulgar, empujar al capitán Salmon a la traición. También busca ganar tiempo, y finge negociar. Está esperando al general Cabañas.

Los dos hombres se escriben a diario. El capitán Salmon es conciliador: si los aventureros se embarcan con sus armas y se hacen a la mar, Inglaterra, bajo su palabra de oficial, que es como decir bajo la palabra de la propia reina Victoria, les garantiza la vida e incluso la posesión de sus bienes personales. El humor es ligero, y pinta una sonrisa en los labios de William Walker. Entre tiburones se entienden. Porque nadie ignora que esos bienes personales que menciona el capitán son los sacos llenos y las alforjas de cuero negro, que están cosidas al cinto de los saqueadores y que les sirven de almas, en las que se amontonan los anillos de oro arrancados de los dedos de los muertos, los crucifijos de marfil y los cubiertos de plata de los expoliados habitantes de Trujillo.

¿Es quizá el general Cabañas demasiado cobarde para venir a plantarse delante de los ingleses? ¿Tendrá a su ejército a la espera, en los lindes del bosque? William Walker aprovecha la noche para abandonar en silencio la fortaleza con los sesenta y cinco hombres todavía válidos. Huyen hacia el este en busca de un fantasma, perseguidos desde el alba por el ejército hondureño a través de la jungla, esperando despistar a sus perseguidores.

Hacen una primera parada a mediodía, cerca del río Aguán. La avanzadilla del general Álvarez espera a que se hayan instalado para abrir fuego. Los mercenarios, que dejan sobre la tierra húmeda, ese primer día, a una veintena de los suyos, y cadáveres que flotan en la corriente enrojecida, proseguirán su carrera durante seis interminables semanas, atravesando las marismas infestadas. El paisaje es de esos que más tarde harán soñar al otro Rousseau.

Por la noche, ven en la calma del bosque pelajes eléctricos agujereados por los ojos verdes de los pumas. Durante el día, hay libélulas azules en vuelo estacionario sobre los ríos de miel dorada, y la esperanza renace enseguida. Su porvenir es claro y glorioso. Como un sermón de San Juan Crisóstomo.

William Walker será rey y será más que rey. Bebe agua fangosa y esa es la infusión del delirio. Y el sueño se rompe. El eje del carro se parte. El gran sol rueda hacia la fosa como un balón. Vuelve a ver Granada, la capital carbonizada, su suelo lunar y polvoriento asaeteado por las flechas de las primeras lluvias. Sobre las anchas hojas de los bananos, las gruesas gotas de la tormenta se rompen en bolas de mercurio que hay que lamer para no morir. De noche, los hombres echan cangrejos rojos y trozos de iguana en las brasas. Al resplandor de las llamas, se ven los dientes descarnados por la malnutrición. La malaria amarillea el blanco de los ojos, veteados de sangre. Mañana, allí donde haya caído un árbol, el sol husmeará de nuevo bajo la cubierta forestal como un proyector, y encontrará a la caravana fúnebre de los hombres-hormiga, que llegará a la orilla del río Tinto. Y dos días más tarde, William Walker, cubierto de sangre y lodo, estará de pie junto a la escala de embarque del *Icarus*:

–William Walker. Presidente de la República de Nicaragua.

¿Por qué el capitán Salmon ordenó, en Trujillo, que se subieran las dos anclas a sus escobenes y que se pusiera rumbo al este, bordeando la costa, y no al norte, para dirigirse hacia Roatán y Belice? Inglaterra ha ganado ya en todos los tableros: conserva sus islas y Honduras se encargará de eliminar al aventurero que anda perdido en los pantanos. Pero a uno le gustaría creer que es más fuerte la tentación de encontrar al autor de esas cartas que el capitán ha guardado en un cofre de roble en el camarote, unas cartas a las que me complace imaginar hoy terminando de borrarse dentro de un granero inglés, junto a la espada oxidada de William Walker y a los *log books* de un ancestro marino.

Salmon hace fondear en la desembocadura del río Tinto porque sabe que los huidos no conseguirán atravesarlo. Ordena echar al agua los botes, que remontan el ancho túnel esmeralda entre los chasquidos de los loros enloquecidos y el griterío tribal de los monos. En sus impecables uniformes los marinos ingleses van cocidos como bogavantes, con sus rostros rojos por el calor bajo los cascos coloniales y sus tiras de cuero color tabaco, y así se adentran con gran cortejo y lentitud en el corazón de las tinieblas, en la jungla amnésica.

¿Cómo podríamos no ver, un siglo y medio más tarde, en el rostro de ese joven capitán, de pie en medio de sus silenciosos remeros, a un héroe de

Conrad que busca a su propio Kurtz al final de un río y del horror, rumbo a un horizonte brumoso comido de herrumbre? Ese Salmon, al que ningún novelista se habría atrevido a darle nombre tan ridículo haciéndolo remontar el curso de un río, se desliza en silencio hacia la mitad oscura de su alma, con los ojos desorbitados, dilatados por el terror y la fascinación. Y se encuentra con un joven delgado y herido cubierto de lodo:

–William Walker. Presidente de la República de Nicaragua.

El coronel Rudler se detuvo, y volvió a bajar la escala de embarque del *Icarus* para reivindicar, también él, la ciudadanía nicaragüense.

El capitán Salmon admira el coraje de esos dos hombres que rechazan la protección de su pabellón, y que puede que firmen así su sentencia de muerte. Durante esos días de navegación a bordo del *Icarus*, ¿invita a William Walker, vencido y cojo, a sentarse a la mesa de su camarote? ¿Mantiene alguna conversación? ¿Recitan a los poetas ingleses? ¿A Shelley? ¿A Byron? *Farewell my young muse, we'll never meet again...* ¿Sonríe William Walker cuando descubre en la popa el nombre del barco que lo lleva en su último viaje, a él, que ha quemado los faldones de su levita negra de murciélago por querer acercarse demasiado al Círculo de Oro? El capitán del *Icarus* entrega los dos hombres a las autoridades hondureñas de Trujillo. Los otros prisioneros, todos ciudadanos norteamericanos, regresan a Florida bajo la protección de Gran Bretaña.

Los dos hombres son encarcelados en la fortaleza que abandonaron seis semanas atrás.

El viejo espectro de mugriento impermeable interrumpe de repente su relato en este punto, y rebusca entre las hojas desparramadas sobre la mesa de la Cantina de los Pescadores un papel hinchado de haber tenido que limpiar ya tanto alcohol. Las primeras veces, ese alto en el relato pareció acrecentar el interés de los pescadores del bar, quienes después se encogieron de hombros y reanudaron sus conversaciones comparando los precios del combustible y del pescado. Las sentencias llegaron de Tegucigalpa pronto, firmadas por el propio general Santos Guardiola, el Carnicero de Honduras, contra quien William Walker había obtenido, cinco años antes, su primera victoria en Nicaragua, la toma del puerto de La Virgen: el coronel Rudler será expulsado hacia la Florida, y William Walker, pasado por las armas.

–¿En qué se piensa entonces? –pregunta el viejo espectro céreo que

deposita su rojísima gorra de béisbol sobre la mesa y remueve las hojas de papel, algunas de las cuales están ya en el suelo. ¿En qué piensan los que van a morir y lo saben, los que conocen la fecha y la hora, habiendo estado, o creído estar, del lado bueno o malo de la historia, dejando tras de sí el símbolo del Bien o del Mal? ¿En qué piensa el otro joven, un siglo más tarde, el de la boina negra con una estrella, el Che Guevara de treinta y nueve años, en el momento de esa última foto todavía vivo, con los ojos bajos, fotografiado como un trofeo por el oficial boliviano al que Félix Rodríguez, el ranger cubano anticastrista, acaba de prestar su Leica?

En el patio de la escuela de La Higuera, vestido con una camiseta, el Che Guevara tiene las manos atadas por delante, y también él tiene una pierna herida de bala y los cabellos largos y sucios, ese 9 de octubre de 1967, unas horas antes de que lo maten con una ráfaga de fusil ametrallador y de que le corten las dos manos para enviarlas a La Paz. ¿Piensa en los supervivientes que todavía intentan romper el cerco en el fondo de la barranca de Yuro? ¿Piensa en la bella Tania, de largos cabellos negros, ahogada unos días antes durante la huida del ejército boliviano, al intentar atravesar las aguas del río? Ese hombre de treinta y nueve años ¿piensa en Sandino, su héroe, abatido también como un perro en un patio de cuartel o junto a una fosa, y también a la edad de treinta y nueve años?

¿O bien está pensando, en esta última fotografía todavía vivo, en que ha hecho fracasar a la guerrilla del ELN por haber querido consolidar la leyenda? Y el hecho es aberrante, si se enumeran todas las precauciones tomadas: el falso pasaporte uruguayo para entrar en Bolivia, la falsificación del registro de estado civil en Montevideo, la calva artificial rodeada de una corona de cabellos grises... Todas aquellas precauciones quedan reducidas a la nada porque el antiguo fotógrafo callejero conserva sus maneras y deja rastro de ellas, como si todavía recorriera América Latina en motocicleta. Cada día escribe en su diario, el primer día se hace un autorretrato en su hotel de La Paz. Está sentado al borde de la cama y se fotografía en el espejo del armario, y a continuación en la granja de Ñancahuazú, y luego en el primer campamento base, cerca de la granja. Sus cabellos crecen. Vuelve a ser el Che Guevara y no cesa de sacar él mismo, y de hacer sacar a otros, fotografías en blanco y negro que conserva en los escondrijos subterráneos de ese campamento base hacia el que los primeros desertores no tardan en encaminar al ejército, desatando un proceso que se torna irreversible, porque el ejército

de Barrientos, en aquel lugar perdido, en aquel agujero en el culo del mundo, recalca Víctor, el largo espectro de aspecto céreo, estaba formado por pobres tipos hijos de puta o campesinos que solo esperaban la paga, y que tenían otras cosas que hacer que dejarse agujerear el pellejo por aquellos guerrilleros, de los que más bien pensaban que serían de los suyos, pobres tipos hijos de puta o campesinos hasta que esas fotografías irrefutables, publicadas enseguida por la revista *Life*, probaron de forma estúpida que era el mismísimo Che Guevara, el joven de la gorra negra con una estrella de quien nadie tenía noticia desde hacía años, quien estaba huyendo por allí, por aquellos campos, a la cabeza de un puñado de harapientos muertos de hambre, y entonces, continúa el espectro que ya no tiene nada de amnésico, uno se acuerda de cómo corrió la pólvora, el Pentágono, los servicios secretos, los ranger cubanos anticastristas lanzados tras sus huellas, Félix Rodríguez, los helicópteros de combate, el potente armamento que de golpe viene a reemplazar a los viejos trabucos, a ese armamento de desecho que era el que hasta entonces se enviaba a ese agujero en el culo del mundo, en el que el papel del ejército se limitaba a moler a palos a algunos paletos recalcitrantes o vagamente comunitarios.

La misión de Félix Rodríguez va sin embargo a fracasar. La CIA le había dado la orden de capturar al Che Guevara y de enviarlo a Panamá, donde lo esperaba una celda. Pero los bolivianos consideran que el prisionero les pertenece. El general Barrientos quizá recuerde la historia del derrotado William Walker, extraditado dos veces a Panamá y dos veces fugado de allí para volver a tomar las armas. Deciden ejecutarlo de tal manera que su cuerpo presente las marcas de una muerte en combate.

El Che Guevara ignora que esa fotografía, delante de la escuela de La Higuera, tomada con la Leica de Félix Rodríguez, no será sin embargo la última. Ignora que esos oficiales militares bolivianos que lo rodean, y que no obstante son un poco especialistas en arte, pondrán su cadáver, tumbado sobre el lavadero del hospital de Vallegrande, en la posición de un Cristo de Mantegna. De pie, alrededor de ese Descenso de la Cruz, apuntando con sus dedos los estigmas de los impactos de las balas, contribuyeron así, sin pretenderlo, a canonizar al ángel de la Revolución, tan venerado en América Central como odiado el endemoniado aventurero William Walker, condenado a muerte a los treinta y seis años, y encerrado en la fortaleza de Trujillo.

¿Encuentra William Walker alivio en ese catolicismo que acaba de abrazar

como una última locura en recuerdo de su viaje a Italia? ¿Disfruta todavía de su énfasis y de las volutas de su arquitectura, de su oro, de sus llamas, tan exóticas para un joven puritano sudista? ¿El recuerdo de sus mártires deseosos de partir a lejanos países, le consuela de no haber satisfecho sus sueños? A través de la saetera de su celda, ve los últimos resplandores del día, que sangra sobre las aguas del puerto donde ya no está el *Icarus*. ¿Piensa en su héroe, Lord Gordon Byron, muerto también a los treinta y seis años, en medio de los mercenarios de Missolonghi devorados por la malaria? ¿Vuelve a ver los largos cabellos negros de la bella Ellen Galt Martin, que bailaba con él, sin oír la música, sobre el parque encerado de la gran villa Julia? ¿O más bien lamenta no poder ya escribir el segundo tomo de sus memorias, *La guerra de Honduras*, después de *La guerra de Nicaragua*?

Quienes han abandonado como ellos toda esperanza, y de la manera más azarosa se libran de nuevo, como Roque Dalton, condenado a muerte y cuya prisión se derrumba durante un terremoto antes de la ejecución de la sentencia, o como los últimos combatientes de William Walker, que desembarcan del *Icarus* en un puerto de Florida, todos esos supervivientes, ¿viven en adelante desde la distancia, viéndose ya del otro lado del mundo de los vivos?

Víctor habla solo y ahora en voz baja, con la mirada perdida en el tubo de neón, se pasa una mano por su rostro rasposo de superviviente, de resucitado acuchillado de cicatrices, escupido un día sobre una playa de Panamá como el Don Juan de Lord Byron. Una risa socarrona deforma su boca cuando dice:

–Trujillo está apartado de la zona de riesgo sísmico.

El jovencito de levita negra pide que se le conceda la gracia de un servicio católico, escucha la letanía de los santos, come el pan y bebe la sangre. ¿Invoca la ordalía y el juicio de Dios? Todos los testigos de la ejecución mencionarán su aparente calma. Es fusilado a la salida de Trujillo, en la playa, el 12 de septiembre de 1860. Al alba. Tres años antes de la derrota del general Lee en Gettysburg.

Recogen su cadáver, caído con los brazos en cruz sobre la arena. Lo arrojan a una fosa. Sobre la losa escriben:

GLORIA A LOS PATRIOTAS QUE LIBRARON A AMÉRICA CENTRAL DE ESTE PIRATA SANGUINARIO
MALDITOS SEAN QUIENES LO AYUDARON Y SOSTUVIERON

A este epitafio responderán más tarde, como un eco, las palabras de

Augusto César Sandino:

VUESTRAS MANOS DEBEN SER CICLÓN
SOBRE LOS DESCENDIENTES DE WILLIAM WALKER

El joven vigilante del M-16, que guardaba la entrada de un banco de Tegucigalpa este viernes 28 de febrero de 1997, y que ha debido caminar rápido para alcanzarme en el barullo de la calle Barahona (¿tendré yo cara de potencial atracador?, ¿mi andar se corresponde con lo que se estudia en algún oscuro curso de iniciación a la psicología para guardias de banco?), me pone la mano en el hombro. Me pregunta por qué había mirado su fusil así, si es que me había acojonado o qué. Es un mestizo sonriente con altos pómulos de indio y una buena y blanca dentadura. Parece distendido, mientras fuma un cigarrillo.

Caminamos juntos y le respondo, mirando el fusil que ahora lleva en bandolera, que es un arma nueva y bastante bonita. El joven vigilante está en efecto muy orgulloso de ella, y me confiesa que acaba de obtener su acreditación (¿para llevar armas?), que hace quince días que trabaja a la entrada de ese banco, que es un trabajo bastante bueno y que acaba de terminar su jornada.

Seguimos caminando por la calle Miguel Paz Barahona, a lo largo de la empinada acera. Yo también acabo de terminar mi jornada y voy al Paradiso a tomarme un trago. La explicación parece satisfacerle, y me saluda antes de meterse por una bocacalle, mientras yo busco todavía (¿una repentina simpatía?, ¿una extraña sospecha?) lo que ha podido motivar su actitud (¿necesidad de calor humano?, ¿simple necesidad biológica de pronunciar algunas palabras después de horas de mutismo?).

¿Él habría combatido junto a William Walker o bien del otro lado? Para quien le gustan las armas de fuego, la elección es con frecuencia azarosa. A veces uno tiene tendencia a optar de entrada por el M-16 o el Kaláshnikov, y luego se aprovisiona de la ideología que lo acompaña, como sucede con las municiones. Le miro alejarse, con el cigarrillo en el pico y sonriente. Ese es el eterno verdugo de la historia, el pobre diablo que obtiene de su sargento el derecho a abatir al Che Guevara, porque hoy es su cumpleaños.

EN EL PARADISO

Un último rayo dora las fachadas y el revestimiento polvoriento, rosado, de la plazuela del Arbolito. Ya es de noche cuando empujo la puerta del Paradiso.

Desde hace algunos años, el título de la novela de Lezama Lima se ha convertido en el lugar de citas de Tegucigalpa, como La Luna lo es de San Salvador o el Sorocabana, de Montevideo, y como para mí lo es el Morazán, en San José: uno de esos lugares propicios a la lenta disipación del día.

Es una construcción baja con ventanas con rejas negras y trabajos de hierro, a la manera andaluza. Al fondo del pozo de la primera sala, una puerta da acceso a un patio embaldosado en el que unas plantas verdes esperan la lluvia o el riego en sus tiestos de barro rojo. Sobre la barra hay una imagen en escayola de Johnnie Walker. ¿Habría llevado William ese mismo atuendo de caza de montería, calzones blancos y chaqueta roja, los lentes en la mano y el bastón con empuñadura, mientras señalaba el camino a la gloria a su partida de exaltados, ese traje de maestro de ceremonias anunciando al público que el espectáculo se acababa y que él regresa a los bastidores?

Alrededor de las mesas están sentados escritores hondureños que beben con aplicación algún brebaje inspirador y muy alcohólico, entre ellos, Eduardo Bähr y Rigoberto Paredes. Este es el propietario del tugurio, y es también algo así como viceministro de Cultura. No me disgusta saber que en estos lugares fabulosos todavía es posible llevar al mismo tiempo el gorro de poeta, el de ministro y el de tabernero. Más lejos, el rostro de Roberto Sosa es el de un niño viejo y malicioso de cabellos blancos. Esta noche lleva ropa inglesa, y una gorra de lana que le da el aspecto de un *gentleman* del norte de las Shetlands. De no haberme hecho partícipe de la sospecha que rodea a la estatua de Francisco Morazán, ¿habría obtenido yo algún día el título de honor de escritor hondureño?

No puedo ver la sonrisa de Roberto Sosa sin que me vuelva cada vez esa frase que leí en uno de sus libros, y que conservo en un cuaderno con índice alfabético, en la letra S:

El suicidio, el accidente mortal y la locura, en ciertos casos, constituyen

las vías de la desaparición física de la mayor parte de los intelectuales hondureños, y, cosa extraña, de los mejores de entre ellos.

La primera vez que nos encontramos, Roberto Sosa me aseguró, para provocarme, que si él solamente escribía poemas era para ahorrarse la pesadez siempre un poco estúpida del trabajo de creación novelesco. Él siempre sonreía ante la frase de Jorge Luis Borges, según la cual *mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario*. A veces se le ocurre ofrecer temas a sus amigos, considerando que esa actividad bien puede constituir un juego de sociedad. Esta noche me propone inventar juntos la trama de una novela para la que ha escogido el título de *El asesinado*.

Ahora somos nosotros los que bebemos esos brebajes inspiradores, invocando al genio bueno de Johnnie Walker mejor que al de William, y desarrollamos por turnos una intriga sobre el incierto porvenir del comando de Tupac Amaru, que sigue atrincherado en la residencia del embajador de Japón en Lima. ¿El asesinado será el presidente de la República del Perú, Alberto Fujimori, o bien Néstor Cerpa Cartolini, jefe del comando?

Pero nosotros, que no somos amnésicos, que disponemos de los recuerdos del futuro, y hemos leído el ejemplar de *El Nuevo Diario* del miércoles 23 de abril de 1997, sabemos ya que los catorce miembros del grupo serán abatidos, morirán acibillados a balazos durante un operativo del ejército peruano, al alba, después de que se les haya prometido un avión para huir a La Habana.

El narrador que le he propuesto seguirá la historia de lejos, a través de la lectura de los periódicos. Es un viejo espectro de mugriento impermeable, tocado con una rojísima gorra de béisbol de visera larga. El libro que él escribirá será un trabajo puramente formal y binario: leerá dos periódicos, en dos ciudades de dos países fronterizos, en dos viernes consecutivos. Y él no sabrá bien si está sentado, delante de sus hojas de papel desparramadas, al fondo del patio del bar Paradiso de Tegucigalpa o en la terraza del snack bar Morocco de Managua, o incluso en la Cantina de los Pescadores de La Libertad, con sus mesas cubiertas de manteles encerados sobre los que temblequean las velas, y con guirnaldas de bombillas eléctricas multicolores que cuelgan contra el cielo rojo del ocaso. Cerca de la barra, una jukebox encadena boleros y entonces él la ve, la adivina cada noche en el

deslumbramiento de ese gran flamear sobre el Pacífico, contra el que se recorta por un instante su silueta, borrosa al contraluz...

Él ha leído en un periódico salvadoreño que hoy, viernes 28 de febrero de 1997, el alcalde de Ayutuxtepeque ha sido acusado de violar la ley electoral, por haber hecho pintar la escuela de su barrio con los colores azul, blanco y rojo del partido Arena. Y le gustaría instalarse allí para no moverse más, en Ayutuxtepeque o en Puerto Libertad, qué más da, donde encontrase la mejor cantina en la que esperar con un fervor silencioso, una soledad absoluta y la terrible nostalgia del tiempo que se escapa del reloj, por encima de los limones cortados en sus platos de loza. Se instalaría allí cada mañana, en la misma silla, colocaría delante de sí la fotografía de la Grande Infante de Castilla, de pie, apoyada en la botella, abriría el periódico, feliz por haberse desembarazado de la inútil memoria de la historia, y dejaría pasar los días con cada giro de la tierra, como las espirales multicolores en las canicas de cristal color ojo de gato.

AGRADECIMIENTOS

Además de los escritores que figuran en estas páginas, agradezco a todos los que me acogieron en América Central, algunos de los cuales han participado en la elaboración de este libro. Muy particularmente a Carlos Cortés y Rodrigo Soto, en San José de Costa Rica, a Miguel Huevo Mixco, en San Salvador, y a Claribel Alegría y Gioconda Belli, en Managua.

NOTAS

1 Sned: siglas de la editorial pública argelina Société Nationale d'Édition et de Diffusion. *(N. del T.)*

2 Referencia a la fábrica de automóviles de la ciudad francesa de Sochaux, una de las más antiguas de la marca Peugeot. *(N. del T.)*

3 Verso del poema «El loro», de Saint-John Perse. *(N. del T.)*

Título de la edición original:

Pura vida. Vie & mort de William Walker

Edición en formato digital: marzo de 2018

© de la traducción, José Manuel Fajardo, 2018

© Éditions du Seuil, 2004

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3927-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

PATRICK DEVILLE

Pura vida

Vida & muerte de William Walker



ANAGRAMA
Panorama de narrativas